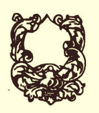
A mi digno Sr. D. Cárlos Olmi, en testimonio de profundísima gratitud, y estimación. La autora

LOLÁ LARROSA DE ANSALDO

B.s Aires, 1895

LOS ESPOSOS

(NOVELA HISTÓRICA)



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS, DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

1893



Lola Larrosa de Ansaldo

A la respetada señora

Manuela Sosa de Tarragona

Al pensar en la elección de madrina para mi nuevo hijo literario, me he fijado en la distinguida persona de V. Porque siendo modelo de virtudes, ninguna más digna para honrar con su nombre, las humildes páginas de mi libro, consagradas á tributar ferviente culto á las bellezas morales de la mujer.

Perdóneme si ofendo su modestia.

Pero, al rendir homenage á sus relevantes prendas, interpreto fielmente, no solo el juicio de la alta sociedad á que V. pertenece y que con orgullo la cuenta en su seno, si que también el sentimiento de todos, que ven en V. la personificación de los grandes méritos, que dignifican y elevan á la mujer.

Mirando, pues, con ojos cariñosos mi pobre ofrenda, habrá V. correspondido á la admiración y simpatía que le profesa

La autora.

AGRADECIMIENTO Á MIS LECTORES

Quiero en estas líneas espresar mi más ardiente reconocimiento á vosotros, lectores, mis amigos cariñosos, los que, con mano generosa y frase alentadora, habeisme prestado vuestro valioso concurso, no desoyendo mis ruegos, desde que la suerte airada quiso entristecer el cielo de mi hogar.

Como mujer, mi pecho os ha consagrado un culto.

Como novelista.... quiera el cielo que algún día sepa yo corresponder á los beneficios de que os soy deudora!

LOLA LARROSA DE ANSALDO.

Buenos Aires, 1893.

DOS PALABRAS SOBRE LA AUTORA

Lola Larrosa de Ansaldo desciende en línea recta del campeón ilustre de la independencia, general D. Julián Laguna. Hija de padres cultísimos, tuvo la fortuna de que sus progenitores estimularan su vocación decidida y entusiasta por el cultivo de las bellas letras, y á la temprana edad de dieciocho años comenzó á revelar su claro talento en diversos ensayos felices.

Creemos que los más salientes rasgos biográficos de la señora Larrosa de Ansaldo serán la transcripción de algunos juicios que sus libros han sugerido á la culta prensa, que es el tribunal que sabe juzgar al verdadero talento.

Dice *La Prensa* de 1878:—*Ecos del corazón.*—Hemos leído con gusto los diferentes artículos que la señorita Lola Larrosa ha reunido en esa obra.

Todos ellos revisten un carácter especial de ternura y tienen un sello de marcado talento; los pensamientos más bellos se desarrollan en una

fraseología elegante y correcta, sirviendo de tema tópicos de sana moral, que nutren la inteligencia de la juventud, inculcando en estas los sentimientos y las ideas más puras.

La señorita de Larrosa ha hecho bien en dedicar á las jóvenes sus primeras elucubraciones literarias. El tema diverso que en ellos estudia magistralmente, ha llenado el objeto que se proponía en la dedicatoria de «*Ecos del Corazón*».

La Libertad de 1882:—*Las Obras de Misericordia*. Con este título acaba de publicar la señorita Lola Larrosa una obra muy extensa y encantadora, que tendrá de seguro numerosos lectores. Los principios cristianos le sirven de fundamento. En toda ella se respira el ambiente perfumado de las grandes aspiraciones que levantan el corazón del género humano. Lleva de prólogo una carta de Carlos Guido y Spano, que es una obra maestra de merecida galantería. Hay en «*Las Obras de Misericordia*» páginas delicadísimas, acontecimientos simpáticos, desarrollados con galana pluma, hechos al manejo de nuestro idioma y de nuestras costumbres. *Redimir al esclavo* por ejemplo, nos ha conmovido profundamente: ¡Cuánta sencillez, cuánta delicadeza! Esas páginas solo puede escribirlas una mujer. La pluma describe y el corazón habla, lo cual hace de esa y de las demás producciones, cuadros que forman un todo armonioso, una obra á la cual es imposible negar paternidad. Sólo una mujer puede haberlas escrito. Sólo la naturaleza ha reservado para el sentimiento y la inteligencia femenina ese don de presentar aunados los rayos de oro y los reflejos de luna. Nues-

tras orillas encantadas y las celestiales que baña el río Uruguay—cuna de la señorita de Larrosa—son el teatro de las conmovedoras escenas.

Una mujer que escribe, siempre goza de nuestras simpatías. Hay por lo menos allí el coraje suficiente para afrontar las creencias de una sociedad que piensa que sólo la aguja debe ser el objetivo de la mujer. Cuando esa mujer que escribe es casi una niña y entra con pié firme y con obra de tanto aliento en el inmenso campo de la novela, se hace acreedora á las simpatías del público y al aplauso espontáneo de los inteligentes.

La Nación de 1888: *¡Hija mía!* Tal es el título de la última novela que acaba de producir la distinguida escritora señora Lola Larrosa de Ansaldo y que se encuentra ya en venta en todas las librerías.

¡Hija mía! es una narración dramática, llena de pasages tiernos, conmovedores, escrita en sencillo y elegante estilo

Su éxito ha de ser grande, pues su lectura no sólo es interesante por lo fino del análisis de los caracteres, sinó que además es una de esas pocas novelas que pueden y deben verse en manos de una niña, por lo honesto y elevado de los sentimientos que en ella campean.

El Globo de 1889: *El Lujo* como novela de costumbres, debida á la pluma de la distinguida literata señora. Larrosa de Ansaldo, destaca en la interpretación notable que su autora hace de esa pasión que corroe la sociedad, arruinando muchas veces á las mayores fortunas, perdiendo hasta el hogar, ese sagrado santuario de la familia, que debiera ser siempre respetado.

El estudio hecho por la señora de Ansaldo, con pluma fácil, elegantísima, y elevación y belleza de sentimientos, merece ser leído con avidez por los que aman el desenvolvimiento de la literatura nacional.

Nos hemos limitado á la trascripción de un solo suelto, referente á cada obra, porque sería prolijo hacer figurar aquí todos los juicios, tantos nacionales como extranjeros, consagrados á los citados libros.

Pero, nos parece de justicia trascribir, de *La Revista Nacional*, algunos fragmentos del juicio que «*¡Hija mía!*» mereció al erudito y brillante crítico D. Federico Tobal.

Dice así: «La joven escritora, que inicia con brillo y con ciencia el magisterio y el apostolado de la educación y enseñanza, ha seguido con fidelidad esta honrosa y sabia tradición americana, y su libro no rozará en lo más mínimo el candor virginal de la pudorosa doncella que llore sobre sus páginas atrayentes. El argumento que ha ideado y escojido salta en su sencillez por su verdad, y por tal causa se hace interesante; pues lo natural y evidente se impone á nuestras almas con su fuerza y propia autoridad, así como nos disgusta y aparta de sí, por su exageración y violencia, todo lo que no refleja, reproduce, ni retrata, lo cierto y positivo.

«Reproducir los dramas de la vida en sus varia-

dos aspectos y accidentes, puede ser y lo es, una fuente de moralización y enseñanza; puede ser una tribuna de propaganda, una cátedra de doctrina y hasta un medio poderoso de servir con altura al destino social de pueblos jóvenes, de fomentar y empujar su progreso. Pero, reproducirlos, fantaseando á capricho, forzando el criterio, creando situaciones sin tipo real, y forzando individualidades, solo existentes en el cerebro exaltado del pintor, y, por lo repugnantes y monstruosas, nacidas en una vision de tenebrosa perversión, es contribuir doctamente á oscurecer las almas, á embriagarlas en el delirio, causando la desmoralización en el hogar y la anarquía en la sociedad é hiriendo de muerte á todo pueblo así nutrido.

«Y esa madurez de juicio y esa bondad de espíritu y probidad de pensamiento, que ha sugerido y dado á la autora la materia de la trama de su narración dramática, la acompañan en el desarrollo, ejecución y desenlace de su plan, coronado por el éxito triunfante de su heroina alzada, desde el martirio generoso, al cielo de paz y de ventura, reservado á las virtudes heróicas Y si la moral nada tiene que reprocharle; si el puro sentimiento religioso y la idea de lo divino no han sido oscurecidas, bastardeando el ideal que engendran, si el buen sentido no ha sido herido con creaciones fuera de la posibilidad concreta, porque no entran en la atmósfera y en los horizontes reales ó ideales, del concepto humano; también ni el arte, ni la estética, tienen nada que reprocharle; porque, quizá más por instinto delicado que por ciencia, ha seguido fiel y escrupulosamente los preceptos y las

leyes de la composición literaria y artística. El precepto capital de la unidad ha sido guardado con una religiosidad tal, que no podría suprimirse una escena, sin quebrantarlo. Los cuadros sucesivos del drama han sido colocados con el arte y la gradación de la perspectiva pictórica, y el espíritu sin esfuerzo se posesiona del conjunto y los detalles de la tragedia doméstica, que por su viveza, proporción y elocuencia, reclamaría para su éxito lucido la viva y palpitante representación del teatro.

Puede estar segura la joven escritora Lola Larrosa de Ansaldo, no sólo que se ha sugetado á la sabia reglamentacion de los maestros, sinó que, lo que no es común, ha guardado aquella sobriedad encantadora que el genio heleno guardaba y religiosamente observaba, como dogmática inspiración de la belleza y del arte.»

. . . .

Sería imperdonable que en estos lijeros apuntes olvidásemos decir que en 1880, la señora de Ansaldo fundó *La Alborada Literaria del Plata*, en donde colaboraron plumas de reconocida reputación literaria.

Este semanario obtuvo merecidos elogios. «El Siglo», uno de los más importantes diarios de aquel entonces, consagróle estas líneas:

«Las tendencias elevadas del espíritu merecen estimularse con el apoyo leal de la justicia.

«*La Alborada Literaria del Plata*» es un tributo al tesoro común de las letras argentinas, y que á despecho de la triste situación porque atraviesa el país, va abriéndose camino por un sendero de flores.

«La señorita de Larrosa, dominando con aliento y gracia las dificultades de su valiente empresa, se nos presenta al frente de ese periódico, con una modestia encantadora, proporcionándonos el placer de sus narraciones, en donde, como dijo de ella un hombre de gran talento «juguetean chispazos de una imaginación galana, á que no faltan las gracias tropicales, que son como luz etérea de nuestras inteligencias americanas».

Terminaremos diciendo que la aparición de este libro ha de encontrar ciertamente acogida halagüeña y cariñosa, tanto más cuanto que la celebrada autora la ha escrito bajo la presión de dolorosos sufrimientos morales, y que hoy, más que nunca, ha menester de la generosa protección de todos, porque pesa sobre ella terrible desgracia.

El cielo no puede por menos que premiar á la mujer, que ante todo es mujer.

Lola Larrosa de Ansaldo, alejada del bullicio del mundo, por la natural timidez de su carácter, vive refugiada en su hogar, luchando heróicamente con la suerte adversa, repartiendo su vida entre la labor diaria y el cuidado de su hijito único y de su esposo enfermo....

Las rosas blancas, símbolo de la virtud, que hoy adornan su frente entretejidas con el laurel inmarcesible, que premia al talento, coronarán un día no lejano á la escritora y á la esposa ejemplar.

El editor

Buenos Aires, 1893.

LOS ESPOSOS

PRIMERA PARTE

LOS ESPOSOS

I.

Presagios de un drama

—¡Bendito sea el cielo, que nos envía su luz á todos, pobres y ricos, llenándonos el alma de alegrías primaverales! — exclamó Liceta, extasiando sus ojos sobre el májico panorama qué se extendía á su vista.

Era muy de mañana aún, apenas comenzaba el sol á dorar las elevadas copas de los árboles.

La casita de Liceta, como alondra dormida en la espesura del monte, estaba silenciosa y su aspecto exterior, limpio y lleno de frescura, con sus enredaderas entrelazadas á los hierros de las dos únicas ventanas,

con su parra cuajada de maduros racimos, que proyectaba bienhechora sombra sobre la puerta rústica de entrada.

La casita era humilde. Componíase tan solo de dos habitaciones y una cocinita, de cuya chimenea veíase salir el humo del hogar en donde preparábase el desayuno. El paraje era delicioso; distaba seis millas de *Brisamar*, un pueblo pintorezco que se nos antoja situarlo en la República Oriental del Uruguay, muy distante de la capital, y rodeado de campos fertilísimos en donde el fruto y la flor parecen frutos de bendición; tales son su lozanía, su bondad y su hermosura.

Como á quinientos pasos de la casita que más arriba hemos mencionado, existe un molino harinero, guardado, á poco trecho, por una propiedad de una arquitectura sencilla y elegante, residencia del dueño del molino, don Manuel Nélter, personage que muy en breve presentaremos á nuestros lectores.

Liceta, huérfana de padres, vivía en compañía de su esposo, Henry Silver, que trabajaba en el citado molino.

Contaba la joven veintiseis años á lo sumo, y hacía tan solo seis meses que había contraído matrimonio.

La tristeza que sombreaba su rostro—pues aún lloraba la reciente pérdida de su madre — hacía resaltar más y más su hermosura plácida y atrayente. Tenía impreso en su frente el sello de los espíritus buenos y bien templados, y, si bello era su semblante, no era menos hermosa su alma, de principios austeros, de sencillez encantadora y de inmaculada virtud, imperecedera herencia de los autores de sus días.

Su esposo, español, natural de Madrid, contaba treinta y ocho años, y era el tipo del hombre fuerte y tierno á la vez. Consagrado á las bellezas del hogar y á los dulces deberes del matrimonio, que dan la paz de la conciencia y la alegría del alma; felices deslizábanse los días, entre su trabajo honrado y el amor de su Liceta.

Henry era alto, de musculatura fuerte como el acero, y de tez lijeramente tostada por el sol. Su cabello, no abundoso, era castaño oscuro, ya salpicado de prematuras canas; la frente ancha, despejada, y la nariz recta; sus ojos pardos de mirada inteligente, en donde reflejábase la ternura de su alma buena, de igual modo que la entereza de su corazón varonil. Al lado de Liceta ofrecía el

contraste del árbol robusto y vigoroso junto á la flexible y delgada enredadera.

Henry y Liceta se amaban íntimamente. Si él vivía solo para su mujercita, ella vivía para mirarse en los enamorados ojos de su esposo, y velar por los quehaceres y dulzuras de su hogar, humilde, limpio, y resplandeciente de poesía y de luz.

Don Manuel habíales cedido aquel rinconcito, escondido entre limoneros, duraznales y sauces, y el matrimonio feliz vivía agradecido á su benefactor.

Nada más bello, ni más puro, que el interior de aquella morada en donde reflejábase por doquier el alma angelical de su dueña. En el centro de la primera habitación, muy reducida, vaíase una mesa de guindo, sobre la cual lucía un ramo sus frescas flores, que saturaban el ambiente. Más allá, algunas sillas bien ordenadas; en un ángulo de la pieza un armario, á través de cuyos cristales brillaba la limpieza de la loza y modesta vajilla; en otro extremo había otra mesa, pero pequeña, en la que veíanse bonitas chucherías de adorno. La alcoba ostentaba un lecho blanquísimo, desde la colcha hasta las cortinas; y en las fundas de las almohadas, guarnecidas con encajes,

hechos primorosamente por Liceta, adivinábase la mano de la mujer prolija y hacendosa, verdadera hada del hogar, bajo cuya influencia benéfica este adquiere tono, animacion y vida.

Un lavatorio, en cuyo espejo quebrábase la luz; un ropero, de anchas puertas; algunas sillas de paja; una cómoda; un costurero; un estante, con algunos libros: y sobre la cama, resaltando en la blancura de la pared, un crucifijo, á cuyo pié enlazábase una palma bendita. Este era todo el mueblaje, embellecido por la luz del sol que penetraba á través de la enredadera, que festoneaba la ventana, á cuyo pié y por la parte de afuera, se extendía una tupida alfombra de margaritas y alelíes. El pavimento de las dos habitaciones era de ladrillo, pero tan encarnados, tan limpios y tan frescos, que contribuían á dar á la vivienda un atractivo tal, que el alma contenta no sabía como expresar su regocijo en medio de la pulcritud, del orden y del buen gusto, que presidía todo el modesto ajuar.

Pero, antes de proseguir, debemos presentar á nuestros lectores don Manuel Nélter, personaje muy importante en el desarrollo de esta verídica historia.

Don Manuel era, como Liceta, natural de la República Oriental del Uruguay, parage donde comienza esta narración. Contaba cuarenta años. Su físico era atrayente. Su estatura regular, ni grueso ni delgado. Su rostro fuertemente simpático, adornábalo una barba corta, sedosa, de hermoso castaño oscuro. Su cabello, abundoso, de igual color, naturalmente ondulado, usábalo peinado hacia atrás, dejando al descubierto su frente elevada. Su nariz era correcta. Sus labios gruesos, y sus ojos, de mirada profunda, revelaban una naturaleza enérgica y apasionada. Vestía con gusto y sencillez, propia de la vida del campo.

¡Lástima grande que los sentimientos de don Manuel no armonizáran con su físico atrayente!

No diremos por esto, que era un mal sugeto, porque hasta entonces no habíase revelado como tal. Ni tampoco le tacharemos de vicioso. Por el contrario, todo el mundo le conocía por hombre honrado, trabajador y generoso, pues más de uno le era deudor de su bienestar.

A la sazón era riquísimo y casi toda su cuantiosa fortuna constituíanla valiosos establecientos rurales, que, bien dirijidos por

él mismo, producíanle fabulosos rendimientos. Y esta riqueza debíala á su perseverancia y buena suerte en sus labores, porque sus padres, al morir, legáronle muy poca cosa. Su contracción logró aumentar considerablemente su pequeño capital, y, sobre todo, le colocó en la categoría de persona de arraigo.

Su educación distaba mucho de ser sólida; había sido descuidada por los autores de sus días, y, careciendo de amor al estudio, solo consiguió aprender las cuatro reglas, adornóse luego de un lijero barniz que le prestó el brillo del oropel, y por el cual fué admitido sin réplica en los altos círculos de la sociedad.

El prurito de que adolecía don Manuel era su afición decidida é invencible á cortejar á cuanta mujer hallaba á su paso.

Por mantener incólumes su libertad y su independencia no se había casado, y así podía satisfacer sus excesivos deseos, consagrando su tiempo á la pasión que le dominaba.

Y parecerá extraño que, siendo don Manuel un tipo arrogante por su físico y por su fortuna, se conformara con vivir lejos de los centros sociales que podrían ofrecerle am-

plio campo á sus hazañas amorosas, y se contentase con vegetar en uno de sus molinos, quizá el menos bueno, si bien la vivienda á él destinada, reuniera todas las comodidades apetecibles de la elegancia y del buen gusto.

Pero es el caso que la presencia encantadora de Liceta en aquellos lugares, y la natural poesía, frescura y belleza del campo, hicieron del molino de Brisamar, uno de los puntos más deliciosos que pudiera forjarse la mente: la arboleda profusa; el terreno fertilísimo, surcado de pequeños arroyos; el aire que se respiraba saturado de aromas, porque, ora se aspiraba la fragancia de la flores silvestres, ora se percibía el perfume de los frutos, calentados por el sol: los duraznos, los higos, los limones y las peras que colgaban de los árboles obligándolos á éstos á inclinar sus ramas al peso de tan sabrosa carga.

Liceta parecía el ángel custodio de aquel paraiso.

La estatura de nuestra protagonista, más alta que baja; la esbeltez de sus correctísimas formas, veladas por un traje blanco y liso; su rostro pálido, iluminado por ojos negros de mirada ingénua; su naríz

pequeña y correcta, que envidiaría el sublime sincel de Fidias; su boca, de un corte graciosísimo, siempre movible, en giros suaves, modulando sonrisas, que dejaban lucir blanquísimos y menudos dientes. Tenía la frente espaciosa y sus cabellos castaño claros, con reflejos de oro, se rizaban en menudos bucles sobre sus sienes, formando marcos graciosísimo á aquella cara peregrina.

Toda la persona de Liceta respiraba dulzura tal, era tan modosa, tan delicada, tan llena de naturales gracias, que podía llamársele la flor más bella con que natura había querido engalanar aquellos campos.

Impresionable don Manuel en alto grado, tratándose de encantos femeniles, fácilmente se explica el entusiasmo que despertó en su alma la pristina belleza de Liceta. El entusiasmo transformóse súbitamente en pasión, y por vez primera, quizá, trabaron lucha tenaz en su pecho, el sentimiento del deber y el grito impúdico del deseo.

Y era que don Manuel estimaba lealmente á Henry, y hubiera querido respetar los santos afectos de aquel hogar.

Empero, en el dueño del molino operóse una transformación de la que él mismo se

asustó, sin poder lograr vencerla. Él, que nunca había deseado mal á nadie, aún cuando fué causa muchas veces de que más de una infeliz llorara por su culpa; pues arrastrado por su fatal inclinación, iba por esos mundos marchitando ilusiones y labrando la desventura de cuanta mujer oía sus pérfidas palabras.

Sandeau ha dicho: «Obsérvese que los « hombres no reconocen en amor, ni legis- « lación ni moral: aman ó no aman, aquí « está todo. El amor es un terreno libre, « en el que todo es lícito; sucede allí como « en la guerra; se ofende, se hiere, se mata « hasta más no poder: fuera de allí todo se « vuelve cortesía y humanidad, y nadie se « queja más que los heridos; por manera « que un hombre puede conducirse como el « último miserable con la mujer que se lo « ha sacrificado todo, y conservar, sin em- « bargo, todas las prendas eminentes que « constituyen en sociedad lo que se llama « un caballero. Despedazar cobardemente « una vida entera, no es nada, no es más « que una pobre mujer que se ahoga; no « por eso deja de ser buen hijo, buen her- « mano, buen amigo; no por eso deja de « ser bondadoso con sus criados, afectuo-

« so con sus perros, cariñoso con sus caba-
« llos. La sociedad misma que nunca per-
« dona la felicidad que ella no ha sancio-
« nado, es en extremo indulgente con esos
« amables verdugos que la vengan.»

Oh! moral de nuestros días!

¡Felices tiempos los pasados, en que el hombre á los treinta años se ruborizaba aún ante la ingénua mirada de una mujer!

Indudablemente en el fondo de don Manuel existia el gérmen de un sentimiento torpe, y éste acababa de revelarse en toda su fuerza arrolladora.

Estimaba á Henry, y sin embargo, sin darse cuenta de ello, quizá, pensaba con fruición profunda en que podía arrebatarle impunemente la dicha que orgulloso aquel disfrutaba.

Hasta entonces había jugado con el corazón de las mujéres; las deseaba sin amarlas, y de ahí su fría indiferencia por cada flor que tronchaba en su tallo.

Contaba cuarenta años, y sus pasiones bullían en su pecho con el fuego de los volcanes.

Hasta entonces no habían penetrado en su alma los destellos del verdadero amor; y éste despertóse al fin, por desgracia vehe-

mente, invencible é inspirado por un ángel, cuyas álas, de inmaculada blancura, proclamaban por doquier su pureza y su castidad.

Henry y Liceta vivían el uno para el otro, y, á medida que el tiempo transcurría, ahondábase más y más el acendrado cariño que los unió. A este sentimiento, asociábase, para hacerlos aún más felices, el de la gratitud que por don Manuel sentían.

Pero, así como en un día esplendoroso de primavera, anúblase el sol inopinadamente por nubarrones que amenazan deshecha tempestad, así, de igual modo, llegó Liceta en su candorosa inocencia á comprender el afecto insano que en mala hora despertára en el alma de su pérfido protector.

Y era que don Manuel, incapaz de acallar la voz de su torpe pasión, espiaba todos los momentos propicios en que pudiera revelar á Liceta sus atrevidos galanteos y sus criminales proyectos para el mañana.

Entrambos libraban una lucha porfiada y tenaz.

Liceta, siempre que podía, refugiábase en su casita, rehuyendo disimuladamente la presencia de aquel hombre, y á solas lloraba, y lloraba pensando en su esposo, y en el instante fatal en que llegara á descu-

brir las impurezas de su perseguidor, á quien hasta entonces, había mirado como á su providencia, porque de su mano recibían el pan, producto de su trabajo honrado.

Liceta, á pesar de sus años juveniles, era juiciosa y de carácter serio. No había tenido trato social alguno, porque para ella no había existido nunca otro mundo que el adorado hogar de sus llorados padres, al cual no llegaba jamás el estruendo de las tempestades humanas que se desencadenan en el mundo moral, con más fuerza y desolación que las tormentas que se desatan en la naturaleza, devastando sembrados, haciendas y caseríos.

Del seno de sus amantes padres, había pasado á los brazos de su esposo, y sobre el pecho hidalgo y noble de este, posó ella su cabeza inesperta, con la dulce confianza del niño, que se aduerme feliz en el regazo materno, ageno á las acechanzas alevosas de los malvados.

Empero, Liceta no vivía del todo ignorante de las cosas del mundo. Había leído mucho y buenos libros de moral cristiana; sabía que existen vicios y maldades: pero sin temerlos, porque nunca en su candorosa

existencia se imaginó ni remotamente que podría verse un día envuelta en redes traidoras, cuyos apretados nudos causan el dolor y luego la muerte.

Al ver, pues, repentinamente el abismo que pretendíase abrir á sus piés, retrocedió horrorizada, y en los brazos de su enamorado y fiel esposo quiso buscar refugio á su desventura, pero..... obligóla á enmudecer su inmenso cariño al compañero de sus días y el terror instintivo á un desenlace sangriento.

¡Pobre Liceta!

Henry debía ignorarlo todo, absolutamente todo.

Así ella pensó en bien de la tranquilidad de su marido.

¿Por qué había él de sufrir, siendo tan noble y tan bueno? Nó! De ninguna manera! Solo ella debía luchar y sufrir y vencer al cabo por la fuerza potente de su virtud acrisolada.

II.

La virtud y el pecado

Como á una legua corta del molino, existía una casa de labranzas, conocida por el nombre de *Las moreras*, á causa de los muchos árboles que de este fruto circuían la finca. Era propiedad de Carlos Lalán.

Este nuevo personaje frisaba en los treinta y cinco años, y hacía cuatro que vivía en *Las moreras*, fecha de su casamiento.

Carlos era todo un buen sugeto. A fuerza de perseverante trabajo, fué, paulatinamente, acumulando un pequeño capital. Vivía con holgura y cón muchas comodidades, á pesar de sus ahorros.

En cuanto al físico de Carlos, era, lo que vulgarmente se llama, un buen mozo: alto, delgado, más bien que grueso; de rostro lijeramente tostado por el sol; ojos garzos, de mirada suave, ingénua, verdadero espejo de su alma buena; tenía el cabello negro y usaba tan solo bigote, que sombreaba su boca, guar-

necida de dientes sanos y blanquísimos, que se descubrían en las francas y alegres risas de aquel pecho, siempre noble, tranquilo y generoso.

Tal era el tipo de Carlos.

Blanca, su joven esposa, contaba apenas veinte primaveras, y eran sus naturales gracias, verdadero regalo del cielo. De estatura moderada, de formas atrevidas, de carnes apretadas, de colores frescos, entremezclándose el blanco puro de la azucena con el de la rosa recién abierta. Los cabellos eran rubios y ondulados, y llevábalos casi de ordinario tendidos en rizos sobre las espaldas, y lijeramente ceñidos á la altura del cuello, con una cinta, ora celeste, ora encarnada, según lo exijía el atavío del resto del traje.

Todo su rostro era bello, desde la frente, de un corte graciosísimo, hasta la nariz, pequeña, bien modelada, y la boca, breve, precioso estuche de riquísimas perlas, y, para mayor abundamiento de bellezas, en sus redondas mejillas proyectábanse dos hoyuelos y en el extremo del lábio superior, un graciosísimo lunar.

Blanca vestía con elegancia, y hasta podía tachársele de lujosa; porque, si bien su esposo hallaba placer en obsequiarla con todo

cuanto pudiera halagar su amor propio, no era su fortuna tan cuantiosa que permitiera ciertos y contínuos gastos supérfluos, que, andando el tiempo, pudieran distraer las economías de la previsión bien ordenada, para la felicidad de la familia.

Blanca habíase criado sin el calor santo de su madre, ni sus inefables dulzuras: arrebatósela el destino cuando apenas contaba cuatro años. La pobrecita niña, vivió, desde entonces, al amparo de un tío materno, que, si bien la amaba en extremo, no podía en manera alguna, desempeñar las atenciones delicadísimas de una madre cariñosa, ni depertar en el corazón juvenil de la niña el exquisito caudal de sentimientos puros, y de sanas creencias, que es el legado invalorable de las madres para los hijos de sus entrañas.

Creció, pues, la niña al abrigo, sí, del amor grande de su tío; pero, libre su espíritu soñador para volar por mundos imposibles. Su imaginación ardientísima llenaba su alma de peligrosos sueños, y la lectura de novelas románticas, habían acabado de trastornar su impresionable corazón.

Así, preparado su ánimo, conoció á Carlos, y le amó, ó creyó amarle y le entregó su

mano, y con ella su vida entera, soñando más que nunca, en las delicias de aquel amor, que iba á llenar su existencia de nuevos é incesantes deleites.

El matrimonio es fuente de santos y sosegados goces, y á la existencia de un amor profundo y seguro, debe unirse el mutuo respeto, y la indulgencia y la consideración recíprocas, que afianzan para siempre la felicidad y el porvenir de la familia.

Hay mujeres que pretenden que el matrimonio sea una continuada novela de amor, y gastan su existencia y destruyen el verdadero afecto, queriendo que el esposo desempeñe siempre el papel de amante. Los cuidados ineludibles de la familia, las sagradas atenciones de la casa, las inquietudes de la vida, no pueden alentar un eterno idilio, que, por otra parte, sería contraproducente; porque quedarían sin cumplimiento los más santos deberes y las más serias atenciones.

En el matrimonio deben desaparecer las seductoras nimiedades y futilezas del amor, para dar paso á las serias dedicaciones de la vida de la familia. Pero no por eso desaparece el cariño. Por el contrario, éste se ahonda más y más, echando raíces profun-

das, que la mutua estimación se encarga de cultivar, formando así el árbol de la existencia, que dá por frutos los hijos, que son la savia de la vida de los padres.

Pero volvamos á Blanca, y veamos el estado actual de su corazón.

Era Blanca amiga íntima de Liceta, su confidente, á quien revelábale todos los sentimientos que agitábanse en su pecho. Hallaba consuelo á sus atolondrados regocijos en la bondadosa sociedad de Liceta; porque dotada ésta de sensatez y cordura, lejos de reñir á su amiga y mortificarla con pretenciosos sermones de moral, por sus faltas cometidas, tenía para con ella el tácto esquisito y la indulgencia sabia de la madre que corrije al hijo sin zaherirle.

La intolerancia es siempre consecuencia del mal carácter, y muchas veces de malos sentimientos. Que no podamos ver las faltas agenas sin irritarnos, es porque nos creemos intachables. Sin embargo, debemos convencernos de que esto es imposible. El sér humano en absoluto, es pecable por herencia de su propia culpa. Suponernos mejores que los demás, es una soberbia, digna de castigo, y el castigo se obtiene—porque Dios es justo—con la antipatía, la

enemistad y el aborrecimiento de nuestros semejantes.

La indulgencia, la dulce palabra persuasiva, y sobre todo, la prudencia y discreción en no prodigar consejos á quienes no los solicitan de nosotros, nos conquistan, no solo dulces afectos, si que también el respeto y la consideración de las gentes; porque no hay nada que más atraiga que la dignidad y la dulzura, base principal de la educación, que se revela hasta en los más pequeños detalles de nuestra vida íntima y social.

Por esta poderosa razón, cuanto más agobiada y aflijida veíase Blanca por sus devaneos, tanto más aprisa volaba junto á Liceta. Solo escuchándole parecíale á la infeliz que se acallaban sus insanos anhelos.

En uno de estos momentos, vamos á oír el diálogo, que, á la presencia de Blanca en casa de Liceta, surge entre las dos amigas.

Blanca está pálida. Sus hermosos ojos rodéalos oscuro círculo, que atestigua noches de insomnio. También en el rostro de Liceta nótanse marcadísimas huellas de secreto pesar.

Liceta, sentada junto á Blanca, y las manos de ámbas entrelazadas, la mira con

marcadas señales de lástima y hasta con dolorosa compasión.

—¡Desgraciada, amiga mía!- esclama— ¿Cómo es posible que así olvides tus más sagrados deberes? ¡Evita, por Dios, el excecrable espectáculo de tu deshonra!

Blanca no contesta, palidece aún más de lo que está y, llevando el pañuelo á sus ojos, procura contener las lágrimas, que pugnan por saltar á sus mejillas.

Ha tiempo que la vida monótona y sedentaria del campo fastidiaba á la joven, y siente anhelos desconocidos. El amor grande de su confiado esposo no basta á satisfacer las aspiraciones de su alma, sedienta de goces desconocidos. Nada dicen á su corazón la ternura y solicitud de su marido, que solo vive para amarla y complacerla.

—Blanca! Blanca!—murmuró Liceta—No sabes tú cuán grande es mi pena al verte ciega, recorriendo una senda que ha de llevarte indefectiblemente al precipicio! Mira hacia tu conciencia, y dime: ¿De qué te acusa?

—Calla! calla!—balbuceó Blanca, dando rienda suelta á su contenido llanto—Soy culpable, sí, lo confieso; pero..... no puede mi corazón doblegarse á mi cabeza!

—¿Que no lo puedes vencer? Será porque no piensas en la desolación que te acarreas en tòrno tuyo. Ay! Blanca! Aléjate de ese hombre que te seduce, de ese Jorge Vallier, que en mala hora vino á estos lugares! Caminas en busca de tu perdicion, y quieres arrastrar en tu caída á tu pobre marido, que no merece, por cierto, que tú así le deshonres. No sé como pudiste dar al olvido las bondades de Carlos, de ese hombre que la iglesia te dió por eterno compañero, y para quién debieras sacrificar todo lo más grande que en tí exista, si sacrificio puede llamarse consagrar el homenaje de tus afectos á quien tiene derecho á llamarte suya, porque le perteneces por entero; hasta tus pensamientos deben ser suyos. Así concibo yo á la esposa, unida al esposo tan íntimamente, que sus almas vibren á un solo compás!

—Respeto y estimo á mi esposo, pero ¡ay! creo que no le amo! ¡Dios me perdone! Siento una sed tan ardiente y devoradora por todo lo desconocido, que.... ¡No lo niego! ... me atrae el peligro, y me reconozco culpable, y . . . .

—Ah! No prosigas,—dijo Liceta con severidad.—La mujer que no sabe ser conse-

cuente y agradecida al bien que le rodea, no merece la estimación de los buenos. Perdóname, Blanca, pero he de ser severa para contigo, como lo fuera la madre de tu alma, si por ventura viviera. Yo no puedo verte envilecida sin que mi corazón se extremezca, de espanto. Siempre miré la virtud como la única guía de la mujer en la senda espinosa de la vida. Si tú la menosprecias, ¡qué va á ser de tí en el mundo, mi desgraciada Blanca? Vergüenza da pensarlo! Serás una de tantas, que ruedan por el abismo del deshonor. ¡Piénsalo bien, amiga querida! La nave, sin brújula, va á estrellarse inevitablemente contra las erizadas rocas de la desierta playa! ¿Y qué otra cosa es la mujer que olvida sus más sagrados deberes? Abandona ¡por Dios! esas visiones que te enloquecen, y trata de amar á tu esposo y al techo olvidado de tu propia casa, que allí es donde reside la verdadera, la única dicha positiva. Fuera del recinto del hogar, todo es mentira! ¡Créeme, mi amiga infortunada!

—Dios mío! Mi mal debe ser incurable, Liceta querida. Si todo cuanto toco y cuanto miro me parece vulgar, todo me hastía....

—¿Todo, Blanca, todo?—preguntó Liceta,

con amargura y mirando fijamente á su amiga.

Blanca, ruborizada, cogió una mano de Liceta y aproximándose más á ella, entre lágrimas y suspiros, prorrumpió:

—Yo leí una vez un autor francés, que decía:

«El amor, como la divinidad, de cuyo seno emana, exije un culto exterior. Si los amantes conceden demasiado á la pasión, los maridos la tratan con la más sórdida avaricia, y esto es lo que los pierde á todos, La pereza y la vanidad estimulan su tibieza y los adormece en su indiferencia: presumen á tal punto de su mérito, que ni siquiera piensan en hacerle valer. Al ver su ciega confianza, no parece sinó que han constituído á sus mujeres en mayorazgos y que las consideran intrasmisibles ¿Qué pueden sin embargo esas pobres abandonadas, que tienen veinte y cuatro horas al día que dedicar á los pensamientos de amor; qué pueden contra la seducción que se les presenta, engalanada con todos los artificios del corazón, con todas las gracias del lenguaje? Si resisten, los maridos no lo atribuyen más que á su propio mérito, y no perdonarían al triunfo el que hubiese costa-

do serios esfuerzos; si sucumben, se indignan y se enfurecen. Se necesita un rival de carne y hueso para despertar sus celos y reavivar su alma embotada.»

Como estas ideas—prosiguió Blanca —se ajustan tanto á las mías, me quedaron bien presentes. Vallier es tan fino, tan galante, y.... me ama tanto!... Tú no le has mirado bien. Es simpático, monta perfectamente á caballo, y, á sus muchos atractivos, reune el de tener siempre en su semblante una melancólica dulzura, que contrasta agradablemente con su varonil figura, y la gallardía de toda su persona.... ¡Y qué lenguaje el suyo!... ¡Qué expansiones de ternura y puerilidades de amor, que me dan la prueba inequívoca de la dicha que soñé...!

Desde el momento en que Blanca empezó á hablar, Liceta abandonó las manos de su amiga, y, sin tino, iba y venía por el aposento. Su rostro hechicero adquirió tal severidad, que Blanca coartada, enmudeció, clavando sus ojos en el pavimento.

Un prolongado silencio siguió á las palabras culpables de Blanca.

Liceta se detuvo por fin junto á su extraviada amiga, y, cual si quisiera que sus palabras fueran una á una penetrando en lo

más íntimo del pecho de Blanca, con pausado acento, díjole:

—Ese amor es criminal. Tú debes morir mil veces antes que aceptarlo. La mujer, que, como tú, no quiere oir la voz inexorable de la conciencia, expía luego su culpa en la soledad, bebiendo la hiel de las defecciones en la misma copa donde apurara el néctar de los placeres.

¡ Escucha, Blanca !

Solo el amor grande y santo de la familia, es santificado por Dios. Dios no puede consagrar los lazos formados por el crimen. Cuando en tu pecho solo queden las reminiscencias de tus pasados extravíos, tu corazón se convertirá en manantial de eternas lágrimas, lágrimas delincuentes, que, en vez de evaporarse para subir al cielo, irán, con el desprecio público, á confundirse en el lodo de la culpa..... !

Déjame hablar aún ! Escucha !

Yo también, como tú, he leído un autor francés, que, al hablar del adulterio, decía:

«La desesperación hizo partir un grito de su alma despedazada y rota por el dolor de su caída. Y es, porque el abismo es profundo, y porque los corazones más intrépidos no llegarán á su fondo sin palidecer:

deleitosas son sus orillas y la pasión conduce á sus víctimas hacia ellas por senderos muellemente inclinados. Sin dificultad nos abandonamos á lo largo de esas suaves pendientes, prometiéndonos al principio que no iremos más que hasta la mitad de la cuesta. Llegamos á esa mitad; titubeamos; volvemos la vista atrás, y todavía divisamos el humo del hogar doméstico. Esta vista nos tranquiliza; creemos no haber andado más que algunos pasos y proseguimos, persuadidos de que siempre podremos, cuando queramos, pararnos en un camino tan fácil, y nos adelantamos sin temor por los floridos céspedes y bajo las frescas sombras. Todo nos sonríe todo nos convida; la idea misma del peligro está llena de seducciones; el peligro que arrostramos es un atractivo más, y seguimos avanzando..... Entre tanto, el sendero se va haciendo cada vez más rápido; queremos pararnos y ya no es tiempo. El suelo se hunde; huye el sendero; resbala el pié; el abismo está delante, y rodamos por él. A él caemos embriagados, y nos despertamos anegados en llanto, porque entonces nos ilumina una horrible luz; y al vernos desterrados de tantos bienes que solo se aprecian después que se han perdido para

siempre; al vernos despojados de nuestra castidad, segunda virginidad, más santa que la primera; al contemplar las ruinas de lo pasado, la inseguridad de lo futuro, la turbación de la hora presente, el alma se repliega dolorosamente sobre sí misma, y se pregunta desolada cómo todo aquel desastre, que prometía no llegar nunca, ha llegado tan pronto y tan terrible. ¿Qué recurso queda entonces? ¿Cómo trepar por aquella colina, tan dulce para la bajada, tan áspera para la subida? Dos caminos se presentan, y entre ellos hay que elegir: ó engañar al mundo, ó ponerse en lucha con él cara á cara; ocultar el adulterio en la familia ó proclamarle á la luz del sol. El primer camino es el más generalmente frecuentado; el segundo es más noble; pero, en uno y otro, todo se vuelve tormentos y angustias, afanes y combates, de toda clase, en medio de los cuales suena siempre como enojoso zumbido la voz de un cierto instinto, que nos dice, que el amor no es eterno.»

Blanca! Blanca! ¿Quieres tú rodar á ese abismo de ignominia?

—Liceta! Liceta! Apiádate de mí! Me crié y crecí sin madre. No tuve, como tú, un ángel custodio que me guiara en los prime-

ros vacilantes pasos de la vida. Me uní á un hombre, que, desde el primer instante me amó con un amor tranquilo, sin alternativas.... ¡Siempre igual! El cariño de mi esposo no ha tenido nunca esas impaciencias, esos trasportes y entusiasmos de ternura, esos celos y esas reconciliaciones, esos galanteos y esos encantos, esos mil pequeños detalles en fin, del verdadero enamorado. ¡Y yo, ansiosa de un amor inmenso, fogoso, infinito, me he sentido sola, desconsolada, viendo aumentarse por momentos esa sed creciente de afectos, que enferma mi alma, y que he visto descripta en las mil novelas que leí. Mi cerebro es un volcán. ¡Oh! desearía tener alas para volar en busca de mundos nuevos, llenos de encantamientos, de luz y de poesía!

Liceta se quedó absorta. Miró con asombro á su compañera, y gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Ella, tan buena, tan pura, no concebía el insano afan de Blanca. Su corazón, se sentía lastimado, y si no fuera porque la voz del deber le decía que no debiera negar sus consejos á aquella pobre alma extraviada, hubiérase apartado de ella con horror, como quien huye de un mal contagioso; pues parecíale sentirse man-

chada al contacto de aquellos sentimientos impuros.

—Tú—prosiguió Blanca—no sabes lo que son las luchas del corazón; ignoras que en la vida hay dramas tremendos, que destruyen una á una las fibras más sensibles del corazón. Tú vives halagada por el amor puro de tu esposo, á quién amas con delirio; tu corazón tranquilo no late á impulsos de ingratos sentimientos; no tienes luchas, no sufres, no tienes anhelos, ni temores. ¡Ay! Tú eres feliz!

Una sonrisa amarga entreabrió los labios de Liceta.

¡Que ella no tenía temores, ni sufría!

Ah! Pensó entonces en las persecuciones de don Manuel, y el recuerdo querido de su esposo llenó su alma, oprimiéndosela, inmediatamente después, el presentimiento de no lejana catástrofe...

El respeto de sí misma y su pudor, hicieron que la secreta causa del malestar de su pecho no asomara á sus labios, y, volviéndose á su débil amiga, díjole:

—Tú tienes el alma enferma, Blanca, y tu curación no la hallarás donde tú crees. Yo no concibo que una mujer honrada halle más mundo apetecido que su propio hogar.

La mujer casada no debe soñar con placeres que estén fuera del círculo honesto de sus afecciones, santificadas por Dios. Los placeres más puros y los más durables están en el seno de su mismo hogar, en el amor tranquilo del marido bueno y confiado. Y si, por desgracia, no amase á su esposo, cosa imposible, ó rarísima, siendo él amante y siendo ella buena, le queda el único camino que debe guiarla á buen fin, la resignación por su suerte, y el cumplimiento del deber, que dan la paz de la conciencia, único bien envidiable en la tierra.

Rodèate, Blanca, de trabajos útiles y amenos; ten ocupadas todas las horas del día; mira á tu esposo como al amigo más noble y más leal, porque lo es; solo en su pecho hallarás amor y sinceridad, porque él es tu apoyo natural y fuerte, dispuesto siempre á sostenerte en todos los trances de la vida, y unido á tí por siempre, le verás eternamente ligado á tus dolores y á tus alegrías. Es el brazo poderoso que te proteje, y tú, sin él, la débil barquilla, sin rumbo fijo, á merced de los mares embravecidos.

Poniendo toda tu voluntad para entrar de lleno en la senda del deber, verás cómo tu alma se siente inundada de santa paz, y

poco á poco irá penetrando en ella la luz de la verdad. Tus oraciones á la Santísima Virgen, te darán placidez, calma, y la dicha que tanto ambicionas, y concluirás por asombrarte de no haber visto antes la ventura que te rodeaba, ni haber comprendido la nobleza, bondad, y el profundísimo amor de tu esposo. Y procura siempre que él no adivine, ni sospeche remotamente, el peligro que corrió su felicidad; porque matarías su fé, y entonces sí que serías muy desgraciada; pues cuando del amor huye la confianza, ya no hay dicha posible; la fé, una vez perdida, no se vuelve á recuperar, es como la inocencia: la venda que cae de sus ojos, aunque se vuelva á sujetar, no pueden borrarse las imágenes que hirieron la retina!... ¡Y qué dicha te espera para cuando seas madre! Porque tú lo serás! Una grave enfermedad te privó de esa felicidad, hace dos años. Pero recuerda que el médico te dijo que en nada sufriría tu fecundidad. Cuando el cielo, premiando tus virtudes, quiera concederte esa ventura no habrá otra igual para tí en el mundo: por que allá en el fondo de tu alma se levantará un grito de victoria; porque ante la purísima mirada de tu hija no tendrás que inclinar

la frente sonrojada; y porque en la del padre adivinarás la bendición dulcísima con que él envuelva tu alma de esposa y de madre, consagrándote un culto allá en lo más íntimo de su enamorado corazón.

Liceta cesó de hablar, y Blanca la contemplaba con visibles señales de admiración.

A medida que las palabras fueron brotando de sus labios, á modo de música melodiosa, el rostro de Liceta adquiría un tinte arrobador, y sus ojos irradiaban destellos de celeste luz, revistiéndose toda su persona de augusta magestad.

Y era que fundíase en ella la personificación de la virtud con todos sus atributos angélicos.

—Admiro tu discernimiento, siendo tan joven como yo,—exclamó Blanca—Y más me extraña el que parezcas tener conocimiento del mundo, siendo así que has vivido siempre alejada de él, casi en el destierro. Son tus palabras, Liceta, tan incontestables, que ningún pensamiento acude á mi mente para replicarlas. Son verdades ¡ay! que las siente mi corazón, sí!

—No te extrañe mi modo de pensar. He leído mucho, pero libros buenos, que enseñan á vivir, y no á soñar; que reprodu-

cen fielmente los hechos reales de la vida, y no mundos imposibles; libros que muestran el mal y el remedio para combatirlo, y no oculta el vicio bajo dorada capa para engaño de la juventud.

De mi madre querida fué la elección de mis libros, y, aleccionada en la escuela de su cariño, y alimentado mi cerebro con los consejos de esos libros, mis buenos amigos, aprendí á ser feliz! Es decir: á ser buena. Porque no sabes tú cuánta es la benéfica influencia que ejerce en el corazón de la mujer la lectura buena, y los desastres que le ocasionan los libros que estan reñidos con las puras costumbres.

La lectura de obras inmorales puede labrar nuestra desventura, de igual modo que los libros buenos nos enseñan el camino del bien. Y no es solo á la mujer á quien alcanza tan perniciosa influencia. Los jóvenes, que comienzan á ser hombres, edad delicadísima y llena de peligros, están muy expuestos á perder la pureza de sus sentimientos, si por desgracia se aficionan á las lecturas inmorales. Porque despiértanse en su alma apetitos insanos, y ya no hallan placer en los goces honestos, y como la pureza del pensamiento es el reflejo de la vir-

tud, empañado aquel, el alma no ríe con la risa franca de la alegría y de la felicidad, sinó que sombría y temerosa, busca siempre la sombra para ocultar su fealdad, llegando así á encenagarse en el vicio, y destruyendo, de este modo, toda una existencia, que pudo ser gloriosa y llena de explendores.

—Ah!--profirió Blanca—Yo no tuve, como tú, quien eligiera mis primeras lecturas! Mi mente soñadora, alimentada por malos libros, se forjó mundos á su capricho, y mi imaginación impresionabilísima y las leyendas románticas acabaron de decidir de mi suerte! Vano es que piense en mis errores y que llame en mi auxilio la razón; un algo muy poderoso, una fuerza desconocida, domina todo mi sér; será quizá mi voluntad negativa para todo lo que sea deberes áridos, ó vulgares faenas; y que, seducida, como la mariposa, por el explendor de la luz, quiera buscar mi muerte allí donde espero hallar la vida! ¡Ay...! Liceta querida, cuán desgraciada soy!...

El llanto y la congoja impidieron seguir hablando á la infeliz.

En medio de aquellas ideas, Liceta esperó en vano un solo acento que revelase propósito de enmienda.

La luz del arrepentimiento no penetraba en su alma, y Liceta, que ansiaba tanto bien para su amiga como para sí misma, viéndola dispuesta á partir, quiere decirla algo más aún, que deje dolorosa huella en su pecho. Quizá así lograse apartarla de la pendiente del precipicio.

La tarde declinaba.

Las dos amigas abandonan la casa, y se detienen en la puerta de salida, bajo el emparrado.

—¡Adios, Blanca!—murmura Liceta, estrechándole la mano y mirándola con cariñoso interés—No olvides mis consejos, hijos de mi buen deseo, por tu dicha; junto á tu esposo te sorprenderán los años y las enfermedades, sin que su afecto varíe. Por el contrario, los hijos anudarán más y más el lazo que os une; porque la santidad del matrimonio es tan grande, Blanca, que en él se purifican todos los pensamientos.

Oye más.

La insensata que se echa sobre los hombros el vergonzoso manto del adulterio, no tarda en verlo convertido en capa de plomo; porque el hombre que te indujo á olvidar tus deberes, será el primero, fatigado de tu posesión, en enrostrarte tu falta, y no solo

esto, si que también, dolorida y quebrantada por tus culpas, se marchitará pronto tu lozana juventud y tu belleza, y el seductor huirá de tí, porque solo buscó tu hermosura, de la cual nada quedará.

Si hubiera querido hallar en tí las prendas del alma, ¿las habría encontrado? ¿Puede poseerlas quien, como tú, sumerje en la desolación á un buen esposo, y desprecia los deberes impuestos por Dios? Dura es mi palabra, pero cierta.

Abandonada de todos, y con el peso enorme de tu conciencia por haber labrado la desdicha de un hombre noble y generoso, todo amor y sinceridad, ¿dónde irías á esconder tu vergüenza y tu deshonra?

Enferma del alma y del cuerpo, no podrás ni defenderte de los rigores del frío y del hambre con el recurso del trabajo, á que no estás habituada, y no te quedará otro refugio que el de la mendicidad.

Ah! Bien sabes tú lo que les espera á las infelices que van implorando socorro de puerta en puerta, sin familia, sin hogar, solas y desvalidas: infortunio tremendo!

Solas y olvidadas, allá en el oscuro rincón de un portal, ó tiradas en medio de la calle, las recoge la caridad pública, y van á exha-

lar su último suspiro en el desierto lecho de un hospital!

Esto, por lo que toca á la que falta á sus deberes, que, volviendo los ojos al mancillado esposo, vemos otro cuadro de dolor.

Piénsalo bien! Un esposo que ama á su compañera con delirio, que en ella cifra toda su ventura, que sueña con bienes, solo por ella y para ella; y de la noche á la mañana, ve que esa mujer, que él creía toda suya, le abandona, no le quiere, pues se va con otro hombre, olvidándolo todo, todo, por las mentidas caricias de un seductor. ¿Comprenderás tú el dolor de ese esposo, su desesperación sin nombre, viéndose desgraciado para siempre, deshecho su hogar, que antes era recinto de su dicha, y hoy le ofrece el espectáculo de su deshonra? Verterá lágrimas amarguísimas, lágrimas que nadie recogerá, porque está *¡solo!* abatido, y enfermo de pesadumbres, no tendrá un pecho cariñoso en donde él pueda reposar la frente ardorosa por la fiebre, ¡ay! y quizá exhale el último suspiro, allí desamparado, nombrando á la pérfida que, en aquellos instantes, posible es que, en brazos del seductor ría y goce, sin turbarle el recuerdo de su infamia!

Liceta terminó su penoso discurso, anegada en llanto, y, atrayendo junto á su seno á Blanca, la besó con ternura infinita.

Esta, con la palidez de la muerte, estrechó contra su pecho, convulsivamente, una y más veces á su amiga, y luego se alejó rapidamente, como si huyera, perdiéndose presto por entre la espesa arboleda.

III.

Paloma y gavilán

A medida que la resistencia de Liceta era más tenaz, aumentaban las acechanzas y persecuciones de don Manuel. El pensaba que la mujer, siendo débil y compasiva por naturaleza, era fácil de vencer, por medio del amor rendido y fino, y, en esta inteligencia, decíase á sí mismo:

—Si mi fortuna no la seduce, ni mi persona la impresiona, vencerá á su corazón la constancia de mi cariño y amoroso quebranto.

La mujer es naturalmente agradecida, y el diablillo de la vanidad terminará mi obra.

Liceta! Liceta! tú amas infinitamente á tu esposo, y te crees fuerte é invencible. Pero yo me burlaré de tu encastillada virtud.

Una tarde, bordando Liceta junto á la ventana, sorprendióle el rumor de pasos cautelosos que dirigíanse hacia la puerta de

entrada. Inquieta incesantemente, desde que el dueño del molino había dado en perseguirla, corrió hasta la puerta, y, á pocos pasos de ella, vió á don Manuel, que, elegantemente vestido con traje de montar, agitaba en la mano un pequeño látigo, mientras que, con ternura, sonreía á la joven.

Liceta se turbó, bajó los ojos, y, encendida como la grana, salió de la casa, creyéndose más segura fuera de ella, y fué á sentarse en un banco rústico, que á poco trecho había.

Allí continuó su labor, aparentando no darse cuenta de la presencia de su astuto perseguidor.

—Siempre hermosa y siempre esquiva!—murmuró éste, sin atreverse á aproximarse á la joven, por temor de que rehuyera su presencia.

Liceta, silenciosa, echó una mirada en torno del molino.

—Sí,—prosiguió Nélter, siguiendo la dirección de los ojos de su víctima— allí está el feliz Henry. ¡Cuánto no diera V. por no verle sufrir! ¿Verdad?

—Mi vida entera!—murmuró la jovén con vivísima expresión.

—Y siendo V. un ángel, se complace en verme padecer! Liceta! ¿por qué se muestra V. tan desdeñosa, si, tarde ó temprano, será V. mía?

—¡Calle V.! Si un resto de dignidad queda aún en su pecho, respete V. mi dolor al verme así ultrajada!

—¿Es ultraje mi cariño?

—No quiero oirle, don Manuel! Sus palabras me ofenden. No sé qué mal pude haberle causado yo, para que V. se goce en mi daño. Porque V., por demás comprende que me hace sufrir infinitamente.

—Mal me hizo V. desde que cruzó ante mi vista. Sus encantos me trastornaron, y desde entonces solo para V. y por V. vivo. ¿Qué daño hay en que yo la adore? La única culpa existe en V., que no quiere corresponderme. Pero ¡cuidado señora! Es terrible jugar con fuego....

—Basta, basta! Selle V. el labio!—dijo Liceta; y altiva y fría, se dirigió á su casa con ánimo de encerrarse en ella; pero, viendo que don Manuel se disponía á seguirla, retrocedió, y díjole:

—¿De qué manera he de decirle á Vd. que su presencia me causa espanto?

—¿Tan feo le parezco á V.?—repuso Nél-

ter, sonriendo maliciosamente—¿O es que teme V. no ser bastante mala para conmigo? La mujer que se siente buena, no puede permanecer insensible ante la desesperación de un hombre, cuyo único delito es amarla con locura! ¿O teme V. al deber? Este es un fantasma importuno cuando el corazón desfallece de amor. La vida es breve, Liceta! ¿por qué no disfrutar de sus prerogativas? Yo puedo brindarle placeres, por V. jamás soñados. Liceta! Liceta! Liceta! Esa frente hermosísima, esos ojos divinos, toda, toda su espléndida y bellísima persona la quiero yo para mí, para mí solo!....¡Ámeme V. por piedad!...

—Mi amor es todo, todo para Henry, para el esposo de mi alma, mi fiel compañero, el dueño de todo mi sér!—exclamó Liceta, cruzando las manos sobre el pecho, interesantísima en su actitud, y llorando con la explosión de la más honda pena, al ver asediado aquel inmenso cariño de su alma, que á ella parecíale poco para consagrarlo todo al hombre elegido de su corazón.

Frunció el ceño Nélter, y airado, como Júpiter exclamó:

—¿Es así como V. corresponde, señora, á cuantos favores he dispensado á su marido?

—Y pensaba V. acaso que iba yo á pagarle deudas de gratitud con mi propia honra?—dijo Liceta, despreciativa ante la vulgaridad de Nélter.

—¡Por Dios, Liceta!—exclamó el taimado, acercándose á la joven cautelosamente—La amo á V. tanto como la estimo. Mi pasión me hace olvidar que V. tiene deberes ineludibles que cumplir. Pero el amor no razona, y es por eso que voy tras de V., buscando aunque tan solo sea una mirada compasiva....! Nunca pensé en ofrecerle mi fortuna, porque V. no es de las mujeres que se venden, y porque mi amor es tan grande, que sería una injuria para mí mismo hacer á V. tan menguada proposición. Yo amo á V., no solo por su belleza extraordinaria, si que también por las bondades de su alma, comparable á ninguna otra!

Pero escuche V. Liceta!

Si hoy soy bueno, porque llena mi corazón el cariño grande que V. me inspira, también es cierto que esta misma pasión, una vez distanciada, podrá conducirme..... no sé hasta donde! Pero si me arrastrase hasta el crimen, V. sería la única responsa-

ble, la única causa de cuanto pudiera acontecer. Sí! V. tendrá la culpa....

—¿Culpa yo de su sola culpa? V. no está en su juicio. La mujer honrada, que ama á su esposo y defiende su virtud....

—No prosiga V. Liceta. Su fe ciega y su amor sin límites caerán por tierra el día que V. sepa que su marido le es infiel. Su dolor será grande, pensando en mi cariño, á V. sola consagrado, y por V. vilipendiado.

Liceta sin inmutarse, repuso con soberano desprecio:

—Es infame lo que está V. fraguando en perjuicio mío! ¡Qué lujo de crueldad, Dios Misericordioso!

Henry vive solo para mí, como yo suspiro únicamente para él! Y aún cuando llegase el caso pérfidamente supuesto por V., jamás echaría yo de menos el amor de V., mengua de mi más caro sentimiento: el sentimiento de mi honor.

—¿Y qué haría V. olvidada por Henry?—preguntóle complaciéndose en el daño que causaba á su víctima, y revelando su semblante claros signos de la cólera que pugnaba por estallar en su pecho.

—¿Qué haría?—murmuró Liceta cada vez más quebrantada—Sufriría en silencio, co-

mo cuadra á la mujer que respeta su propia dignidad, guardando en lo más íntimo de mi alma, más avara que nunca, la esencia inmortal de mi amor, de ese amor que con los azahares de mi corona de virgen, perfumó el altar de mi castidad de esposa!

—El despecho y la ira la empujarían á V. á buscar venganza....

—Entonces....¡pobre de mí si tal hiciera! Perdida la alegría del alma, perdería también la paz de la conciencia, y en mi dolor no me quedaría más refugio que el de la eterna vergüenza, ni más esperanza que la de la muerte. Ah, no! No soy de las mujeres á quienes el despecho hace vender sus caricias. Me respeto tanto cuanto amo á mi esposo, y ojalá todas las de mi sexo, supieran penetrarse de la inmensa dicha que encierra en sí, la felicidad en la jurada fe conyugal!

Y viendo que su interlocutor callaba, con la voz aún vibrante de congojas prosiguió:

—¿No tiene V. nada más que agregar para tortura de mi alma?

—¿Quiere V. la guerra, cuando yo la brindo con la armonía y la felicidad? ¡Cúmplase su voluntad!

—No quiero guerra! Quiero simple y llanamente que V. me deje en paz, que respete V. mi estado, y en cambio daré á V. la gratitud de mi alma...!

—Gracias, señora!—exclamó con ironía.

Y echando hacia atras el cabello con mano crispada, con la palidez de la rabia en el semblante, y haciendo un arco completo del látigo que hasta entonces le había servido de juguete entre las manos, clavó sus ojos en Liceta, y, con la satisfacción de la crueldad pintada en su rostro, dijo á la joven, ya amedrentada de su actitud amenazadora.

—V. sabe cómo está el país. No hay trabajo para la clase proletaria...

—Sí, ya lo sé—profirió la joven, sin comprender á dónde iría á parar su interlocutor.

—Se considera feliz hoy el pobre que tiene un pan y un rincón donde guarecerse. Yo desearé que á V. y á su esposo no les falte....

—No comprendo....

—Desde mañana, Henry buscará trabajo en otra parte.

Liceta púsose intensamente pálida, y sus labios temblaron, pero hizo un esfuerzo, y se mantuvo erguida y fría.

Nélter, como el espíritu del mal, altivo en aquel instante, parecía más gallardo que nunca. Su apostura era elegantísima; el irreprochable traje que vestía dibujaba su arrogante figura, su rostro de una belleza fuerte y varonil, iluminada por una alegría satánica, prestábale peligroso atractivo.

Miró largamente á Liceta, y luego, con paso tardo, fué alejándose, mientras que, con su látigo, castigaba las flores y hierbecillas que hallaba á su paso.

IV.

Luchas

Transcurrieron algunos días desde aquel en que don Manuel hablara por última vez con Liceta, y nada nuevo aconteció, ni en el molino, ni en casa de Silver.

Sin embargo, llegó bien pronto el día en que, después de haber salido Henry para el trabajo, no tardó en regresar á su casa, llenando de zozobra á Liceta, que notó en el semblante de su esposo inequívocas huellas de mal comprimido dolor.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué vienes triste? ¿Estás enfermo, mi Henry querido? ¿Qué te sucede? ¡Por Dios, dímelo de una vez!—interrogóle con cariñoso afán, olvidada ya Liceta de la amenaza de don Manuel.

—Sociégate. Estoy bueno. Nada.....nada ocurre....

—Tú me ocúltas algo, Henry! Yo leo en tus ojos, que son mi luz! Mírame, mírame, si nada tienes!

—Pero, mujer...!

—Henry de mi alma!

—Liceta mía!

La mirada de él, al posarse en la de su esposa, reveló claramente su honda pena.

—Vaya, vaya, hija mía—exclamó, reteniendo contra su pecho la adorable cabeza de su mujer—No llores! ¿Así quieres alentarme? No ves que tus lágrimas me causan pesadumbre infinita?

—¡Henry mío!—solo pudo balbucear la pobre joven, pues repentinamente recordó la amenaza de don Manuel, y al ver la transformación operada en el aspecto de su esposo, comprendió que aquella había sido cumplida fatalmente.

—¡Valor, mi Liceta! ¡Dios está con nosotros! ¿No ves tú cuan hermoso é inmensamente grande es el cariño que nos une? Pues él será el escudo de nuestros males.

D. Manuel es muy bueno, Liceta mía; pero sospecho que le va mal en sus negocios: agóbianle serios compromisos. Y, aunque con gesto contrariado, pues siempre manifestó decidido empeño en protegernos, me ha dicho hoy que ya no puede seguir dándome trabajo. Dice que venderá el molino y otras propiedades; que sacrificará una parte de

sus bienes para salvar el resto. Pero, me ha dado hermosas esperanzas para el porvenir; dice que si realiza un importantísimo negocio que trae entre manos volveré yo á tener trabajo cerca de él; pero de otra magnitud, pues seré nada menos que su socio. Ve tú, cuánta bondad la de su alma! Y me pidió con insistencia que te hiciera presente á tí este su vivo deseo.

—Alma noble!—pensó Liceta, mirando con dolorosa ternura á su esposo—¡Si tú conocieras el fondo vil del que llamas nuestro protector!...

¡Ay! ¡Quiera el cielo que siempre ignores por qué ese hombre nos deja hoy sin pan!

—Alma mía!—pensaba á su vez Henry, acariciando con su mirada la mirada triste de Liceta—Por ahorrarte á tí una sola hora de amarguras, sacrificaría mi vida, si este sacrificio no aumentara tu quebranto. ¿Qué has hecho tú pobre niña, para verter lágrimas amargas? ¡Dios calme mi tormento para poder velar por tí!

En vano pretende Silver ocultar su dolor, que se muestra más potente que su voluntad, pues no se le ocultan las inquietudes que le guarda el porvenir.

Desde que vino á América, trabajó seguidamente con don Manuel.

Ahora se ve aislado, al separarse de él. No tiene relaciones. El estado económico actual del país le asegura días amargos de infortunio. Son muchos los lamentos que de continuo oye por falta absoluta de trabajo y de pan.

Eleva al cielo sus ojos, y su fe y su esperanza puestas en la Divina Providencia le dan alientos consoladores.

Cuando los bienes de la tierra huyen de nosotros, siempre los ojos se tornan al cielo, porque allí está la fuente santa de los consuelos humanos.

—Dios no nos abandonará, querido Henry —murmura Liceta, posando sus brazos amorosamente sobre los hombros de su marido —Ya encontrarás trabajo, y mientras tanto, tócame á mí velar por el sostén de nuestro hogar. Coseré, bordaré, haré flores y todas las labores que aprendí de mi santa madre. Ya verás tú cómo vuelve á brillar en tu noble frente la calma de tu pecho.

Henry la abrazó conmovido, exclamando:

—¡Trabajar tú, mi amor! Ah, no! Enfermarías....¡Dios mío! Solo pensarlo me estremece! Faltaríame entonces el valor para ha-

cer frente á la adversidad, valor que hoy necesito más que nunca. La lucha por la vida es para nosotros los fuertes; tú, alma mía, serás solo para velar por la dicha del hogar, déjamelas rudas faenas del trabajo, trocadas en flores para mí, porque con ellas te doy el bienestar.

—Nos estamos afligiendo en tonto—exclamó Liceta, afectando alegría—Quizá hoy mismo halles donde emplear tu actividad, y con mejor provecho que hasta hoy.

—No digas eso. Mejor que aquí en ninguna parte nos hallaremos. Otro hombre tan bueno como don Manuel, no le hemos de encontrar. Tan noble, tan generoso, tan desinteresado....¡Cuánta violencia causóle verse obligado á negarme trabajo! Creo que sufrí más yo al ver su turbación que él mismo Si hubieras visto tú qué pálido y cabizbajo estaba cuando me lo comunicó....Ni siquiera se animó á mirarme á la cara.

—Ah! ya lo creo!—pensó Liceta - El miserable temería que leyeras en sus ojos la cobardía de su acción inícua!

—En fin—prosiguió la esposa en alta voz —No pierdas tiempo; anda, ve á Brisamar, y que el cielo guíe tus nobles propósitos.

Y la joven enlazó el cuello de su esposo

con sus amantes brazos, y, llena de fe y de confianza, dióle alientos, y, con la mirada tranquila de sus ojos y la dulzura inefable de su palabra, infundióle valor, mientras Henry se disponía á ir en busca de trabajo y de techo que les dé abrigo.

A la tarde de ese mismo día regresó muy desanimado.

No hay trabajo. En vano ha recorrido todo el pueblo. Todos se quejan, pobres y ricos de lo anormal de la situación porque atraviesa el país, que promete horas interminables de dura prueba.

Ha encontrado una pequeña habitación. Vense obligados á vender casi todo su reducido ajuar, reservándose lo más indispensable.

Liceta echa su última tristísima mirada sobre sus flores y sus pájaros, y sobre aquellos parajes queridos en donde tan feliz vivió con su Henry, y sigue á su esposo, más unida á él que nunca, y experimentando en el alma secreta alegría al abandonar por siempre el molino, teatro de las perfidias de su titulado bienhechor.

Una vez instalados en Brisamar, Henry no cesó de buscar trabajo; sus brazos se ofrecieron para toda clase de labor; pero la

suerte airada quiso negarle todo su apoyo.

Así transcurrieron los días, y viendo ya casi agotados los pocos recursos con que contaban, asáltale á Henry el pensamiento salvador de trasladarse á España, su patria nativa, en donde cuenta con amigos leales, que le quieren y le prestarán ayuda y protección.

Comunícale esta idea á su esposa, y ella nada opone á su determinación.

Silver tiene mucha sensatez, muy buen criterio, mucha prudencia, y sus resoluciones no pueden ser jamás desacertadas.

Pero Liceta sufre en silencio, allá en el fondo de su corazón, pensando en que ha de abandonar forzosamente su querida patria y alejarse quizá para no volver á verla más.

En ella se deslizó su niñez; en ella corrieron sus alegres juveniles dias; en ella conoció y amó á Henry, y en ella, en fin, reposan los mortales restos de sus llorados padres!

Acuden abundantes lágrimas á sus ojos, y trata de ocultar su pena, queriendo desechar sus tristes ideas y los presentimientos que agitan su alma atribulada.

Apesar del grande empeño que la joven pone en no revelar su quebranto, su marido

lo nota, y redobla los cuidados en su obsequio, respetando el legítimo pesar de su mujer.

Si abnegación hay en el uno, no la hay menos en el otro.

¡Bendito el matrimonio que así sabe santificar los caros afectos del alma!

¡Bendita sea la Cruz de Jesus!

¡Y benditas mil veces sean las flores que esparcen su fragancia por entre espinas y erizados zarzales!

Si Liceta era buena, angelical y tierna, Henry no era menos prudente y valeroso en la desgracia, y su carácter apacible no se alteraba nunca, ni se agriaba siquiera en las vicisitudes de la adversidad, como suele acontecer á algunos, que, cuantas más penalidades les ofrece la existencia, más irascibles se tornan, sembrando en derredor un verdadero infierno de contrariedades y maldiciones. Debe haber poquísima inteligencia en estos cerebros cuando tan mal entienden el arte de saber vivir, ó tienen acopio de veneno en el corazón, y quieren, gota á gota, ir filtrándolo en los séres que les rodean. O más cierto será, que la dulcísima religión de Cristo, no ha penetrado en sus almas, y no teniendo fé, ni esperanza, la resignación

hállase lejísima de ellos, y por esto entréganse, á una desesperación, rabiosa, que solo consigue aumentar sus males, y hacer el vacío en torno, porque nadie ama lo que es ingrato.

¡Desgraciados seres! Dios tenga compasión de ellos!

Como el acero, el corazón de Henry se templaba al fuego abrasador de las desdichas, y anidaba en su alma la resignación santa de la fé cristiana.

Pero, si era fuerte en la desgracia para sí mismo, arredrábale la idea de las desventuras que pudieran caer sobre la frente de Liceta. Y por esta razón, tornábase de animoso en pusilánime, pensando en los peligros que pudieran amenazarla.

Cuando después de recorrerlo todo, volvió junto á su amada, sin una esperanza consoladora, la desolación y la amargura hicieron presa de su alma.

Liceta era el sér más íntimo y más querido de su corazón. En ella estaban refundidos todos sus deseos, todas sus aspiraciones, y cifrados todos sus afectos y todas sus alegrías. Y ella era su pensamiento fijo, el latido constante de su pecho.

Aquel lago tranquilo — pensaba él — de

aguas cristalinas, no debía ser nunca enturbia lo por los despojos que el mundo arroja de sí. No, y mil veces no! El necesitaba imperiosamente mirarse siempre bueno y siempre noble en el diáfano espejo de esas aguas, que eran el reflejo fiel del alma purísima de su Liceta, alma bondadosa, sin enojos, sin rencores, siempre plácida y serena, como alborada de primavera.

Mientras tanto, don Manuel, cínicamente osado, dió en visitar la nueva vivienda dé los esposos.

Henry desde el primer momento, recibióle con muestras visibles de gratitud é ingénua alegría, probándole así al seductor aleve su ignorancia en los infames proyectos que fraguaba.

Liceta, fría é indiferente, no se dignaba ni mirar á su cruel perseguidor, irritándole más con su reserva y despreciativo silencio.

Henry, ageno á la secreta lucha que sostenía su pobre mujer, no paraba mientes en la actitud observada por ella.

D. Manuel suplicaba obstinadamente, y se valía de todos los medios que le sugería su perfidia, para conquistar el cariño de Liceta. Y pareciéndole ya fácil rendirla á

discreción, pues llegó á pensar que su frialdad no era otra cosa que despecho, ofrecióle fortuna y también cuantiosos bienes para Henry, á título de su reconocimiento por la honradez y rectitud de los esposos, observada durante el tiempo que estuvieron á su servicio. No echó de ver el malsín lo disparatado de su oferta, después del paso dado, y que es fenomenal, que los trabajos de la honradez se premien, así, de aquella manera, con dádibas tan espléndidas, y con desprendimientos tales de quien dice hallarse muy atrasado en sus haberes.

Liceta, altiva y más digna que nunca, respondióle que su marido no ambicionaba otro caudal que el de su propia honra, y que en cuanto á ella, considerábase muy rica con el amor inmenso de su esposo.

La tenacidad de la joven servía de poderoso incentivo á la pasión torpe de Nélter.

Este, ante lo irrealizable de sus deseos, exasperado, ardiendo en cólera, amenazó á Liceta; pero ella, segura de sí misma, contestó á la amenaza con una sonrisa tan glacial, que Nélter, lívido de rabia, salió de la casa, llevando el infierno dentro del pecho.

En su hueca vanidad, no concebía cómo Liceta podía mostrarse inconmovible, en

presencia de las circunstancias tristes que la rodeaban. Más de una vez miróse al espejo, y comparó su figura con la del esposo á quien pretendía burlar.

Era bien marcado el contraste, desfavorable del todo para Henry.

Este había enflaquecido notablemente, y aunque tenía dos años menos que Nélter, parecía llevarle, por lo menos, ocho.

Dijimos al principio que veíanse algunas canas en sus cabellos oscuros.

Hoy habían aumentado, porque no hay nada que envejezca más, que esa lucha desesperante, esa batalla cruda, que se libra contra la adversidad. En Henry se veía la prueba evidente.

Sus ojos conservaban aún todo el vigor de la vida; peró estaban hundidos, y sus pómulos marcados, dábanle aspecto de enfermizo y envejecido. La expresión dulce y noble de su semblante era lo único que manteníase inalterable.

Las torturas del alma aniquilan el físico hasta destruirlo.

¡Oh! deleznable materia! Cuanto más bello es tu ropaje tanto más efímera es tu duración!

Pero ¡cuánto gana el alma en esa titánica

lucha, y cúanta envidiable hermosura adquiere su impalpable esencia! Esto acontece cuando el espíritu se cierne muy alto, y no abate su vuelo el soplo abrasador de las desgracias. El alma cristiana se retempla más y más, á medida que el infortunio deja sentir sus terribles efectos.

En don Manuel también habíase operado un cambio; pero, lejos de afearle su persona había adquirido más atractivo.

Algo más delgado, presentábase más esbelta y airosa su figura. Una acentuada palidez revestía sus facciones, resaltando en ellas las ojeras que el insonnio había producido. La barba judáica que usaba de ordinario, más corta que antes, dábale aspecto juvenil, y sus ojos, de mirada suave, aparecían hoy rebosantes de vida y deseos. Y era, que á ellos asomaba la pasión que por Liceta abrasaba su pecho.

Vestía más irreprochablemente que nunca, y complacíase en realzar su natural elegancia, pensando que Liceta no podía mostrarse insensible por más tiempo.

Pero la última negativa de Liceta habíalo conducido á la desesperación.

¿Cómo podía aquella mujer vacilar entre Henry y don Manuel Nélter? Aquel, pobre,

demacrado, á causa de los estragos de la miseria. Este, lleno de riqueza, de salud y de vida, con todos los atractivos de la belleza varonil, y brindándole á todas horas un amor grande, vehemente, que por fuerza tenía que halagar su vanidad de mujer....

Esto pensaba Nélter, y mientras más cavilaba más hondo era su despecho.

—Oh!—murmuró por fin—En este juego de afectos, no está solo empeñada mi pasión, sí que también mi orgullo y mi amor propio ofendidos....¡Vive Dios! Esa mujer no se burlará de mí, y yo le probaré lo que valgo como hombre y como amante.

Y luego, dando otro giro á sus pensamientos prosiguió:

—¿Será su resistencia estudiada para despertar más mi codicia? No, no! Los destellos de su virtud irradian en sus ojos bellos. ¡Y, cuánto más hermosa la contemplo ahora, desde que la miseria llamó á sus puertas con su mano descarnada! Qué pena tan grande me produce el sufrimiento de esa mujer tan querida! Pero hay que sitiar la plaza por hambre....Sin embargo, no cede..! Suerte negra la mía! Y ese repentino viaje á Europa....sin recursos....Yo me mareo.... Dios los proteje, y es posible que puedan

partir al viejo mundo....Y yo, ¿qué me hago?....Ah! que idea tan luminosa!—gritó de repente, dándose una palmada en la cabeza—¡Eliminemos al marido! Esto es: ¡quitémosle de enmedio!

V.

PRESENTIMIENTOS

Corría el mes de Junio, y densos fríos dejábanse sentir.

Era al caer la tarde de un día nebuloso.

Penetremos en la habitación de los esposos Silver.

El cuarto es reducido, y no se vé más ajuar que una mísera cama, dos sillas, una mesa y una pequeña alacena.

Liceta cose junto á la mesa, y á su lado está Henry con la mirada abstraída, fija en la costura de su esposa.

Una temperatura desconsoladora déjase sentir en aquella pieza desmantelada, y entrambos, ateridos de frío, se extremecen de vez en cuando. Tanto el uno como el otro carecen de abrigo; sus ropas son de ligera tela, remendada en mil partes por la mano hacendosa de Liceta. Las mejores prendas que tenían las han vendido para poder comer. ¡Comer! Oh! prosa y miseria de la vida!

La debilidad de sus estómagos acrece el malestar que esperimentan. Con el poco trabajo de la joven, apenas alcanza para comer frugalmente y para pagar el alquiler del miserable techo que les cobija.

—Qué habrá sido de ella!—decía Liceta, como reanudando un diálogo interrumpido.

—Sábelo Dios!—repuso Henry.

—Infeliz de Blanca! Desgraciado de Carlos!

—Ah! Liceta mía! Ese sí que es infortunio! ¿Qué importa que sufra el espíritu, y se queje el estómago? ¡Felices de nosotros en medio de nuestra pobreza!

—Porque nos amamos, Henry de mi alma y porque adelantamos unidos, sin desviarnos de la senda de la moral y del deber. Por eso nuestras conciencias viven en dulce reposo.

—Si, tienes razón; nada malo tenemos que reprocharnos; pero, cuánto mejor sería, Liceta, que, á la honradez de nuestra conducta, se uniera la holganza de una posición feliz!

—Qué remedio! En el mundo, Henry, todos llevan su cruz. La nuestra no es muy pesada, si la comparamos á la de Carlos y Blanca!

—Ah! No me nombres esa mujer! Pobre Carlos! tan bueno, tan digno, tan lleno de honradez, de confianza, y de ilusiones..! Que esa mujer insensata mate su dicha, no se lo perdono!

—Es merecedora de lástima....compadezcámosla....Cuanto más culpable....

—Siendo ella tu amiga íntima ¿por qué no se miró en el claro espejo de tus virtudes?

—Henry!

—Sí! Ojalá todas las mujeres se te parecieran! Feliz entonces de la humanidad!

—Bah! Bah! Tú me quieres engreir—exclamó Liceta, envolviendo á su esposo en una mirada de amor y gratitud — Si yo dijera: ¡Qué felices serían las mujeres, si todos los hombres se te parecieran, Henry mío!... Entonces sí, que hablaría la razón por mi boca.

—Hola! hola! Lisonjera, mi niña! ¡Qué valgo yo al lado tuyo, Liceta de mi vida!

Los esposos se abrazaron efusivamente, y mientras Henry besaba los cabellos de su tierna compañera exclamó:

—¡Bendita seas tú, que llenas mi existencia de santos goces, y que, á través de dolorosas vicisitudes, te muestras siempre sere-

na y complaciente, brindándome así con la paz y la ventura!

—Henry! No sabes tú con cuánto placer te escucho, y cuán inmenso es el caudal de mi amor por tí!

—Bien lo sé, esposa querida! Y tan ciega es mi fé, y tan grande mi confianza, que moriría mil veces antes de dudar de tu cariño...

—Mira, Henry. Cuando contemplo nuestra pobreza, y veo el dulce sosiego que reina en nuestro humildísimo hogar, reflexiono, y pienso en la felicidad terrena. ¿Cómo hay mujeres—me digo—que viven en la opulencia, halagadas de todo el mundo, siendo bellas y virtuosas, y, sin embargo, siéntense hastiadas, haciendo alarde de un descreimiento punible, y adivinándose en sus rostros secretas huellas de cansancio moral?

—Alma mía! Facilísima es la respuesta. Esas infelices no han cultivado su espíritu. Viven solo para las frívolas exigencias de la sociedad. Todo cuanto apetecen lo consiguen, porque el oro es la mágica llave de los placeres. No teniendo nada que ambicionar ¿qué anhelos pueden alimentar sus almas? El de brillar y brillar siempre, despertando envidias y rencores. Pero este sentimiento

vanidoso poco á poco va marchitando la savia del corazón, y entonces viene el desengaño y el cansancio. Abrumada de oír á cada instante mentidas frases de admiración, llega la mujer á convertirse en una especie de maniquí, vestido á la última moda, y con el corazón de corcho!

—Pero el sentimiento de la maternidad debiera operar un cambio consolador.

—No lo creas, hija mía. Tienen el corazón enervado. La crianza de los hijos va encomendada á manos mercenarias, porque esas madres no están habituadas á sacrificar el sueño y pasar malas noches, ni á detenerse en las mil y mil nimiedades propias de la infancia. ¡Qué se diría luego, si la señora Z. apareciera en el suntuoso baile con los ojos enrojecidos por el cansancio ó el insomnio, por consagrarse á sus hijos?.... Estas madres te serán muy fácil conocerlas, porque siempre están en exposición constante; las verás en el teatro, en los paseos, en las grandes funciones de iglesia, en las tiendas, en todas partes, en fin, menos en donde debieran estar: en su casa.

—Pero, las sagradas obligaciones del hogar, ¿no están antes que todo?

—Quién lo duda! Pero ellas entienden que

las exigencias sociales están por encima de los deberes ineludibles de la familia.

—Pero la familia, así abandonada, á merced de manos extrañas, ¿qué principios de moral y religión puede adquirir?

—Los adquiridos por las madres, quienes, á su vez, los trasmiten á los hijos. Cuando las niñas empiezan á ser mujeres, se las adiestra en el arte fácil de la coquetería y del lujo; se les educa de *relumbrón*: algo de música, un poco de dibujo y de canto, y otro poco del indispensable francés. Y así preparadas, quedan en aptitud de poder figurar en la flor y nata de la aristocracia del dinero. Pensar en el porvenir de la que ha de ser esposa y madre, y en la educación de sus sentimientos....es cosa baladí.

En la edad de las ilusiones y del amor no derramarán una sola lágrima en presencia del cuadro doloroso de una madre, que, con el hijo enfermo en sus brazos, implora la caridad pública. Pero, en cambio, la posesión de un vestido lujoso, ó la promesa de una gira campestre, ó de un baile espléndido, arrancará á sus labios una exclamación íntima, y á sus ojos asomará el regocijo del alma.

Semilla perniciosa, que fructifica, por des-

gracia, en todas las encumbradas clases sociales. Ah! cuántas catástrofes acarrea al seno de las familias!

¡Fatal educación!

A la mujer no le hace maldita la falta aprender idiomas, ni música, ni canto, ni dibujo, ni montar á caballo. Todo esto es simplemente superficial. Ante todo, debe enseñársela á ser buena, cristiana, y educársele para el hogar y la familia; que aprenda el arte difícil de vivir, siguiendo el sendero de la honestidad y del amor al trabajo.

Mucho más hermoso y más útil es zurcir medias, que bordar flores primorosas. Sus manos deben habituarse al trabajo corporal; porque la mujer ociosa es un peligro constante para la misma sociedad en que vive; es una planta parásita, que, ni produce, ni deja producir.

—Henry mío! Cuanto me encanta oirte. Bendito sea el trabajo, fuente inagotable de todo bien!

—Bendito sea! Mas no siempre acude cuando se le llama, ó se le busca. Tu has visto cuántos pasos estériles he dado en demanda de su protección.

—¿Vas á desesper r ahora?

—No! Tu querida presencia me da alientos. ¿Qué fuera de mí sin tí, Liceta amada?

—Ah! Y yo? y yo, Henry, Henry?—esclamó Liceta repetidamente abrazando á su marido—Arrostraré todas las angustias de la mala suerte, porque con solo verte, y pensar el bien que Dios me depara con tu cariño, sabré sobrellevar las penalidades que producen las necesidades materiales de la vida, sin elementos para satisfacerlas.

—En algunos momentos—dijo Henry—he pensado pedir dinero prestado á don Manuel, para devolvérselo cuando trabaje, pero, la dignidad de la pobreza ha sellado mi labio. Ah! por desgracia el que pide, lejos de hacerse acreedor á respetuosa consideración, porque le arrastra á este extremo la angustiosa necesidad, merece por todo consuelo que se le tema y se le evite como al cólera. ¡Es tan fastidiosa la miseria cuando pide con el angustioso acento del hambre!

Algunos golpes dados á la puerta, cortaron las palabras de Henry.

Este fué á abrir, mientras Liceta recogía su costura, encendiendo un pequeño quinqué, pues ya la noche se venía encima.

—Muy buenas tardes—dijo el que llamaba, sin penetrar en la vivienda.

—Muy buenas—repitió Henry, mirando con curiosidad al forastero—¿Que se le ofrece, buen hombre?

—¿Es V. don Henry Silver?

—El mismo.

—Esta carta—dijo el desconocido, entregándosela.

Tomóla Henry, y quiso hacer pasar al mensajero, más este dijo tener prisa, y mientras esperaba á la puerta, el joven se acercò á la mesa y desplegó la carta á la luz de lámpara.

Liceta acercóse también fijando sus ojos con insistencia en el semblante de su esposo.

Y el rostro de este se iluminó.

—¡Liceta mía!—prorumpió—Dios no nos desampara!

D. Mariano, el dueño de la fábrica de paños, me llama para darme trabajo. Dice que vaya ahora mismo, pues mañana se ausenta para la Capital. Quizá quiera dejarme á cargo del establecimiento, pues él conoce bien mi honradez.

¡Cuánta es mi alegría! Ya se acabaron las penas, Liceta! El color de la rosa volverá á lucir en tus mejillas; brillará la animación y la vida en tus ojos bellos, y yo gozaré con la dicha de mi mujercita!

Y el esposo estrechó efusivamente á Liceta entre sus brazos y se dispuso para salir.

—Pero, ¿has de irte ya?

—Sí!—y, dirigiéndose hacia la puerta exclamó:

—Buen hombre! Váyase V., si quiere, que pronto le seguiré.

Después de coger el sombrero y alzarse el cuello del sobretodo, volvió á abrazar á su esposa y con cariñoso acento la interrogó.

—¡Alma mía!... ¿Por qué lloras?...¿No has visto ya que se desvanecen las sombras que nos rodean?

—No hagas caso!—murmuró Liceta, tratando de ocultar su desasosiego y sus lágrimas.

—Si no quieres que vaya, no iré.

—Es que....está la noche tan oscura y tan fría, y...la fábrica queda tan lejos...

—En un salto estoy allá. Dentro de dos horas, á lo más tardar, me tienes aquí de vuelta. Si no fuera, quizá perdiera un trabajo que nos aseguraría el pan de mañana.

Los esposos se abrazaron en silencio, y Henry se dispuso á salir, y al llegar á la puerta, volvióse para mirar tiernamente á su mujer, y esta corrió hacia él extrechándole una vez más entre sus brazos.

Henry se desprendió de ellos con amorosa suavidad, y salió precipitadamente.

Al perder de vista á su esposo, Liceta juntó las manos, y en mística y dolorosa actitud, elevando al cielo una mirada suplicante, exclamó:

—Dios mío! Perdóname esta aflicción cuando nos abres las puertas de tu misericordia infinita.

Y, llevándose las manos al pecho, prosiguió:

—Tengo el corazón oprimido, y ansioso de llorar mucho, mucho! Virgen Santa!—gritó, dirigiéndose á una imágen, colocada junto al lecho—¡Haz que Henry, vuelva feliz al lado de esta pobre mujer, que tanto le quiere!

Y encendiendo una vela, la colocó sobre una silla, ante la imagen de la Virgen, y, prosternándose, oró en silencio.

Mientras tanto, zumbaba fuera el viento, la noche había cerrado oscura, tenebrosa, y algunas gotas comenzaron á caer, amenazando fuerte temporal.

De cuando en cuando oíase el graznido de las aves nocturnas, y el lejano ladrido de los perros, que, unido al silbido del viento, remedaban agudos y prolongados quejidos.

VI.

¡Infeliz Liceta!

—Puede V. entrar, señor; la pobrecita, después de tantas noches de rebelde insonnio y de fatiga, ha podido reposar un rato, gracias al último medicamento que le propinó el facultativo.

Y llevamos veintiocho días de sufrimiento. ¡Pobre niña! La pérdida de su esposo la matará!

Esto dijo una mujer, de aspecto bondadoso y humilde, á don Manuel Nélter, que estaba á la puerta de la casa de Liceta.

Penetremos nosotros primero, y contengamos los latidos de nuestros corazones, para que no estallen de dolor ante la tremenda desgracia de la infeliz esposa.

Yace en el lecho. Más que un sér humano parece una pálida sombra: tal es su demacración.

¡Y está sola, la pobrecita!

Detiénese la pluma sin acertar á trazar aquel dolor sin nombre.

¿Cómo pintar la muerte moral de aquella infeliz?

Tiene los ojos hundidos y apagados, y la boca agrandada por la flacura; la nariz perfilada, y las sienes hundidas.

Mira siempre en torno suyo con ojos extraviados y la amarguísima expresión de su boca, arranca llanto al corazón.

—¡Ya no tengo lágrimas!—exhala como un quejido—¡Vivo sin aire, sin calor y sin luz, porque no tengo la de sus ojos!.... ¡Y aún vivo yo!.... ¡Ay de mí....! Ya no le veré más!.... Ya no tengo sus caricias!.... ¡Sola! Sola en la tierra, sin el apoyo de su dulce compañía?.... Privada de su presencia querida para siempre.... ¡ay, sí, para siempre! Dios mío! Dios mío!.. ¡Bajo mis manos siento desgarrarse el corazón, y quisiera estrujarlo más y más hasta ahogar por completo sus latidos....! Dolor inmenso de mi alma, mátame de una vez, que no quiero vivir sin *él*...

¡Ay, Henry... Henry de mi vida! Ven!.... Ven á mis brazos, que agonizo... me muero... sin tí!...

Y la infeliz transida de dolor, con la rigidez de la muerte en el semblante, dobló so-

bre su pecho la cabeza, y roncos sollozos la agitaron convulsivamente.

La buena mujer—su vecina—que la cuidaba, penetró de nuevo en la vivienda, y, al verla en aquel doloroso paroxismo, acudió á ella presurosa, exclamando:

—¡Señora! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Vuelve V. á desesperarse? Ya son veintiocho días que V. sufre y...!

—Dolores. Yo no puedo sobrevivir á mi esposo... Quiero morir!

—¡Valor, señora!—repuso la buena mujer, enjugando sus ojos. — El cielo enviará á V. resignación. Es necesario no dejarla á V. sola para que no se entregue á sus tristes cavilaciones, que acabarían por trastornarle el juicio.

Ahí fuera está don Manuel Nélter. ¿Qué le digo?

Liceta se extremeció, y un gesto de invencible repugnancia desfiguró más aún su rostro.

Ha sido tan bueno para con V. en estos días de tribulación prosiguió su interlocutor — que he creído que la presencia de ese señor la complacería.

—Bien... sí.,.—repuso la infeliz forzadamente.

—¿Le hago pasar?

La joven movió la cabeza afirmativamente, sin alientos para responder.

Penetró don Manuel, y, aproximándose al lecho, se extremeció mirando á Liceta.

Esto le acontecía siempre, desde que el dolor postró en el lecho á la infeliz esposa.

—Señora...!—balbuceó.

La joven con descarnado brazo, indicóle que tomara asiento, mientras clavaba en Nélter persistente mirada.

Siguió una pausa prolongada.

La vecina cosía una pieza de ropa blanca en un ángulo de la habitación. Había intentado alejarse, cuando entró don Manuel, pero Liceta se apresuró á decirle que no estorbaba.

—Aunque me es muy doloroso—dijo forzadamente Nélter—debo hablar de los pasos que he dado respecto de...

Se detuvo como si las palabras se negasen á salir de sus labios.

Liceta, que, desde la presencia de don Manuel, parecía más quebrantada, completó la frase de su interlocutor con voz ahogada por las lágrimas:

—Sí, respecto de mi desgraciado esposo!

—Sí, señora!—agregó Nélter, desviando

su mirada de los ojos de Liceta—He hecho cuanto V. deseaba, y debo darle las gracias por haber aceptado mis desinteresados servicios, cuando tan de veras se los ofrecí.

—Pero....—dijo Liceta con voz trémula y haciendo caso omiso de esto último—¿No se ha podido identificar....el cadáver que se encontró....¿Por qué no me lo mostraron?... Ay! sí, porque dicen que tenía desfigurado el rostro.... ¡Dios mío!... ¿Quién ha podido querer mal á mi esposo, tan bueno, tan servicial y tan noble?

Y Liceta clavó sus ojos nuevamente en los de don Manuel; pero viendo que este sostenía la mirada sin inmutarse, la desvió con visibles señales de disgusto.

—Señora! Ya he dicho á V., y conmigo varios vecinos, que su esposo no tenía herida ninguna. Quizá le sorprendió la muerte.... Acaso alguna enfermedad secreta....

—No, no señor!...—gimió Liceta—Henry era sano y fuerte... Ay Dios misericordioso! qué noche aquella.

—Señora.... perdone V... pero, ¡por los clavos de Cristo!—exclamó la vecina, acercándose á la joven—No vuelva V. sus pensamiento á entonces...

—Imposible! Imposible! Si V. hubiese

visto mi aflición cuando llamaron á Henry de la fábrica de paños...! Pobre esposo mío! Tan feliz que se apartó de mi lado!... Ay!.. Púseme á rezar luego que hubo salido... El corazón me presagiaba una desgracia.... Pasaron horas, y horas y ¡ay! mi Henry no parecía! ¡Qué angustias! El corazón salíaseme del pecho...! Clareó el día, y antes de que asomara, como loca, corrí en dirección á la fábrica... llegué... y sin tino preguntè á don Mariano por mi esposo, y él, lleno de asombro y de dolor, me respondió:

—Desde hace quince días, que vino en busca de trabajo, no le he vuelto á ver más...

La infeliz esposa, al llegar aquí, lanzaba ayes desgarradores, oprimiéndose el corazón con ámbas manos.

D. Manuel y la vecina guardaron repetuoso silencio, y mientras ésta lloraba por el quebranto de Liceta, aquel. con livido semblante, tomó precipitadamente su sombrero para salir.

—Pobre niña!—murmuró la vecina hablando con Nélter—En aquel momento fatal, en que don Mariano dijo que no había visto á su esposo, cayó como herida por un rayo!

Apenas hace seis días que ha vuelto á la vida... La vida!... Ella dice: ¿«de qué me sirve sin mi dulce compañero?» ¡Se querían tanto! Dios tenga compasión de esta infeliz criatura!

Las últimas palabras no las oyó don Manuel, porque había salido apresuradamente.

—Pobre señor!—continuó la vecina—Cuánto le conmueve la desgracia de esta infortunada niña!

Desde la fecha de la misteriosa muerte de Henry, el dueño del molino había cambiado notablemente.

Llamaba la atención su extremada palidez y parecía que algo muy grave embargaba su espíritu, pues surcaba su frente una línea profunda, inequívoca señal de serias y constantes cavilaciones. Habíase adelgazado mucho, y su mirada adquirió una expresión inquieta y recelosa.

La noticia de la desgracia de Liceta había corrido de boca en boca por todo el pueblo. Nada más natural, pues, que don Manuel acudiese solícito en auxilio de la joven.

Los primeros días, presa Liceta de fiebre violentísima y de espantoso delirio, no reconoció al dueño del molino, pero, cuando el mal cedió, la presencia de Nélter hízole el

efecto de una herida recibida en el pecho.

En vano don Manuel redobla su solicitud respetuosa, lamentando á la par de todos el fin desgraciado de Henry; la prevención de la esposa iba en aumento, y lejos de agradecer las atenciones y desvelos de Nélter, hacíasele cada vez más repulsivo, hasta el extremo de hacerle daño su presencia.

Transcurrieron seis días más. Liceta había abandonado el lecho; pero en un estado tal de abatimiento, que el corazón más empedernido conmovíase á su vista.

Miraba todo con tal indiferentismo que parecía tener embotada el alma á fuerza de tanto sufrir.

La debilidad la postraba: lento era su paso, y su enlutada figura se deslizaba como una sombra. Sin embargo, cruel irrisión del destino! La honda pena de todo su ser no había podido borrar la pristina belleza de su rostro. Por el contrario, aquella tristeza suma y aquellas huellas profundas, que el sufrimiento habíale impreso en su semblante, parecían ser el sello del martirio que Dios imprimiera en las vírgenes cristianas; prestándole más encantos aún.

Cada vez más insoportables hacíansele las reiteradas visitas de Nélter.

A su vista encogíasele el corazón, y un sentimiento extraño de disgusto y aversión hízole concebir la idea de alejarse de Brisamar.

—Nada me importa ya mi destino—se decía—Guiaré mis pasos á donde Dios quiera, que muy breves han de ser mis días!

Y la acongojada joven, aunque muy débil todavía, se ocupó de su partida, vendiendo sus reducidísimos muebles, en poco más de nada, á la vecina que habíala atendido durante su enfermedad, y, suplicándole reserva respecto de su resolución, no sin que aquella llorara por tan inopinada ausencia.

VII.

¡Vive!

Llegó la noche de la víspera en que Liceta debía dejar para siempre aquellos parajes, y la infeliz, á solas en su vivienda, lloraba y lloraba sin dar tregua á su dolor.

¡Cuántas horas felices habíanse deslizado en aquel cuartito, nido de sus amores castos, mudo testigo de su ventura perdida y de su dolor sin nombre!

Ay! Todo había desaparecido. É iba á emprender su peregrinación por el mundo, sin una mano compasiva que cerrara sus ojos en la suprema hora de su muerte!

¡Infeliz esposa!

Y pensando siempre en su Henry querido é inolvidable, sentía destrozársele el corazón y en el estallido de su dolor intenso las fuerzas le abandonaban.

En este estado aflictivo de su ánimo, un golpe dado en la puerta de su vivienda, vino á sacarla de su dolorosa abstracción.

Empujada suavemente aquella, dió paso á Nélter, quien penetró con el sombrero en la mano derecha, y un abrigo en el brazo izquierdo.

Su traje, de riguroso luto, y la extremada palidez de su rostro, dábanle severo aspecto.

Miró en torno, y dejando sobre una silla abrigo y sombrero corrió hacia la joven, exclamando:

—Liceta! Liceta!

A es'a voz extremecióse é intentó ponerse de pié, pero sus fuerzas se negaron y volvió á caer sobre el asiento, diciendo á Nélter con palabra casi ininteligible:

—Hágame V. la gracia de llamar á la vecina.

—Voy en seguida: Observo que á V. le postra la dibilidad.

Y así diciendo, se encaminó á una pequeña alhacena; pero no hallando en ella absolutamente nada, prosiguió:

—Un poco de vino la fortalecería. Vuelvo al instante.

Salió, y no tardó en regresar.

—Aquí está el vino. La vecina vendrá luego.

Y al decir esto, cogió una copa y vertien-

do en él un poco de vino con mano trémula, ofrecióle á Liceta, mientras decia:

—Esto le hará bien.

Ella no se resistió á aceptarlo; pero apenas lo llevó á los lábios. Sin embargo, sentía verdadera necesidad de aquel tónico.

—Apúrelo V. todo—insistió Nélter en tono de súplica

Bebió entonces más, y devolvió la copa en tanto que, molestada á inquieta, dirigía sus miradas hacia la puerta.

D. Manuel, que observaba con afan á la paciente, siguió la direccion de sus ojos y se apresuró á decir.

—Quiere V. que vuelva á llamar á la vecina?

Pero Liceta, que no quería darle á conocer que le temía, repuso:

—No señor... Ya vendrá.

Y pasándose las manos por la frente, prosiguió:

—Cosa más rara..! Siento una pesadez... La vista se me turba—agitadísima— Qué es esto?... El sueño se apodera de mí... La...

Y, luchando con los efectos del sopor, su mirada errante choca con la de Nélter, y al notar el afán gozoso de sus ojos, y el ahínco

con que seguía todos sus movimientos, como galvanizada, púsose de pie, gritando:

—Miserable...! Socorr....

No terminó la palabra, y hubiera caído al suelo, si su infame interlocutor no la hubiese recibido en sus brazos.

—¡Por fin!—exclamó el traidor, mirando con espantoso deleite á la inanimada joven. —¡No me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí....! ¡Ya eres mía! ¿Qué importa después tu resistencia y tu odio? Ya soy dueño de tu persona, á pesar tuyo, poseo el tesoro de tus encantos que tanto ambicionaba.

El narcótico ha producido sus efectos.

La vecina tardará en volver, pues con el dinero que le dí se fué, muy contenta y sin sospechar nada, á comprar provisiones *«para la pobrecita, que nada tiene.»*

Liceta, tu orgullo te ha conducido hasta el extremo de desearte la muerte por hambre antes que ceder á mi pasión!....

¿Y *él?*...¡Ah!...¡Cállate conciencia, cállate..!

Liceta! Liceta! Por tí soy capaz de todo.... absolutamente de todo!

Y, levantando en sus brazos el cuerpo inerte de la infortunada esposa, lo colocó con suavidad sobre el canapé, mientras que murmuraba:

—En breve estaremos muy lejos de aquí. Todo está previsto y preparado. Ningún rastro quedará de nosotros, mujer adorada! Iré á esconderte en las entrañas de la tierra, si preciso fuera; allí donde solo existamos tú y yo! Nada en lo humano podrá arrancarte de mis brazos.

Ah! Liceta! Liceta! Por tí y solo por tu culpa nada bueno hay ya en mi ser...!

La pasión que me inspiras me ha arrastrado hasta el abismo...! Te horrorizarías si pudieras mirar su negro fondo....! Mas nunca lo sabrás....! Te amo hasta el delirio y....hasta el crímen!

Y, apartándose rápidamente del canapé, acercóse á la ventana dando un agudo silbido.

Era sin duda una señal convenida.

Pero no bien habíala dado, cuando retrocedió con espanto, lanzando un rugido de fiera y llevando la diestra á la cintura de donde sacó un rewolver.

En el dintel de la puerta de entrada destacábase imponente una figura.

¡Era Henry!

Si, Henry en persona, que, pálido y severo, avanzó hasta colocarse junto al canapé donde yacía Liceta, sin dejar de mirar á Nélter,

con los brazos cruzados y el semblante rígido, como la imagen inexorable de la justicia.

Aquellos dos hombres, frente á frente se midieron con la mirada, amenazadores, terribles.

Nélter dió un salto de tigre y se abalanzó á Henry dispuesto á últimarle.

Henry dió un agudo silbido, y un hombre apareció por la puerta.

Viéndose perdido, Nélter, antes que nadie pudiera detenerlo, dió un salto prodigioso y huyó por la ventana.

Esta escena fué muda y rapidísima.

El hombre que había acudido al silbido de Henry saltó tras él, mientras murmuraba:

—¡Cobarde ladrón de honras! pobre de tí si caes en mis manos! Mientras encerrabas á Henry con dos carceleros que tenían orden de matarlo, pensaste que impunemente podrías robarle la felicidad, gozando tu el premio de tus *hazañas!* Miserable!.... La Providencia ha permitido que tus víctimas se vean libres; pero, ¡ay de tí!...

Mientras tanto Henry cogía entre sus brazos el cuerpo inerte de Liceta, lo cubrió de besos delirantes, en tanto que, entre sollozos y frases llenas de amor, decíale:

—Esposa de mi alma!.... Liceta queridísima!.. Mi vida!... Mi luz!... Mi amor!... Ay!...

Y llorando, con el desbordamiento del alma que por mucho tiempo ha comprimido los raudales de su llanto, volvía á acariciar á su mujer, apenadamente repitiendo:

—¡Pobre angel mío!... ¡Cuán inmenso habrá sido tu sufrimiento! Comparable tan solo al mío! Ay! Feliz de mí en medio de mi desventura, pues que aún te encuentro con vida!.... ¡Cuán desfigurada está! —murmuró mirando con dolor á su esposa—La pena iba matándola....

Y dejándola amorosamente sobre el canapé y arrodillándose junto á ella prosiguió:

—No sé cómo he podido contenerme ahí fuera, mirando por la rendija de la puerta cuanto aquí acontecía! Pude cerciorarme con mis propios ojos del proceder inícuo de ese hombre funesto. ¡Cuánta mentida protesta de amistad! Y yo, necio que le creía, sin sospechar ni remotamente en el sufrimiento de esta santa mujer....! Oh! Ahora me lo explicó todo. ¡Cuánto has luchado tú, sola, pobre niña de mi alma, cuánto ha sido tu martirio!

Execrable Nélter! Por eso me alejaste del molino; por eso me secuestraste luego, ha-

ciendo creer á mi esposa que yo había muerto, dejando así moralmente muerta á esta desgraciada criatura, que más le valiera no haber nacido! Pero no, no! Tú has sufrido, alma mía, y Dios, en su infinita bondad, ha querido que sobrevivas á tu dolor, porque eres necesaria, como la propia vida, para la existencia de tu Henry!

Y estrechaba á Liceta entre sus brazos, y miraba en torno con recelo, como si temiera perderla para siempre.

En aquel momento entró desolada Dolores, la vecina, gritando:

—¡Jesús! qué incendio, señor...!

No pudo acabar la frase, y lanzó ayes de espanto, al ver aquel desconocido, de aspecto nada tranquilizador, que acariciaba á Liceta, sin que esta se inquietase á su presencia.

En su sorpresa terrorífica soltó el delantal que traía cogido, y rodaron por el suelo algunos paquetes y pequeñas latas de conserva.

—Dolores...! ¿No me reconoce V.?—preguntó Henry sonriendo y adelantándose hacia ella, sonriente y tendiéndole las manos.

La buena mujer, con visibles muestras de creciente espanto, retrocedió hasta la puer-

ta, mirando á Henry con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Por los clavos de Cristo!—murmuró con voz trémula— ¡Si es el muerto!... ¡Virgen Santa!... Deténgase V... señor muerto....! ¡Perdóneme...! Es mucha verdad que ayer me olvidé de rezarle el acostumbrado padre nuestro... pero yo le prometo, sí se lo prometo, rezarlo ahora mismo... y todos los días sin falta ¡se lo juro!

Henry no pudo menos de soltar una franca y sonora carcajada á la credulidad candorosa de la asustada mujer. Y al oirla Dolores, se santiguó, como si estuviera en presencia del mismo diablo, exclamando:

—¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío!

—Pero, señora de mi alma! ¿Se ha empeñado V. en creer que yo soy un muerto resucitado?...

—¡Vaya unas bromas que gastan estos señores!—pensó la infeliz—¡Pues no quiere pasar por vivo! Yo me escaparía... la puerta está cerca; pero.... la pobre señora si despierta.... Ella sí que se muere de veras. Y no ha despertado á las caricias de su marido... ¡Pobrecito!... ¡Cuánto la quiere hasta después de muerto!

—¡Vaya, señora, déjese V. de aspavientos

y visiones, que pueden costarle la vida á esta desgraciada, que tanto queremos! Ello es fuerza que nos entendamos antes de que vuelva en sí...

—¿Qué me querrá?—pensó Dolores, sin abandonar su sitio.

—Mi esposa, y con ella todo el pueblo, me han tenido por muerto, porque unos infames que deseaban nuestro mal, me aprisionaron, haciéndome salir de mi casa con engaño de darme trabajo, y me encerraron bajo dobles cerrojos, y no hubiera salido nunca de allí, pues ya había orden ¡infames! de asesinarme, si no es que viene á favorecerme la circunstancia providencial del incendio...

—¡Qué dice! Será cierto!—exclamó la asustada mujer aproximándosele, y sintiendo que le volvía el alma al cuerpo.

—Sí, toque V. estas manos, y dígame francamente si son las de un muerto....

Dolores toca con un dedo la mano que Henry le extiende, y convencida al fin, prorrumpe en gritos de alegría, corre sin tino de un lado para otro, y, por último, se aproxima otra vez á Henry, palpa sus ropas, y corre luego al canapé, donde yace Liceta, diciendo:

—¡Por los clavos de Cristo! Esta es demaciada felicidad, señora! señora!

—¿Qué hace V.?—dice Henry interrumpiéndola, afanoso.

Y ella, confusa, hecha una pieza, se detiene murmurando:

—Es cierto! Soy una estúpida. La sorpresa podría... Pero... ¿Cómo puede dormir sin que nuestras voces la despierten?

—Oíga V.!

—Escucho con toda mi alma!

Entonces Henry le explicó, sin nombrar á Nélter de cómo Liceta hallábase narcotizada y que tan solo un cuarto de hora más permanecería así; que era necesario prepararla, para que, al reaccionar, la noticia de la aparición de su esposo no la dañara. É impúsola, seguidamente, de todo cuanto debiera decir á Liceta, cuando volviese en sí.

Instruída de esta suerte, la buena mujer se colocó sentada en una silla junto al canapé, no sin que ordenara sobre la mesa los paquetes y los tarros de conserva que cayeron antes de su delantal.

Fué entonces que pensó en don Manuel, é iba á preguntar á Silver, cuando este ya había abandonado la estancia llevando consigo la copa y la botella que contenía la pócima.

—Nunca me las he visto más tiesas! Creo

que en cuanto la señora se despierte me voy á echar á temblar. ¡Cuidado como bailan mis nervios! Si estuviera el bueno de don Manuel para ayudarme!

Transcurrieron algunos momentos, y llegó el cuarto de hora sin que Liceta diera señales de vida.

De cuando en cuando asomaba Henry por la entreabierta puerta, y Dolores se apresuraba á hacerle señas de que se retirase.

Por fin, comenzó Liceta á moverse. La alegría asomó al rostro de la vecina, que se aproximó más y más á la joven. Esta pasóse las manos por la frente repetidas veces, como si quisiera disipar las brumas de un pesado sueño, y abrió penosamente los ojos mirando en tornó con estrañeza.

Incorpórose con dificultad, cual si el sopor entorpeciera aún el movimiento de sus miembros, y ya sentada en el canapé, quedóse con las manos cruzadas sobre la falda.

—Ha echado V. un buen sueño reparador señora!—Dijo Dolores con el semblante más alegre que unas pascuas.

--Extraño...—murmuró la joven.

—Malo! Ya empezamos...—pensó la buena mujer, y luego dijo en voz alta:

—¿El qué? ¿El haber dormido? No tal. Pues

si estaba V. tan débil, tan rendida de fatiga, que por fuerza el sueño se apoderó de V.

—Pero... ¿Estaba yo sola....? ¡Dígamelo V.!

Y Liceta miró con ánsia á la vecina.

—Jesús! Sola no....que digamos...porque yo no me he movido de aquí, desde que V. empezó á dormir.

—¡Extraño sueño!

—Todo lo encuentra extraño—pensó la vecina—Es claro!—y luego en voz alta repuso:

—¿Ha soñado V.? Bah! ¡Quien hace caso de los ensueños?

Liceta reclinó su cabeza contra el brazo del canapé, y quedó en actitud del más grande desaliento.

De pronto Dolores fijóse en el abrigo y sombrero de Nélter que habíase quedado sobre una silla en la precipitada fuga de este.

Rápida y disimuladamente, quitóse el delantal y echólo sobre las prendas delatoras, y volvió junto á Liceta, y entre perplegidades é indecisiones, no atinaba la manera de abordar la cuestión, y pensaba:

—¡Cómo estará el otro! Rabiando por entrar.

Y elevando al techo una mirada, como si en él buscase solución á su embarazosa actitud, ocurriósele decir:

—¡Ojalá que nunca llegára el día de mañana!

—¿Por qué?

—Porque se va V. de aquí!

—Ah! Ello es fuerza...! Ya no podría vivir en estos sitics en que fuí tan feliz. Todo cuanto me rodea me recuerda el dulce bien perdido, y ese recuerdo constante acrecienta el dolor de mi alma!

Y la joven se llevó el pañuelo á los ojos enjugando sus lágrimas.

—¡Oiga V. señora! y perdone si mis palabras aumentan su pesadumbre; pero... ¿No le parece á V. muy extraño, que á pesar de sus ruegos, no hayan querido mostrarle el cadáver de su esposo? Y eso del rostro desfigurado... á mi me parece...

Liceta se extremeció terriblemente, y, clavando su ávida mirada en los ojos de su interlocutora, y cogiendo una de sus manos que oprimió fuertemente, agitadísima, díjole:

—¿No es verdad que sí? Luego, V. también tiene sospechas....

—Yo! Dios me libre! Vea V....Hay perso-

nas que son capaces de hacer daño.... por el solo gusto de hacerlo, y...

—D. Manuel...! ¿Es verdad? -dijo Liceta con voz apagada, y sacudiendo nerviosamente un brazo de la vecina.

—¡Jesús! Jesús!—pensó esta—A la pobre señora el sufrimiento la tiene trastornada...! ¡Sospechar de don Manuel, que es un santo!...¡Virgen María, qué desatino!

—¡No, señora!—dijo en voz alta—Lejos de mí esa idea. Pero oigame...

Y la buena mujer tosió un poco, acercó más su silla, mientras que Liceta, toda oídos, miraba afanosamente á Dolores.

—Yo he oído leer, señora Liceta, en las novelas, cosas muy raras, de personas que hacían desaparecer ¡qué infamia! y que todo el mundo las creía muertas, y sin embargo, estaban tan vivas y tan sanas como nosotras!

—Oh! calle V., por Dios, Dolores! No sé cómo viendo mi dolor se atreve V. á hablarme así! ¿No ve V. que ahonda más y más mi amarga desolación!

—¿Se cree V. acaso que yo tengo mal corazón, para gozar con el sufrimiento de V., de V. á quien tanto aprecio? Ni por asomo, señora! Pero ello es que, si yo hablo así, es

porque... ¡Vea V.! corren por ahí unos rumores.

—Rumores...—repitió Liceta—¿Respecto de qué, señora?

—¡Que se yó! De eso mismo que acabo de decirle á V. de muertos que no *están muertos*...

—¡Hable V.! V. me oculta algo! ¿O es que quieren volverme loca entre todos!

Y la joven, al terminar estas palabras habíase puesto de pié y sacudía fuertemente del brazo á la pobre Dolores que más muerta que viva, tartamudeó:

—Por... Dios!... señora..! ¡cálmese V.... porque si no... yo no podré hablar...

—Diga, diga V.!—repitió Liceta trémula y sin soltar el brazo de Dolores, y mirándola con extravío.

—Señora... dicen que... que... algunos vecinos... que ellos pueden asegurar...

—El qué?.. ¡Por Dios!... ¿Qué es lo que pueden asegurar...

—Que le... han visto... hoy...

—¿A quién? Diga pronto! ¿A Quién?

—¡Señora...! ¡por los clavos de Cristo!... Si es V. cristiana cálmese, que yo se lo diré todo... pues así como ha sido fuerte para

sufrir, también debe serlo para soportar el peso de...

—¿De qué? Hable!

—¡De su felicidad!...

—¡Qué dice V.!—gritó Liceta, estrechando una y mil veces á Dolores contra su pecho, y próxima á desfallecer.

—No me echo atrás, ya lo dije, por fin!

—Dios mío! Dios mío! Yo enloquezco.... ¡Mi felicidad!... ¿Dónde está, dónde está mi felicidad...?

—Muy cerca, señora! Enjugue V. su llanto! Ya no debe llorar más... porque...porque... su esposo...

—¡¡¡Vive!!!—gritó Liceta, con un grito único, inmenso, arrancado del alma, vibrando en aquel alarido todas las fibras de su amor infinito.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Vive! Y muy pronto lo va V. á ver....

No bien hubo espirado esta frase en sus labios, cuando Henry precipitóse por la puerta de entrada.

—¡¡Liceta!!

—¡¡Henry!!

Resonaron en la estancia estos dos queridos nombres, y los esposos quedaron mudos por la emoción recíproca, fuertemente uni-

dos, en estrechísimo abrazo, mientras que en sollozos desbordábanse sus pechos, largo tiempo comprimidos por el martirio.

Siguió una larga pausa siempre uno en los brazos del otro, hasta que Henry rompió el silencio exclamando dulcísimamente:

—*¡Queda, alma mía queda suspendida de mi cuello, como fruto encantador, hasta que el árbol caiga y muera!*

VIII

¡IRRISIÓN!

Cuando hemos sufrido y llorado mucho, y luego nos vemos inopinadamente rodeados de felicidad sin sombras, el espíritu, por más esfuerzos que pretenda hacer no puede desechar el hábito—dirémoslo así—del dolor en que ha vivido, y en medio de esa dicha inesperada, vémonos entristecidos por presentimientos—infundados las más de las veces—que nos hacen derramar doloridas lágrimas, llenándonos de penosa y pertinaz inquietud.

Y así como la tímida paloma que vió, deshecho su nido sintiendo sus álas rozadas por la muerte, de igual modo Liceta creyéndose amenazada de continuo, y sobre todo, su esposo en peligro, vivió desde aquel momento presagiando males, rehuyendo el trato de las gentes y en incesante y mortal sozobra.

Ella había llorado con dolor profundo á

su esposo muerto, y viéndole nuevamente junto á sí, lleno de vida y de ardimiento, parecíale soñar tanta ventura. Y como el avaro, que no halla paraje seguro donde ocultar su tesoro, así ella hubiera querido esconder á su marido, librándole de criminales acechanzas. Porque á Henry no le abandonaba la idea de verse con Nélter cara á cara. Pero su infausto *protector* había desaparecido misteriosamente.

La idea del proyectado viaje á Europa se enseñoreó de la mente de Liceta y no le abandonó un instante, pensando que en el viejo mundo veríanse libres de todo peligro.

Mientras tanto, Liceta ignoraba la suerte de su amiga Blanca. Muchas veces quiso verla, pero la esposa culpable huía avergonzada de su presencia.

Cuanto más grande es la culpa, tanto más se agranda el espacio que media entre el bueno y el malo.

Blanca no podía soportar sin humillación la mirada pura y serena de Liceta.

Su alma pecadora sentíase mortificada ante el alma inmaculada de la esposa fiel.

Una tarde Henry tornó á su casa emocionado.

Blanca había huído, rompiendo el lazo

matrimonial. Carlos, su esposo, sumergido en el más profundo desconsuelo, habíase visto villanamente burlado en su amor y en su confianza.

Amaba á Blanca con todas las veras de su alma. Y habíase acostumbrado de tal modo á su presencia, que le era tan necesaria para la vida del espíritu, como la luz y el aire lo son para la vida de la materia.

¡Él, que sólo trabajaba y se afanaba por su mujer, sin importarle los crudos fríos del invierno, á los cuales se exponía, ni los ardientes rayos del sol que rajaba la tierra, y á los que desafiaba, cruzando los campos en el rigor del estío, para luego, bajo la grata sombra y frescura deliciosa del techo conyugal, recibir en recompensa la sonrisa de la mujer amada...

Liceta lloró, compadeciéndose íntimamente de la extraviada esposa, y suplicando al cielo fortaleza para el desventurado Carlos.

Hay desgracias irreparables.

El cristal que se rompe no hay manera de que vuelva á su primitivo estado.

Y la flor del hogar, que deshoja el deshonor, es como la planta herida por el rayo: no vuelve á retoñar.

Porque es flor delicadísima la fé de los esposos.

Ay! si se marchita en su tallo!

¡Pobre hogar!

¡Más valiera que el fuego te hubiese devorado, reduciéndote á cenizas, y que de tus habitadores tan sólo hubiera quedado...triste recuerdo!

¡Ruinas morales! ¡Ay, cuánta desolación y cuánto dolor no revelado sepultais en vuestros escombros!

Allí, donde al calor de apacibles afectos, debiera haber florecido la virtud, difundiendo por do quiera su inmortal esencia, arraigóse la perniciosa semilla de frutos venenosos, que emponzoñaron el corazón!

Ah! desdichada de la mujer que no sabe, avara, guardar la preciosa é inestimable joya de su virtud, en el sagrado estuche del hogar!

Hay cielos azules de belleza deslumbrante; pero ninguna compararse puede al cielo purísimo del hogar sereno en donde resuenan las voces infantiles, como gorgeos de tiernas avecillas; y las risas de la madre, que ríe con la risa de los hijos se confunden entre besos y bendiciones!

¿Qué tupida venda cubre los ojos de la in-

feliz mujer que huye por extraviado sendero dejando atrás su morada, fiel guardadora de su honor y de su dicha? ¿No oye la voz acusadora é inexorable de la conciencia que le grita: ¡Insensata!... ¡Detente!... A tu paso torpe, vas desgarrando corazones, y la maldición de tus víctimas te seguirá por doquiera que poses tu planta!

¿Dónde irás, desdichada, que no lleves sobre tus hombros el peso enorme de tu crimen?

El ojo acusador, suplicio de Caín, será también tu eterno martirio.

¡Ay! El humo azulado de la chimenea del hogar, que alegraba el alma, al vislumbrarlo desde lejos, porque anunciaba la vida y la animación de la familia, y el calor de santos afectos, ha desaparecido ya!

Las flores que bordaban la reja del aposento, y las que tapizaban la entrada de la casa, ya no existen! Faltas de riego y de cuidados, marchitáronse, para luego caer deshojadas á confundirse en el polvo y la hojarasca....

Todo está exánime, muerto, frío y desolado...

En el tocador hay flores marchitas en los vasos que las contienen; más allá, sobre

un canapé se ve un libro abierto, y junto á él un vestido en cuyo cuerpo se notan aún, redondeces de formas de mujer... El lecho está vacío... la jaula muda... el pájaro desapareció!

En medio de tanta tristeza gime un corazón desierto, vertiendo lágrimas, que jamás podrán secarse, porque son la sangre que emana de una honda herida incurable!

Y el mísero que así sufre no ha cometido culpa alguna, y es bueno y digno y honrado, y amó mucho, muchísimo, y fué villanamente engañado!

¡Dios misericordioso!

Pues si no ha cometido ningún delito ¿por qué sobre su dolor inmenso tiene que soportar la amargura de un nuevo quebranto?

¿Por qué la sociedad le trata con burla compasiva, y el rígido dedo del ridículo le señala por donde quiera que dirije su paso torpe y vacilante?

¿No basta, para merecer el respeto de las gentes, la agonía lenta de aquella alma, que se ha visto despojada de sus más caros atributos—el amor y la fe—que constituían su vida, y del honor, por el cual desvelóse siempre, queriendo mantenerle elevado, brillante incólume y puro, como el mismo sol?

Ah! ¡Cuán culpable eres tú, débil sociedad, tú que no sabes ni curar las heridas del corazón; tú que te ríes constantemente de todo, y más que nunca, cuando despedazas moralmente tus individuos con el arma mortífera de la calumnia!

En tí se encarnan aún los instintos sanguinarios de los emperadores romanos, que cuanta más sangre corría ante sus ojos regocijados en los circos salvajes, más insaciable era la sed de inocentes víctimas, inmoladas en holocausto de...la más desenfrenada perversión moral!

¡Tú, sociedad ciega y jamás satisfecha en el festín del escándalo, que azotas con tu látigo al esposo ultrajado, y, en turba arrolladora y con la piedra levantada corres tras la adúltera y tejes coronas para el que mató al amigo en desafío!... ¡Ah, cuán distante vas del camino trazado por Jesucristo?

El perdón redime de la culpa al delicuente y le señala el camino de la salvación eterna.

No le abandones, pues, que su único tribunal es el de su conciencia.

Para que seas buena, oh! sociedad, procura despojarte de tus cascabeles arrojándolos con desprecio, en vez de agitarlos alegre

cuando recibes con palmas al hombre que acaba de matar á su amigo en el *campo del honor*.

....

....

Carlos ha muerto.

El peso insoportable de su desdicha le anonadó. Su cerebro perturbado, su corazón enfermo, y rotas todas las fibras más sensibles de su alma, cayó como cae el árbol que derriba el rudo golpe del hacha del leñador.

En sus postrimerías, no olvidó los anhelos y afanes de Henry, y los escasos recursos con que contaba, y aunque muy poco ya poseía, porque todo lo había abandonado, en testimonio de su cariño, dejóselo todo á su amigo.

Henry, después de llenar los últimos sagrados deberes que impone la amistad agradecida, y dando el postrer adios al desventudo Carlos, embarcóse para Europa, acompado de Liceta, y llevando entrambos en el santuario de sus recuerdos, como enseñanza dolorosa, la triste memoria del drama que arruinó el hogar de sus amigos.

SEGUNDA PARTE

I.

Lago sereno

Nos hallamos en Madrid, lector.

Si no te fatiga nuestra verídica narración, ten la bondad de seguirnos hasta Chanberí, uno de los más importantes arrabales de la capital de España.

En el quinto piso de una casa de muy pobre aspecto, situada en la calle García Paredes, demarcada con el número diecisiete, habita doña Carmen Cifuentes, acompañada de su nieta Alicia.

Modestísimo es el ajuar de aquella vivienda, que atestigua bien á las claras, que la holganza no tiene allí su trono.

Compónese de tres habitaciones pequeñas: una salita, una alcoba y otra pieza, que ha-

ce las veces de comedor, por estar próxima á la cocina.

A la sazón, abuela y nieta hallánse reunidas en la sala.

Decóranla cuatro sillas muy usadas, pero muy limpias; un pequeño confidente y dos cuadros antiquísimos. Cerca del balcón hay un sillón, donde reposa la abuela, y junto á esta una mesita de labor, sobre la cual vense desparramadas, multitud de flores artificiales, y todo los útiles necesarios para esta clase de trabajo.

Mientras la anciana, á través de sus anteojos miraba á la joven, ésta trabajaba afanosamente, sentada en una silla baja, junto á la mesita.

Doña Carmen cuenta setenta y cinco inviernos, y es una anciana muy sensata, muy bondadosa y muy simpática.

Las privaciones y las enfermedades (pues la parálisis de una pierna la retenía casi siempre postrada), no han podido borrar aún la expresión de dulzura que anima su rostro, bello todavía á pesar de las injurias de los años, y lleno de la respetabilidad que imprimen los cabellos blancos, la mejor diadema para la frente que siempre ostentó la nobleza del pensamiento.

Alicia contaba dieciocho primaveras. De estatura pequeña y de formas graciosamente redondeadas. Tenía el cutis fino, moreno, sonrosado; los cabellos muy negros, y los ojos vivos y llenos de inteligencia y rebosantes de ternura; los dientes menudos, blanquísimos y sanos, y su boca aunque algo grande, ostentaba frescos y rosados labios graciosísimos al sonreir.

Tal era Alicia físicamente considerada.

Abrigaba los sentimientos puros de una niña inocente, que sólo conoce las bellezas del bien.

Amaba á su abuela con delirio. Con ella fuese á vivir, al quedar huérfana de madre, desde muy tierna edad.

Su padre ausente dos años ha, pues trabajaba en unas minas de Francia, al partir habíale dicho á la anciana:

—Después de la muerte de mi inolvidable Rosa, usted ha sido la verdadera y única madre de mi hija. Voy á marchar. No se el tiempo que viviré lejos de vosotros. Mi trabajo es muy penoso, usted lo sabe. A usted, pues, queda confiada la suerte de mi Alicia. Usted conoce bien mis deseos y mis sentimientos. Nada tiene, pues, que consultarme en sus determinaciones respecto de mi

hija. Usted la quiere con el alma. Vele usted, pues, por su felicidad. La confianza que me inspira y la evidencia que tengo de su recto juicio, me aseguran que nada hará usted que no se ajuste á mis sentimientos paternales.

—Puedes irte tranquilo Marcos. Soy dos veces madre de esa niña, y solo vivo por ella y para ella, y su felicidad es la única y constante ambición de mi alma.

Han transcurrido dos años. Y en las cartas recibidas de Marcos, que traían siempre protesta de cariño para Alicia, á quien amaba tiernamente, vislumbrábase la intención de retardar aún más su retorno.

Marcos era un hombre de alma bien templada. Bueno y generoso; pero, por su carácter violento, hacíase temer. A veces mostrábase intransigente y duro cuando creía tener razón, y aumentaban su terquedad las pocas luces de su mente. Era fuerte y sufrido para el trabajo. Frisaba en los treinta y siete años.

Todo su orgullo estaba en repetir que era hijo del pueblo, es decir que había nacido pobre, y pobre quería vivir; que pertenecía en cuerpo y alma á la clase obrera, y que lejos de seducirle el oro, le miraba con fría

indiferencia. Quería comer el duro pan de la pobreza. Y aseguraba, que solo en ella existía la pureza de intenciones y el desinterés generoso de la verdadera honradez; que lo demás, fuera de su clase, era simplemente hojarazca pura.

Y era tal su preocupación, su encono injustificado contra los favorecidos de la suerte, que, hablarle en favor de ellos, era irritarle, enfurecerle.

Inflexible de ordinario, no cejaba en presencia de razonamiento alguno, aunque tuviera ante sus ojos hechos que negaran sus preocupaciones.

Aunque de bondadosos sentimientos, era de escasas luces, y odiaba sistemáticamente á los ricos, *porque sí*, que es la razón de la sinrazón.

Pero volvamos á la salita donde dejamos á doña Carmen y á su nieta.

Vestía la anciana un traje oscuro, de lana y llevaba al cuello una pañoleta de estambre tejido, sujeta bajo la barbilla con un sencillo alfiler de oro, recuerdo de su difunto esposo.

Alicia usaba vestido, también de lana, color almendra, sin adorno alguno, que delineaba artísticamente sus contornos, y de su

redonda cintura, pendía un delantal, blanco como el armiño.

Peinados sus ondulados cabellos en dos trenzas sueltas, caían hasta tocar el suelo, cuando sentábase á su mesa de labor.

De los ágiles dedos de Alicia brotaban primorosas flores que iban cayendo sobre el delantal. Y mientras hablaba y reía, la abuela la contemplaba en silencio y con amorosa expresión.

—Mamá! Parece que no tienes hoy ganas de conversación—observó la niña.

—Por el contrario—agregó la abuela sonriendo—Me encanta tu alegría. Pero... ayer tarde, cuando volviste del taller, después de entregar las flores, observé que estabas... así como pensativa, y hasta me pareció que venías triste...¿Por qué?

—¡Triste! ¿Yo mamá?--repuso la joven con visible turbación.

—Sí. Y durante la velada, te he sorprendido, varias veces, mirándome con marcada indecisión. Hubiérase dicho que deseabas decirme algo y que no te atrevías á formular tu deseo.

Alicia recogió precipitadamente su delantal, y echando las flores sobre la mesita,

corrió hacia su abuela y la abrazó con ternura, mientras murmuraba á su oído.

—¡Sí mamá! Tienes razón: algo tengo que decirte, y el temor y la duda me han detenido! Pero tú sabes, abuelita mía, tu sabes muy bien que yo no te oculto ninguno de mis pensamientos!

—Sí lo sé mi querida hija!—repuso la anciana, retribuyendo á su nieta sus tiernas caricias.—Es por esa misma razón que espero me digas tus secretos pensamientos.

La niña ruborizóse, y, sentándose á los piés de doña Carmen, empezó á decirle:

—Hace ya algunos días, que, al ir al obrador por trabajo, he notado que era seguida por un joven. Al principio, no hice caso alguno creyendo que fuera pura casualidad. Pero ayer, madre mía, el joven me siguió como siempre, y á poco andar, se aproximó á mí, y en términos respetuosos, comenzó á dirigirme galanteos: que era bella, que suspiraba por mí, y que me amaba muchísimo....

En el rostro de la anciana habíase proyectado una sombra de viva inquietud, que aumentábase á medida que su nieta revelábale aquel incidente con todos sus menores detalles.

—Prosigue, hija mía—observó la anciana, sonriendo y acariciando los negros cabellos de la niña.

—Poco tengo ya que añadir, mamá. Era tal mi turbación, y sentía tan fuertes palpitaciones en el pecho, que las piernas me temblaban, y creélo mamita, tuve miedo, mucho miedo!

—Lo creo, alma mía! Pero prosigue.

—Yo pensé que debía evitar que me persiguiese, y cobrando ánimo, acerté á decirle: «Caballero! Yo le suplico á usted que no siga mis pasos. Voy á llegar al taller, y mis compañeras de trabajo si se fijan en usted luego pensarán mal de mí.» Y él me contestestó: «No puede nadie pensar mal de un ángel...

—¿Y después?....—interrogó ansiosa la abuela.

—Después....—repuso sencillamente Alicia—sin agregar una palabra más, se alejó de mí y fuese á situar en la acera opuesta del taller. Desde allí no se le podía ver. Yo tuve recelos de volver á salir, y al propio tiempo.... te lo confieso ingenuamente.... experimenté, madre mía, temor de no volver á verle más.

—¿De veras, hija mía?

—Sí, mamá! Pero escúchame todavía. Salí, observé que aún permanecía enfrente del obrador. Entonces no se me acercó, y él por una acera, y yo por la otra, así, seguimos hasta llegar á la puerta de casa, donde, con una inclinación de cabeza y quitándose respetuosamente el sombrero, me saludó para luego alejarse. ¿Hice mal, madre mía?

Calló la niña, y quedóse mirando á su abuela, cual si quisiera adivinar la impresión que su relato había producido.

La anciana también enmudeció, pensando:

—La sencilla relación de mi hija revela á un enamorado respetuoso..... Pero ¡ah! cuánta inquietud despierta en mi corazón de madre! ¿Quién podrá ser ese joven que la persigue? ¿Qué intenciones abrigará? ¿Será el hombre destinado á labrar su dicha ó su infortunio? ¡Dios mío! Ilumíname con tu divina gracia!

De estas cavilaciones vino á sacarla la voz de Alicia que murmuró:

—Se me olvida decirte, madre mía, que ese joven parece ser un caballero de muy buena posición social.

—¡Dios mío! ¿Quién será?—murmuró la anciana.

—¡Oh! No temas, mi querida abuelita!

Si tú le vieras! Su aspecto es de persona muy fina: tiene en el rostro una expresión tal de sinceridad, que ni por asomo se me ocurrió dudar de todo cuanto me dijo.

—¡Hola, hola! Según eso, ¿tú le has creido todo cuanto te ha dicho?

—Sí mamá! Si tú le oyeras....! ¡Con qué sentimiento de ternura me hablaba!....

—Pero.... si es un caballero rico, cual tú presumes, ¿cómo quieres que pretenda ligar su destino con el de una pobre obrera como tú?....

—Mamá: ¿No me has dicho repetidas veces, que para Dios todos somos iguales?

—Sí, hija mía, sí. Pero no lo somos para la sociedad. La orgullosa vanidad de los hombres ha establecido diferencias de clases y de categorías, unas muy altas y otras muy bajas. Y para no perder la santa paz del espíritu, no debemos nunca pretender salir de nuestra esfera natural, de la esfera en que hemos nacido y vivido. Se avienen muy mal las uniones de séres de distintos nacimientos.

—¡Mamá!

—Y me estremezco al pensar en tu padre! Tú, como yo, conoces su constante preocupación; pero—continuó la bondadosa ancia-

na, posando su diestra sobre la cabeza de la joven—dejemos venír las cosas, puesta siempre nuestra esperanza en el Sér Supremo, y mientras tanto, roguemos más que nunca á su Santísima Madre para que aparte por siempre de nuestro hogar los peligros que pudieran amenazarlo.

Alicia abrazó efusivamente á su abuelita, y, habiendo cerrado ya la noche, corrió á encender un quinqué, y púsose de nuevo á trabajar afanosamente.

Durante la velada, ya no se habló más del asunto que las preocupaba, girando la conversación sobre muchas diferentes cosas. Pero cuando enmudecían, los pensamientos de entrambas volaban en torno del mismo objeto.

Aquella noche al dar el beso de costumbre á su nieta cuando se iba á recojer, la anciana la estrechó amorosamente contra su pecho, y con suave y ternísimo acento, díjole:

—¡Reza, hija mía, reza con más fervoroso anhelo que nunca, y tén entera confianza en los que te amamos y velamos por tu suerte.

Cuando la anciana quedóse sola en su lecho, recogió sus pensamientos y meditó:

—Es preciso darle á la juventud lo que

le pertenece, lo que es absolutamente suyo. Mi Alicia está en la florida edad de las primeras ilusiones. No seré yo, ciertamente, la que con austeros principios de moral, ni con severos consejos, ahuyente las naturales expansiones de su alma tierna y candorosa. Si mi nieta no hallase en mi pecho seguro asilo á sus inocentes confidencias, que, con respeto cariñoso, deposita en mí, ¿dónde iría á buscar fiel consejero que la encaminase por recta senda? Ah! no, mi Alicia; soy dos veces madre tuya, y quiero, y debo, ser también tu amiga, y recojer en mi corazón las primeras amorosas impresiones de tu alma pura, sencilla y buena.

....

Benditas sean las madres que, á los latidos de un corazón amorosísimo saben asociar el dictamen de un criterio sano y perfectamente recto!

Nada hay más hermoso que confiar todos nuestros pensamientos y todos nuestros anhelos en el seno cariñoso de nuestra propia madre, seguros de ser comprendidos siempre, y de hallar, en refugio tan cierto, el bálsamo consolador de todas nuestras penas; guía y luz de todas nuestras vacilacio-

nes y generoso perdón de todas nuestras debilidades y flaquezas! Permite lector, que al hablar de las madres, mi corazon exclame:

¡Bendita seas tú, madre mía, y como tú, todas las que te igualen en raudales de amor y de ternura infinita!

———

II

Amor

Han transcurrido algunos días.

Una mañana, Alicia, mientras se quitaba apresuradamente él velo que cubría su cabeza, pues venía de la calle, dijo á su abuela:

—Mamá! mamá! Ese joven... lo he visto en la escalera!

—En la escalera?—preguntó doña Carmen con estrañeza y zozobra.

—¡Escuchame, mamá, y no te alarmes! Yo subía cuando él bajaba. Debí ponerme muy encarnada, á juzgar por el calor que sentí subir al rostro. Pasó junto á mí, me saludó muy respetuoso, y continuó su camino. Yo continué subiendo,

Al llegar al cuarto piso, y al pasar por frente á la puerta de doña María, la señora de abajo, me detuvo, diciéndome:

—«Señorita Alicia! Usted perdone; pero precisamente hace pocos momentos que acaba de estar aquí un joven...»

Y la vecina, cesando de hablar, me miró atentamente. Yo debí turbarme; porque la señora prosiguió:

—No hay para que sonrojarse, hija mía! Muchas jóvenes querrían inspirar un afecto tan respetuoso.

El referido joven, con mucha finura é insistencia, me ha suplicado le informase respecto de las cualidades morales de usted preguntándome con afán si era usted una niña honesta, y cuáles eran sus medios de subsistencia, á pesar de que él ya sabía de que usted era florista, según me dijo.»

—Después que me habló así la vecina, y que agregó que había dado los mejores informes de mí, yo solo acerté á balbucear algunas palabras de agradecimiento, y presurosa continué subiendo las escaleras deseando de contártelo todo, todo cuanto me había ocurrido.

—Tengamos calma, hija mía—repuso la anciana—Dejemos las cosas que vengan despacio, y mientras tanto imploremos de Dios sus luces divinas para que nos ilumine en el misterioso sendero de la vida.

Calló la joven, llena de gratitud hacia la anciana, por su amorosa indulgencia y su previsión maternal, y más alegre que unas

pascuas, púsose á trabajar, sin que la imagen de su simpático perseguidor se apartase un instante de su mente.

Dos ó tres días después, una tarde, cuando abuela y nieta habían terminado de comer y reunidas en la salita, como de costumbre, trabajaba Alicia junto á doña Carmen, llamaron á la puerta tímidamente.

Alicia abandonó su asiento, y encaminóse á abrir, mientras su corazon latía apresuradamente, pensando:

—De unos días á esta parte, cada vez que llaman, late mi corazón con afán; se me figura siempre que debe ser *él*.

La niña abrió, mientras la anciana poniendo una de sus manos, á guisa de vicera, miraba curiosamente hacia la puerta.

Una ligera exclamación de Alicia, hizo agitar á la abuela que murmuró:

—Lo presiente mi pecho: será él.

El mismo presentimiento unía á las dos mujeres. Ambos corazones latieron con fuerza.

—Señoras—dijo una voz varonil y correcta —¡Mil perdones! Ustedes me permiten...

—Adelante!—dijo la abuela, mientras Alicia turbadísima, y con ese rubor y timidez que hace tan encantadora á la mujer, cuando

la torpeza de una excesiva cortedad no anubla la naturalidad de sus palabras y ademanes, se aproximó á su abuela sin acertar á saber que debía hacer.

El recién venido, se adelantó hasta doña Carmen á quien saludó con una cortesía cariñosa y llena de respeto.

Era un tipo distinguidísimo.

El rostro lleno de bondad y de belleza. Pálido, de ojos grandes, negros y serenos, frente despejada, cabellos negros también. Usaba bigote y todo su semblante estaba revestido de una melancólica dulzura que prestaba á su figura, perfectamente esbelta y bizarra, la más atrayente seducción.

Vestía correctísimamente, todo de negro, haciendo resaltar la pechera de su camisa blanquísima en la que esparcían sus luces dos brillantes, limpísimos, como dos diáfanas gotas de rocío.

Bastóle á doña Carmen una simple mirada para disponerse en favor del pretendiente de su hija, porque no podía ser otro aquel personaje que tan de improviso se entraba por las puertas de su casa.

—Señora—dijo el recién venido, mientras tomaba el asiento que doña Carmen le indicó con un ademán.—Es harto deli-

cado el asunto que aquí me trae. No soy hombre que me valgo de rodeos para expresar mis sentimientos. Me llamo Jorge Vallier: soy huérfano, americano, hijo de la República Oriental del Uruguay; cuento con una regular fortuna; tengo todos mis documentos en orden, y el Ministro representante de mi país, puede dar á usted certificado de mi honradez y aseverar todo cuanto á usted acabo de exponer. Pero, dígnese usted escuchar mi petición: Amo á esta niña adorable, nieta de usted; prendadísimo estoy de su virtud, de su modestia y de su peregrina belleza. Mi corazón ha perdido su albedrío; solo pienso en Alicia desde el instante feliz en que se cruzó por mi camino. Por eso hoy vengo hasta usted lleno de incertidumbres y de esperanzas para decirle, acépteme usted por hijo; deseo ser el esposo de Alicia, y júrole, por la memoria santa de mi madre, que consagraré todos los instantes de mi vida á hacer la felicidad de este ángel, y una vez unidos, ella y yo, nos disputaremos la dicha de ser para usted el tierno y cariñosísimo apoyo de su vejez!

Calló el joven, porque la emoción no le permitía hablar más.

Doña Carmen, mujer sencilla, sin finji-

mientos y con el corazón siempre en la mano, enjugóse las lágrimas que corrían por sus mejillas, y mirando á Alicia, que, inclinada sobre sus flores, disimulaba los sentimientos que asomaban á sus ojos, dijo pausadamente.

— Creo en la sinceridad de sus palabras, y su presencia en mi casa no me sorprende: la esperaba.

—¿Cómo así, señora?

—Por que mi hija, habíame ya hablado de V. Refirióme sus encuentros de estos días.

—Y si yo me he atrevido, señora, á buscar la dicha cerca de V. es porque he creído que Alicia no rechazaría mi cariño.

—No señor. Mi hija es muy sencilla, y no se ha educado en la escuela del fingimiento, donde se falsean hasta los afectos más sagrados; por esto, aunque ella no me lo haya revelado claramente, mi corazón de madre le ha comprendido. En las confidencias de mi hija ella ha dejado vislumbrar el nuevo sentimiento que hoy llena su corazón.

—Oh! gracias, señora, gracias!—dijo Vallier precipitándose á los piés de doña Carmen, mientras las lágrimas de Alicia caían sobre las flores que á la sazón hacía, como divino rocío de perlas.

—Puesto que ya nos hemos entendido—dijo doña Carmen sonriendo, y envolviendo á los jóvenes en una larga mirada de ternura—hablemos ahora de algo que nos debe preocupar muchísimo.

Alicia dejó sus flores, que como un pretexto la entretenían para disimular su rubor, y aproximando su silla á la de la abuela, apoyóse en el brazo de su sillón, mientras su mirada cándida y cariñosa se cambiaba con la de Jorge, que, arrobado, no acertaba á apartar de ella sus ojos.

Al verlos así, los tres reunidos, cualquiera hubiera pensado que eran antiguos amigos.

¡Bendita sea la sencillez del corazón!

—Alicia—empezo la anciana—tiene á su padre trabajando en las minas de Francia. Al partir, dejóla á mi cuidado, y díjome, que confiaba en mi sensatez, y que por lo tanto era dueña de disponer de la suerte de Alicia. Y agregó, que conociendo yo las preocupaciones y anhelos suyos, sabría no disgustarle al disponer de la suerte de Alicia. Pues esto es lo que hoy, precisamente, me llena de inquietudes. Marcos es bueno, pero terco. Aborrece á los ricos. No quiere tener más amigos que los de su clase: los obreros.

Y es tal su ceguedad, que, de manso que es como un cordero, se torna en fiera cuando de los ricos se trata. ¿Cómo, pues, he de averiguarme para reducirlo y que consienta en la alianza de su hija con un hombre que pertenece á una clase social por él tan odiada.

—¡Cuánto dolor me causan sus palabras! Pero, la pureza de mis intenciones, mi amor por Alicia, ¿no conseguirán ablandar su corazón?

—¡No conoce V. á Marcos!

—¡Dios mío! ¿Qué haremos, pues?

—Paciencia, y esperar. Ya se lo tengo dicho á Alicia. Pongamos nuestra esperanza en Dios.

Marcos se fué por dos años, pero, luego en las minas, parece que ha tomado la resolución de marcharse á América. En fin, de un momento á otro recibiremos carta de él y sabremos su determinación respecto de esto. Iremos con paso mesurado. Sondearemos primeramente su ánimo, y cautelosamente, luego, le enteraremos de nuestros deseos, tratando de dulcificar en lo posible la revelación, para que el estallido de la tempestad no nos anonade. Tened confianza, hijos míos, y dejadme á mí la tarea de ablandar el corazón de Marcos.

Desde aquel instante, una dulce intimidad ligó al joven Jorge, con la abuela y con Alicia.

La felicidad inundaba el corazón de la niña, y la dicha de ésta se reflejaba en el rostro de la anciana, que vivía con la ventura de su hija.

Jorge, cada día más prendado de Alicia, suspiraba por el momento de llamarla su esposa.

Deliciosas veladas transcurrieron veloces, porque la dicha tiene las alas de la fortuna.

Mientras tanto, Marcos ni contestaba las cartas, ni daba señales de vida.

Por casualidad, un minero, acertó á llegar á casa de doña Carmen, y por él supieron que Marcos habíase embarcado para América, y según aquel, éste había sido contratado por diez años.

—¡Dios mío!—dijo la abuela—Pero, ni una carta, ni una palabra que nos revele sus intenciones.

—Sí, señora, palabras sí; yo mismo oí que á un compañero le encargó que viniese á ver á V., que le dijera que no las olvidaba, ni á V., ni á la niña, y que aunque no recibiesen carta suya no se alarmasen, que tardaría algunos años, pero que volve-

ría con algunos ahorros para no separarse más de ustedes. El minero á quién esto dijo, murió á los pocos días, y por esto no pudo decir nada á ustedes, pero, como la casualidad quiso que yo lo oyese, quedan ustedes enteradas.

Pintar el desconsuelo de los jóvenes es harto difícil.

¿Cuánto tiempo tendrían que esperar?

Pasaron los días y también algunos meses. Alicia comenzó á adelgazarse, y Jorge á entristecerse.

La abuela, al notar las huellas del sufrimiento de entrambos, se sintió vivamente inquieta, y su mente comenzó á trabajar mil y mil proyectos, sin hallar solución á ninguno.

Y resultó que de tanto pensar, y de inquietarse tanto por el porvenir de su nieta, empezó ella también á sentir su salud quebrantada. Entonces, sus pensamientos adquirieron nueva forma, y se hicieron tristísimos. Reflexionó cuál sería la suerte de Alicia, si ella enfermaba seriamente y llegaba á morir.

Quedaría sola, expuesta á mil peligros, y aunque el amor de Jorge era honrado, la calumnia y la maledicencia no necesitan pecado

para formar la culpa. La infeliz niña, en vez de penetrar por el camino de la dicha, podía ser arrastrada por el de la perdición, y ¡sabe Dios, cuántos dolores y cuántos martirios pudieran estar reservados á aquella querida niña, que ella destinaba ahora á ser esposa dichosísima, y á cruzar el laberíntico sendero de la vida, fuertemente apoyada en el robusto brazo de un hombre que sería el eterno y leal compañero de su existencia!

Tales ideas quitáronle el sueño varias noches, y el insomnio y la lucha que sostenía en su pecho, la aniquilaron más.

Una mañana, que amaneció casi sin fuerzas, porque no hay nada que más aniquile la materia, que las luchas internas del espíritu, esperó doña Carmen la llegada de Jorge, y así que vió reunidos á los dos jóvenes, les comunicó sus indecisiones, sus angustias, y por último lo que acababa de resolver.

—Dentro de un mes, os casareis, hijos míos. El cielo me prestará su ayuda, pues al dar este paso, me inspiro en el más sagrado de los deberes: en velar por la suerte de mi hija.

Imposible describir la alegría de los amantes.

¡Es tan hermoso y tan grande, ver rea-

lizados los dulcísimos ensueños del alma!

Desde aquel momento todos fueron proyectos color de rosa.

Jorge, delicado y bueno, propuso á las dos mujeres seguir viviendo en el quinto piso hasta tanto volviese el padre de Alicia, el cual, seguramente, calmaría su enojo cuando viese el sacrificio hecho en su obsequio, pues pudiendo Vallier vivir en casa cómoda y lujosa, porque lo permitía su bonita fortuna, había preferido seguír en la pobre vivienda para probar á Marcos la hidalguía de sus sentimientos.

Doña Carmen aceptó agradecida, y esta atención de Jorge arrancóle dulces lágrimas.

A Alicia, parecíale un sueño la felicidad que la rodeaba. Amaba tanto á Jorge y se sentía tan amada de él, que su corazón le anunciaba que siempre le sonreiría una dicha sin término.

Doña Carmen, que cada día que pasaba descubría una nueva belleza en el alma de Vallier, no cesaba de alzar sus ojos al cielo. ¡De allí vienen todas las gracias! ¡Alabado sea Dios que se ha dignado bendecir su hogar!

La satisfacción que experimentaba la an-

ciana volvióle la salud, y se sintió rejuvenecida. Nada hay que haga gozar con más intensidad á los corazones buenos, que la dicha que se ve reflejada en los rostros de los seres amados.

Jorge no quiere que Alicia continúe haciendo más flores. La joven se despide de sus compañeras de taller, y todas á porfía cólmanla de demostraciones de verdadero cariño. Alicia es tan buena, de carácter tan dulce, que en aquellos afectos recibe el premio de su conducta virtuosa. Jamás ninguna de las compañeras de taller se sintió molestada por Alicia; por el contrario ella tenía para cada cual una sonrisa, una palabra de afecto, y dispuesta estaba siempre á la indulgencia, prenda hermosa del alma de la mujer que le conquista mundos de simpatías. Nunca reconvino. Si se sintió mortificada guardó con nobleza sus lágrimas para verterlas á solas, y de sus labios jamás brotó una sola queja.

Alicia fué siempre una violeta. Y de ella emanaba el embriagador aroma que se desprende de los sentimientos buenos.

Por esto todas las compañeras de taller, como prueba de su cariño por Alicia, quisieron obsequiarla para el día de sus bo-

das, con los azahares que debieran adornar su frente pura y su pecho virginal.

Jamás brotaron de los naranjos flores más hermosas que las que formaron las floristas para la feliz Alicia.

Tampoco les faltaba el aroma; tenían el perfume arrobador de la virtud!

Llegó por fin el anhelado día.

Jorge había obsequiado á su prometida con una canastilla delicada y elegante.

La ropa blanca era primorosa y abundante; tan solo las alhajas eran modestas, porque abuela y nieta odiaban por instinto las vanidades; preferían un hermoso ramo de flores, á un dije costoso. ¡Cuánta belleza en el corazón y cuánta virtud, digna de modelo para las mujeres que se afanan por ostentar deslumbrante lujo, sin preocuparse de si el alma tiene toda la riqueza de sentimientos que necesita para ser feliz!

Los baules de la abuela se llenaron también de utilísimas prendas de vestir.

De acuerdo entre los tres, poco se varió de muebles, á excepción de la cama matrimonial, de un tocador, dos roperos, y un comodísimo sillón para la anciana, que Jorge tuvo especial empeño en comprar.

La ceremonia nupcial tuvo lugar en la

misma vivienda de los novios, porque la anciana, por efecto de su parálisis apenas podía caminar.

Nada de alegrías bulliciosas, ni de festejos ruidosos. Todo se hizo con moderación. Aunque el novio tenía dinero en abundancia, aquellas bodas parecieron ser las de un obrero cuyos ahorros le permitían cierta holganza. El lujo que se notó fué en los regalos de los novios á las buenas compañeras de Alicia que concurrieron al casamiento. Una recibió por obsequio una docena de camisas, muy finas y perfectamente bien confeccionadas; otras enaguas y corpiños, otras útiles de cama, y así sucesivamente.

El contento brillaba en todos los semblantes. Y en medio de aquella satisfacción sana y generosa, veíanse continuamente moverse los labios de la anciana, dando gracias al autor de toda aquella ventura.

¡Satisfacción de las almas buenas, siempre has de mezclar entre tus alegrías el nombre divino de Dios!

La dicha de los buenos, es la obra más hermosa del Redentor de la humanidad.

III

Infortunio

En los contrastes que ofrece el mundo, ¡cuántas lecciones para el linaje humano!

Subamos á la bohardilla de la misera casa que habita Alicia.

Aquí las escenas varían por completo.

Helos ahí: ¡Henry y Liceta!

¡Pobres seres, los que la miseria aferra con su mano descarnada.

Las esperanzas de Henry, cuando confiaba en la protección de sus antiguos conocidos, salieron fallidas. Los amigos de otros tiempos, al verlo pobre le volvieron las espaldas, y algunos hubieron que quisieron arrastrarlo á la pocilga del vicio, con la idea de que entregado á vergonzosas distracciones, no les molestaría más.

¡Cuánto cieno y cuanta maldad!

Pero Henry tenía el alma buena, sus sentimientos eran naturalmente nobles, y á las angustias de la miseria jamás habría

añadido los horrores del vicio, que degrada y corrompe. No era de los míseros que, abatidos por el infortunio, pierden hasta el último átomo de la propia dignidad, y ruedan por el mundo como parias, sin conciencia, sin sentimientos, embotadas todas las fibras del alma, perdida la sensibilidad, hasta el extremo de vivir como las propias bestias, sin más ahínco que el de comer!

Día trás día volvió Henry á su pobrísima vivienda sin pan, y sin esperanzas.

Y los días transcurrían largos, interminables, sin sol para aquellos infelices.

Liceta había enflaquecido extraordinariamente y para colmo de angustias sentía en su seno la existencia de otro inocente sér que anunciaba su venida al mundo en medio de tanta miseria y de tanto dolor!

¡Dios mío! Iba á ser madre y los poquísimos recursos ya se habían agotado; todo se había vendido, hasta el lecho había desaparecido, y los míseros, uno junto al otro se arrebujaban en débiles mantas, sin que luz alguna alumbrase tan triste cuadro, ni fuego alguno que calentase sus entumecidos miembros, sacudidos por los extremecimientos que trae el horrible frío del hambre...

La dignidad y el respeto de sí mismo, ¡qué hermosos dones del cielo!

En medio de aquella espantosa miseria, Liceta no olvidaba, ni Henry tampoco, el aseo personal de entrambos. Dias hubo en que la abnegada esposa, quedábase envuelta en una manta, mientras lavaba sus pocas ropas interiores; otros días aseaba las de su esposo: el agua y el sol, nunca pueden faltarle al pobre.

Con gastadísima escoba barría su bohardilla, y limpiaba las paredes, y muchas veces, en medio de esta faena, deteníase desfallecida por la debilidad.

¡Qué hermosa es la pulcritud! Con el aseo la miseria no se hace repugnante, porque el pobre que se ofrece á nuestra mirada sucio, hasta el extremo de oler mal, por fuerza hay que huir de él y temer su contacto. No se dirá que no teniendo qué comer, mal se puede pensar en el aseo personal. ¿Y el respeto de sí mismo? ¿Y la dignidad del hombre que siempre fué pulcro en la abundancia? ¿Ha de olvidarse de sí mismo hasta el extremo de causar repugnancia á sus semejantes? La miseria sin aseo es digna de desprecio, porque es el absoluto olvido de todos los

respetos y la degradación del alma llevada á su más repugnante extremo.

Dios nos dió brazos para moverlos en el ejercicio del trabajo; sinó podemos emplearlos en labores que nos den pan, porque la suerte quiere negarnos este socorro, al menos, movámoslos salvando el cuerpo de miserias, lavando los harapos, que agua, aire y sol, volvemos á repetirlo, no niega la naturaleza ni á los más míseros.

El aseo es uno de los objetivos que dedebiera perseguir constantemente toda sociedad culta, porque á los beneficios que reporta á la higiene común, hay que añadir la que presta al espíritu.

Si nos agitamos en una atmósfera pestilente, por fuerza nuestras almas bajarán al nivel de nuestra vida material, y nos veremos envueltos en un caos de miserias repugnantes.

Emilia Pardo Bazán, la fecunda y brillantísima escritora, honra y prez de las letras castellanas, ha dicho: «Siempre he tenido á París en concepto de la ciudad más pulcra del orbe, sin exceptuar á Florencia; en París se lavan diariamente las fachadas de las casas y las maderas de las ventanas; se enceran los pisos; se barren primorosa-

mente las calles; se exige á los dependientes de tienda, sirvientes y hasta obreros un aseo personal de que prescinde mucha gente rica española; pero actualmente, con motivo de la Exposición, París ha echado el resto; no se ve una mota de polvo; la pintura despide el fresco brillo del barniz; los bronces relucen; los cristales se clarean, diáfanos como el aire mismo; los escaparates son un canastillo de flores, y hasta las flores en que parece no cabe aliño, escogidas por manos hábiles, agrupadas artísticamente, ceñidas con lazos de cinta ponposa, levemente salpicadas de gotitas de agua, tienen la nitidez virginal de las flores de cerámica».

En presencia de tan hermoso cuadro ¿puede el espíritu empequeñecerse? No! Solo cuando llega á respirar el mefítico ambiente del abandono, de la miseria, del desaseo que engendra ideas mezquinas, faltas de vuelo y raquíticas, como las conciencias de los criminales que se revuelven en el fango, como los reptiles más repugnantes.

La pulcritud tiene un aroma encantador, que lo trasmite por entero á cuanto con ella se roza. El buen gusto y el arte, así como la belleza del cuerpo y hermosura del alma, no

se conciben sinó aunados con la pulcritud.

La mujer que se presenta en sociedad con los encajes del cuello ajados, y de un color dudoso; el vestido prendido, disimuladamente, con alfileres, una que otra mancha en sus faldas, el cabello sin alisar, el calzado sin limpiar, y con el pañuelo de manos *casi* sucio, y las uñas (¡horror!) acusando duelo, seguramente que no hay para qué ver la casa de tal dama, para compadecer su familia. En el seno de ese hogar se oirán siempre los gritos destemplados del desorden, hijos de la mala educación y del olvido de sí mismos.

Esa mujer, aunque luzca vestidos de seda, costosas alhajas, y sea una *señora distinguida*, sólo será, para los que comprenden la verdadera distinción, una mujer cualquiera, una vulgaridad, un ente, en una palabra, un sér que menosprecia el sentimiento de la belleza, que Dios depositó en el alma de sus hijos, como una huella de su divino paso por el mundo!

Ved en cambio á la mujer pulcra y verdadera dama de sociedad. En su atavío correctísimo, no se ve jamás el más pequeño desaliño, ni un encaje desgarrado, ni una mancha en sus vestidos: su cutis brilla con

la lozanía de la frescura: sus cabellos suaves y limpísimos adornan con gracia su frente; sus manos son modelo de finura, y hasta en la elección de sus alhajas se nota la delicadeza de su buen gusto, porque no pretende deslumbrar; toda su atención está en la compostura armónica de su persona, de la cual se desprende el perfume suave de la pulcritud y de la elegancia.

No es menester ser un Salomón para adivinar lo que será el hogar de esa mujer. Tras ella se columbra el orden, los afectos del alma y la paz, envidiable bien de las conciencias rectas, y base segura de la pasajera felicidad que nos es dado disfrutar en este mundo.

Pero, volvamos á nuestros amigos.

En vano Henry había buscado trabajo. Todo recurso parecía huir de él.

Liceta intentó coser, pero no pudo, la debilidad la hacía desfallecer. Sus ojos de tanto llorar no podían fijarse en la costura.

Henry besaba los cabellos de su pobrecita compañera y la estrechaba contra su pecho, como si aquel pecho enflaquecido pudiera trasmitir á su amada compañera el calor de la vida que á él le faltaba. Y al mirarla junto á sí, silenciosas lágrimas, que al bro-

tar destrozaban su corazón, surcaban sus pálidas mejillas yendo á perderse entre los cabellos de su esposa.

En secreto se acusaba de aquella situación dolorosísima.

—Quizá—pensaba el infeliz—nuestra venida á España haya sido causa de nuestra desgracia. ¡Cuánto no diera por volver á América, respirar aquellos aires aromados por su vejetación exuberante y fértil; dilatar el espíritu contemplando la extensa campiña sembrada de mil y mil florecillas silvestres, y sentir el arrullo de la paloma torcaz que entre la arboleda umbrosa y espesa murmura sus secretos amores!

Liceta, que soñaba con su amada patria, al adivinar los pensamientos de Henry, disimuló sus anhelos, y siempre noble, siempre abnegada, consolaba á su esposo, diciéndole:

—Aquí también, querido Henry, podemos hallar el bienestar que anhelamos. Si apacible y risueño es el cielo de mi patria, no lo es menos el de la tuya. Dios está en todas partes. Amémosle, pues, aquí como allá!

¡Bendita sea la templanza que nos da la sublime religión de Cristo!

Henry y Liceta, que adoraban á Dios, se

complacían en sentirse buenos. En medio de la amargura que les rodeaba, ni él, ni ella, tenían rencores contra la existencia; nada podía destruir la dulzura de sus almas. La pena los mataba, pero, á riesgo de todo, salían incólumes sus pensamientos, reflejos del alma y del carácter, libres de torpes venganzas. Miraban á todos los séres con dulzura, y sin embargo, el dolor los minaba, acentuándose más y más en sus ojos la tristeza infinita que llenaba sus corazones.

La filosofía cristiana de Henry hacíale ver las cosas bajo un prisma tan consolador, que cuanto más grande era su quebranto, más inmensa era su conformidad y su acatamiento por los inescrutables designios del cielo.

Y Liceta, como amorosísima paloma, plegaba sus alas, y quieta, dirigía sus miradas al firmamento, y á su esposo simultáneamente, bebiendo en los ojos de éste la tranquilidad que se desprendía de su alma.

Un día, ¡día infausto! Liceta había podido salir á la calle. Aunque le era imposible coser, iba sin embargo en busca de costura: ¡quería hacer un último desesperado esfuerzo!

Al volver una esquina exhaló un grito pe-

netrante, y pálida, aterrada, dió unos pasos hacia atrás, apoyándose desfallecida contra la pared.

Frente á frente tenía á don Manuel Nélter!

Imposible pintar la expresión de gozo que asomaba al rostro de don Manuel. Una exclamación de regocijo había brotado de su pecho, y avanzando lleno de anhelo hasta Liceta, como si temiese que ésta desapareciera de su vista por obra de encantamiento intentó apoderarse de una mano de la joven, pero ésta dió otro grito y quiso huir.

La calle estaba desierta.

Nélter cogió por la falda á la joven, y anheloso díjole:

—¡La buscaba á V.! ¡Cuánto vagar inútilmente! Al fin tengo la dicha de hallarla; ya no perderé su pista. Sé que está V. en la miseria, y esta vez cederá á mis súplicas, aunque tan solo sea por el hijo que lleva en sus entrañas. No puede V. desoirme, Liceta, porque decreta V. por hambre la muerte de su hijo!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ten compasión de mí!—dijo la pobre joven ahogando los sollozos.

Y Nélter sonriendo ante aquel dolor agudo, prosiguió:

—¡Y quiere la suerte que ni la miseria, ni los sufrimientos, borren la peregrina hermosura de su rostro, hoy mil veces más bello que antes!

Y tenía razón.

Parecíase su semblante al de una virgen. Pálida como la azucena; las facciones adelgazadas hacían más delicado el conjunto; los ojos agrandados y dulcemente abiertos, guarnecidos de luengas pestañas, al mirarlos, parecía verse el cielo tras ellos, aunque eran negros como la noche; pero era tal su serenidad, tal su mansedumbre, que más había en ellos de los cielos que de la tierra. Llevaba sus hermosos cabellos castaños peinados hacia atrás, lisos, sin pretensiones, dejando al descubierto la frente alta, noble, de donde arrancaba la nariz de un corte purísimo. Y la boca, preciosísimo detalle de su rostro, con el dolor había adquirido una expresión tan triste y melancólica que prestábale doble atractivo, é irresistible encanto.

Liceta viéndose libre de la presión que don Manuel había hecho en sus faldas, emprendió precipitada marcha.

Dejóla ir; pero pusose en su seguimiento.

La joven notó inmediatamente que era se-

guida, y apresurando el paso, cruzó calles y más calles tratando de desorientar á su malhadado perseguidor. ¡Vano intento!

Nélter, siempre sonriente, seguíala sin dar muestras de cansancio, mientras Liceta perdía por momentos las fuerzas, y el terror invadía su pecho.

Desfallecía en presencia de aquel hombre funesto.

Cruzaba á la sazón ante un templo. El cielo la guiaba. Entró precipitadamente y quebrantada dejóse caer junto á un altar en suplicante actitud.

Nélter iba á entrar, pero retrocedió pálido y serio, y quedóse en el átrio esperando.

A su alma depravada se le impuso la augusta y sublime majestad de aquel recinto.

Mientras tanto Liceta rezaba implorando la clemencia de Dios, derramando raudales de llanto sin lograr que la oración aquietase los violentos latidos de su pecho.

La tarde caía, y la joven, llena de espanto, pensó cómo se libraría de su perseguidor antes que la noche se viniese encima.

El recuerdo de Henry aumentó sus angustias. El la esperaría, y al notar su retardo la desesperación le mataría pensando en los peligros que podía correr su esposa.

La joven reunió todas sus fuerzas, y después de clavar suplicante mirada á la Madre Santísima de Dios, salió del templo con más valor que nunca en el pecho.

La primera figura que se ofreció á los ojos de la joven fué Nélter, que de pie y con los brazos cruzados esperaba á su víctima.

Liceta resuelta dirigióse á Nélter, mientras este la miraba con alguna sorpresa.

La esbelta figura de Liceta, envuelta en el largo y negro manto que la cubría de pies á cabeza, avanzando hasta su verdugo, parecía la imágen de la amargura.

—Por favor, señor Nélter, con el corazón destrozado por entero, con el alma anegada en lágrimas, yo le suplico que no me siga! Déjeme V. volver á mi casa, y olvídeme; yo pertenezco por completo á mi esposo, y hoy más que nunca quiero continuar por el sendero que Dios tiene trazado á la esposa fiel!

Y mientras decía esto, la joven seguidamente pensaba:

—¡Miserable! Tengo que hablarte suplicante, cuando debiera una y mil veces arrojarte al rostro tu abominable conducta de América!

Y Nélter, siempre inalterable, respondió á la súplica de la joven:

—Pero, infeliz, la miseria la matará.

—Ah! ¡No comprende V. la infinita felicidad de la virtud! Hasta en la postrer angustia de mi martirio, mi alma tendrá una sonrisa, porque volará pura al seno de Dios!

No había afectación en el lenguaje de la joven; por el contrario, había tanta magestad, tal solemnidad en las frases de aquella mujer, que Nélter, sintiendo quizá un movimiento generoso de piedad, allá en el fondo de su pecho, dijo brevemente.

—Puede V. seguir tranquila su camino. Yo me retiro, señora.

Liceta intentó formular una frase de agradecimiento, pero Nélter no le dió tiempo, porque se alejo de ella, caminando por lado opuesto.

Liceta se llevó las manos al pecho y respiró libremente, volviendo hacia el templo sus ojos preñados en lágrimas.

Se sentía verdaderamente enferma. La lucha de aquella tarde, su embarazo ya avanzado, y la debilidad que sentía, pues hacía muchas horas que no probaba bocado, porque no había ni pan en su mísera bobardilla, hacíale sentir mareos y desfallecimientos mortales.

Con paso tardo, poco á poco, fué aproximándose á su casa, no sin que de vez en cuando volviese la cabeza temiendo ser seguida. Pero nada vió que pudiera alarmarla. Comenzaban á encenderse los faroles, y la joven trató de apretar el paso.

No bien, Liceta se había alejado, el infame Nélter volvióse, y cautelosamente, escondiendo su persona á cada instante en cuanta puerta hallaba á su paso, logró de esta manera conocer el domicilio de la infortunada esposa.

¡Destinado estaba que Liceta había de apurar la hiel de los dolores hasta la última amarguísima gota!

Desde aquel día, las fuerzas de Liceta disminuyeron notablemente. Ya no pudo salir más, ni tampoco lo hubiera intentado.

Nada dijo á Henry de su fatal encuentro. ¿Para qué?

La abnegada mujer quería sufrir siempre sola, evitando á su marido las amarguras que ella experimentaba. La tranquilidad de Henry era para ella sagrada; nunca su palabra fué causa de que el esposo sufriera.

Liceta tenía el corazón tan hermoso y tan noble, que en él no podía penetrar el sentimiento torpe del egoísmo.

—Comparta él mis alegrías, que yo sabré ocultar mis dolores, para que no aumenten los suyos. El mundo le proporciona pruebas amargas; luchar y siempre luchar por la vida! El es el brazo fuerte, la sombra cariñosa, mi fiel sostén. Velar, pues, por su dicha es para mi alma único goce. Soy su esposa. Es decir; soy el dulce bálsamo de sus penas, el lecho de rosas donde él se reclina buscando el reposo de los buenos; soy el lago sereno donde él apaga su sed; el cielo azul donde entrevé la dicha de su alma entera! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dadme las fuerzas de la mujer cristiana de la Santa Biblia, para que os ofrezca en el altar de mis afecciones, la grandeza inmaculada de mi corazón de esposa!

Y pensando así la fiel mujer, asaltábale dolorosa congoja, temiendo que Nélter atentara de nuevo contra Henry.

Quiso retener junto á sí á su esposo; pero este, como el más fuerte tenía que lanzarse á la calle en busca del alimento que les faltaba.

Las puertas todas permanecían cerradas para los infelices.

El trabajo les negaba sus fuentes benéficas y salvadoras.

Nada! Siempre nada.!

¡Desdicha sin igual!

Rostros fríos por todas partes; insultante lujo rozándose con los harapos. Henry veía pasar junto á sí, en carrera desenfrenada, soberbios troncos, arrastrando lujosísimas libreas, y altaneros señores, que, á modo de príncipes en sus tronos, miraban en torno con altivez despreciativa.

Y desaparecía aquel boato de su vista, para dar paso á nuevos y delumbrantes trenes. Mientras tanto él, allí, arrinconado, junto al quicio de una puerta, sintiendo hambre y frío, y pensando en la querida mujer, que sola gemía en la bohardilla, en aquella mujer tan buena, tan digna, tan virtuosa, mejor mil veces que todos las vanas que por allí cruzaban, soberbias con su poderío de riquezas y, envueltas en deleznables galas, de efímera existencia!

Ah! mísera condición humana!

Cuando la desgracia bate sus alas tenebrosas sobre los míseros hogares, hasta la luz del sol parece perder su brillo, y todo lo vemos triste, apagado, con la frialdad del vacío y de un más allá desgarrador.

El cerebro se tortura, siéntese abrasado, y angustias de muerte subiendo al pecho, como lenguas de fuego de volcán, quieren aho-

garnos, mientras el cuerpo sacudido por la violencia de una fiebre interminable, va consumiéndose, allí, sumerjido en aquel rincón olvidado á donde no llega la mirada de nadie, ni nadie puede oír los quejidos de la miseria!

Liceta sintióse mal. La palidez de la muerte pintóse en su rostro. Aquella naturaleza se agostaba como la flor maltratada por el cierzo.

¡Los días sin auroras de la pobreza, van dejando sombras de melancolía en el alma, sombras que no logran borrarse ni con las dulces brisas de la dicha!

Henry miró á su compañera con desesperación, y, loco, desolado, salió corriendo de su vivienda, llevando en los labios y en el alma el nombre de Dios.

Había llegado la noche, y no volvía.

Un temblor convulsivo agitaba el cuerpo de Liceta. El hambre y más que el hambre, la idea de que su esposo sufría al igual ó más que ella, le desgarraba el corazón.

En este estado de postración, sintió pasos en la desvencijada escalera.

Vacilante, salió de su habitación para recibir en sus brazos al esposo querido, más

echó de ver en seguida que los pasos no eran del ser amado que esperaba.

Llena de miedo, y tratando de no hacer ruido, favorecida por la oscuridad, se ocultó en un rincón del extremo opuesto del pasillo.

El que subía renegaba, á media voz de la absoluta escasez de luz, y para orientarse encendió un fósforo.

Liceta desde su escondite, pudo ver, sin ser vista, y ahogó un grito al reconocer á don Manuel.

Permaneció quieta, temblando, casi sin respirar por temor de ser descubierta.

El infame perseguidor de Liceta, se dirigió rectamente á la única puerta que veía, que era la de la bohardilla. Encontró la puerta abierta y penetró.

Liceta le oyó murmurar, y luego le vió salir.

Se sintió desfallecer, y sus labios murmuraron una oraci n.

Estaba sola, enferma, y su desamparo podía ser arma para aquel miserable.

—¡Dios Misericordioso!—pensó la infeliz —¿Cómo se atreve este hombre á hollar con su planta el mismo suelo que pisa el hombre que él tanto ultrajó? Tiemblo, Dios mío... Un encuentro entre ese hombre y mi esposo

sería fatal! ¿Qué nueva prueba me está reservada, Dios y Señor mío?

Nélter manifestó su disgusto en voz alta, y al bajar las escaleras repitió varias veces —«Volveré, volveré».

En cuanto hubo desaparecido, Liceta, penosamente llegó hasta su vivienda, y cerrando por dentro, cayó de rodillas, llorando amarguísimamente.

Pocos momentos después se presentó Henry. Los brazos enflaquecidos de Liceta ciñeron amorosamente el cuello de su esposo, y los dos estrechamente unidos, derramaron allí entre las sombras raudales de silencioso llanto.

—¡Toma, toma!—dijo Henry febrilmente, y poniendo en manos de su esposa un trozo de pan agregó:

—Un niño, hermoso como un ángel, y harto ya de comer, dejólo junto al quicio de una puerta. ¡Cóme, Liceta, cóme, y ten valor, esposa querida!

Liceta compartió el pan con su esposo, aunque este se negaba, y con el acento dulcísimo de los ángeles, ocultando sus zozobras, le dijo:

—Valor, sí, un día más, no importa; la

Santísima Virgen Madre Amorosísima, velará por nuestro hijo!

....

¡Cuán hondamente se conmueve nuestro pecho ante estos desgarradores cuadros del infortunio trazados con lágrimas; pero, cuán infinito es á la vez nuestro consuelo y la gratitud de nuestra alma al ver la resistencia del espíritu que lucha sin caer, defendiendo con el escudo poderoso de la fé, la sublime religión de Cristo!

IV.

El dedo de Dios

Alicia sentía deslizarse los días como un sueño.

La dicha le sonreía.

Entre el amor de su esposo y el cariño entrañable de su abuela, la joven cría que no existía mas mundo que aquel en donde ella se mecía, como el pajarillo que se columpia feliz en la movible rama al borde de su nido, saludando con trinos los albores de la mañana, y oyendo los gorgeos de sus compañeros. No temía las tempestades. Pero, ¡ay! una mañana, Alicia tembló de espanto, despertando rudamente del dulcísimo ensueño que envolvía su alma cándida.

Su padre apareció de improviso. Nadie le esperaba.

Por fortuna en aquel instante hallábase ausente Jorge Vallier.

El padre entró torbo y mirando en torno. Alguna alma *caritativa* habíalo enterado de

la trasformación operada en el seno de su hogar.

Doña Carmen no perdió la serenidad, pero Alicia más muerta que viva, refugióse junto á su abuela.

—¿Es este el recibimiento que me hace mi hija, á la vuelta de tantísimo tiempo de ausencia?

—Perdónala, pero, á ella y á mí nos sobrecoje tu aspecto; entras tú, hijo mío, con modos tan poco tranquilizadores...

—Porque en esta casa—dijo Marcos completamente demudado por la ira—se han burlado de mis derechos, y lo que es peor, han querido provocar mi enojo, pero, ¡vive Dios! que yo les probaré quien soy!

Alicia afligidísima lloraba junto á su abuela, mientras que ésta, resignada, pero firme, repuso con la energía que le permitían sus años:

—Marcos, escucha: al dejar esta casa me dijiste: «V. es bastante sensata para que no le confíe la suerte de mi hija; V. es dos veces su madre, y parto, pues, tranquilo, autorizándola para que disponga de la suerte de mi hija.» Yo soy vieja y achacosa: el te mor de la muerte me horrorizó pensando en nuestra Alicia. Un hombre de bien y hon-

rado le ofrecía su mano; yo cumplí la misión santa que me encomendaste: hice feliz á tu hija librándola del desamparo.

Otro hombre que Marcos hubiera enmudecido avergonzado ante las poderosas razones de doña Carmen, pero el padre de Alicia, dejando triunfar su indómito carácter, y enconado más aún quizá por la derrota en que le ponía el dulce razonamiento de la anciana, gritó con impetuoso enojo:

—Yo no me he muerto ¡canastos! y han pasado por encima de mí, irritándome terriblemente. No reconozco casada á mi hija y ¡ay! de ella y del mequetrefe que se ha introducido en mi familia! Ahora mismo arreglaré cuentas con él!...

Y al decir esto, aquel hombre transformado, horrible en su fiereza, agitó nerviosamente el mango del puñal que llevaba á la cintura y que asomaba bajo la blusa.

Alicia dió gritos de terror, mientras la anciana recibía en sus brazos á la pobre joven esposa.

Mientras dura este momento de pánico, describiremos rápidamente á Marcos.

Es un hombre alto, de musculatura de hierro, de rostro tostado por el sol; sus facciones son algo rudas, pero aunque alteradas

en aquel instante por tremenda cólera, adivínase que cuando la calma impera en su pecho, como tras la tempestad aparece la dulce bonanza de la naturaleza, su rostro, lejos de ser repulsivo, es atrayente, porque revela rasgos de un corazón noble, digno de mejor carácter.

Sin embargo, si Marcos era bueno, en aquel instante no lo parecía. El aspecto de su persona, ataviado con el traje de obrero; con su blusa flotante y la gorra encasquetada, bajo cuya visera brillaba su mirada preñada de amenazas, y la mano derecha apretando el mango del puñal, con el que amenazaba muerte y venganza, todo hacía creer que aquel hombre era un mal sugeto.

—Modérate, Marcos, y vé tú el dolor de esta pobre niña, que no merece sufrir así.

—¿Dónde está ese hombre? Quiero matarlo, como se mata á un perro dañino! Fuera de mi casa, el que ha querido pertenecer á mi honrada familia! Mi hija, esta hija traidora que burla la voluntad de su padre, solo será esposa de un obrero, no de un mozalvete de esos que tienen oro, y que á la par de sus monedas hay que contar sus vicios, y sus crímenes!

Y el enfurecido hombre, al decir esto, en-

tre contorsiones de ira, registró toda la casa, y luego pasando rápido entre las dos atribuladas mujeres, blandiendo su daga, desapareció por la puerta de entrada oyendo que bajaba las escaleras de dos en dos.

—¡Madre mía, yo muero! —gritó Alicia próxima á perder el sentido.

—Favor! Socorro!—gritó á su vez la anciana, temblando nerviosamente, sin poder moverse del sillón.

Pocos momentos transcurren, y algunas vecinas acuden, llenas de asombro.

En aquellos instantes óyese tropel de gente en la escalera, y murmullo de muchas voces.

Alicia desolada quiere salir, las vecinas pretenden detenerla, y en el mismo instante aparecen varios hombres trayendo en brazos el cuerpo casi inerte de Marcos, con el cabello en desorden, el cuello de la blusa y de la camisa abiertos y una que otra mancha de sangre en sus ropas.

Alicia y la abuela dan un grito de espanto, mientras los hombres que conducen al herido, se apresuran á decirles:

—No hay que alarmarse, señoras; este buen hombre ha sido atropellado por un carruage; iba al parecer ciego, atravesando la

calle, y en esto ha sucedido la desgracia. Pero no es gran cosa, según parece.

Marcos había perdido el conocimiento.

Las mujeres todas ayudadas de Alicia condujeron el herido hasta el lecho de la alcoba, y mientras ellas desaparecían de la estancia, Jorge Vallier, elegantísimamente vestido, aparecía por otro lado, dejando precipitadamente el abrigo y el sombrero sobre un sillón, y corriendo hácia doña Carmen, exclamó sofocadamente.

—¡Por Dios! ¿Qué pasa? ¡Alicia! ¿donde está? ¿Por qué hay manchas de sangre en la escalera? Los vecinos forman corrillos, me miran con curiosidad.... ¡Ay! y V. llora....

Todo esto el joven lo dijo de un tirón, rapidísimamente, y corrió al mismo tiempo hácia las habitaciones interiores, pero la anciana intenta detenerlo con acentos suplicantes.

—Ya vuelve Alicia, ven, no te vayas, te lo contaré todo.

Jorge, sin embargo, nada atiende, penetra en la habitación donde están los demás, y en seguida vuelve á salir, pálido y demudado.

—Jorge, sucedió lo que tanto temiamos.

el padre de Alicia se nos ha presentado de improviso. Su furia no reconocía límites, pero quizá Dios ha querido que ocurra lo que ha ocurrido.

—¡Qué quiere usted decir!—exclamó Jorge, mirando alternativamente á la abuela y á la habitación donde sabe que está su esposa.

—Que al salir, Marcos, de aquí ciego de cólera, quizá con ánimo de esperarte abajo, al cruzar la calle parece que un carruaje le atropelló...

—Cielo Santo!... Pero ¿está en peligro? ¿Han enviado por un médico?

—No lo se; creo que no—dijo la anciana, enviando al jóven una mirada de gratitud por su arranque expontáneo.

—Voy por él en un instante. Usted dirá á Alicia...

No concluyó el joven la frase. En aquel instante entraba Alicia y corrió hácia él con los brazos abiertos, y con acento imposible de describir, dijo entre sollozos:

—Jorge! Querido esposo mio!...

Los esposos se abrazaron, mientras la anciana con el rostro oculto entre las manos lloraba silenciosamente.

—Amada mía--dijo Vallier apartando de

sí suavemente á su esposa.—No hay tiempo que perder. Evitemos una desgracia. Voy en seguida por un médico.

—Gracias! gracias!—murmuró Alicia estrechando nuevamente entre sus brazos á Jorge.

Este besó tiernamente á la joven y tomando el sombrero salió rapidamente.

Las vecinas comenzaron á salir una á una mientras Alicia dábale las gracias, y así que abuela y nieta quedaron solas, Alicia dijo:

—Le hemos vendado las heridas, pero aun no ha vuelto en sí. Yo he suplicado á esa gente, después de darles las gracias, que se retire, que por el momento nada necesitamos; evito así que se enteren...

—Sí, sí, has hecho bien, hija mia, pero tú estás enferma, si no me engaño...

La frente y las manos de Alicia ardían.

—Y tú, y tú, madre mía? Te noto palidísima...

Y la joven se inclinó besando amorosísimante los cabellos de la anciana, pero esta que hasta aquel instante había estado haciendo esfuerzos por sobreponerse á las terribles escenas ocurridas, acometióle una

congoja que le privó de responder á su nieta.

Esta, alarmadísima dió un grito.

—Dios mio! ¡Abuela, abuela, madre mía, por Dios, vuelva usted en sí! ¡Ay! y estoy sola!

Mientras la jóven corre en busca de agua de Colonia para hacer respirar á la anciana, vuelve Jorge, y entrambos, conducen á la cama el cuerpo inanimado de doña Carmen. El médico, en vez de uno tiene que asistir á tres. Alicia tiene fiebre, que aumenta por momentos.

El doctor ordena que Alicia guarde cama en seguida.

La joven está ya en cinta y por su estado, requiere mucho cuidado á causa de la excitación nerviosa que sufre.

La anciana, por su edad ofrece peligro. La conmoción moral que ha recibido le ha causado mucho daño, y será menester de infinito cuidado para evitar una desgracia.

En cuanto al padre de Alicia, tendrá para un mes de cama.

En la cabeza tiene una herida de algun cuidado, la curación, para ser buena, tendrá que ser lenta.

Jorge, se ve, pues, de un momento á otro

rodeado de tres enfermos que reclaman su mas delicada atención.

El solo, no puede desempeñar tan grave cometido. Es menester buscar quien le acompañe á cuidar sus queridos pasientes.

Alicia abandonará el lecho, pero, delicada, no podrá desempeñar el delicado cargo de enfermera.

El esposo piensa en una hermana de caridad, dulcísima y piadosa compañera de los que sufren, y una vecina se encarga de hacerla venír aquella misma tarde.

Ya las sombras de la noche envolvían todos los objetos.

Los enfermos reposaban, y Jorge en la pequeña salita, abstraido, guardaba silencio, sentado en una silla junto á la puerta de la alcoba. No se oía más ruido que el que produce el péndulo del reloj, que, invariable, marchaba lento y acompasado marcando las horas una tras otra, con la indiferencia del tiempo que avanza y avanza siempre, sin importarle los acontecimientos, sin alterarle los cataclismos.

El tiempo es un gigante enorme, bajo cuya planta, en su marcha incesante, va quedando todo; todo perece bajo su mano implacable

y destructora y sólo él avanza siempre igual á través de los siglo y de las edades.

Jorge, de vez en cuando se levantaba de su asiento, y de puntillas entraba en la alcoba, saliendo luego para aproximarse á la puerta que daba al pasillo de la escalera.

En su preocupación había olvidado de encender luz, y en la habitación no se veía más claridad que la del bracerillo del calentador donde preparaba una tizana para doña Carmen.

Se oyeron pasos en la escalera y el murmullo de dos voces. Los que se acercaban hablaban cautelosamente, prevenidos ya de que había enfermos en el quinto piso.

Los pasos se detuvieron junto á la puerta donde escuchaba el joven, y poco después se oyó llamar suavemente.

Con igual precaución abrió el joven, y dos mujeres penetraron en la estancia.

Eran una hermana de caridad, y una vecina.

Esta por lo bajo dijo á Jorge:

—Esta es la hermana que va á asistir á los enfermos; en cuanto á mí, si algo se ocurre no hay más que llamarme. No me quedo desde luego á hacer á ustedes compa-

ñía, porque mi familia menuda me necesita y espero aún á mi marido de la oficina, con la cena preparada.

—Gracias, señora; agradecemos muchísimo su buena voluntad.

La hermana hizo un movimiento brusco, pero nadie lo notó pues la vecina ya salía y Vallier cerraba nuevamente la puerta.

—He olvidado de encender luz—dijo Jorge—pero, venga V., hermana, siéntese aquí que en seguida le enteraré del tratamiento prescrito por el facultativo.

La hermana no se movió del sitio en que estaba.

Jorge, mientras preparaba la lámpara, continuó:

—Mi esposa sólo tendrá unos días de cama, pero no así mi señora abuela y mi suegro; creo que habrá para un mes.

La habitación se iluminó con suave luz, y Jorge fué hacia la hermana instándola para que descansara.

El joven habíase aproximado hasta muy cerca de ella, y retrocedió unos pasos, en seguida, exclamo:

—¡Dios mío! ¡Blanca!

Blanca, pues efectivamente era ella, estaba palidísima y seria.

—Blanca—murmuró Jorge, aproximándose nuevamente á la joven—¡Por Dios! Perdóneme V., y no revele nada de lo que media entre los dos! Soy bueno, créalo V., amo á mi esposa que es un ángel y que no merece sufrir! No descorra V., por piedad, el velo de sus ilusiones, que yo moriría de dolor ante una sola lágrima suya! ¡Tenga V. compasión de ella y de mí!

Blanca, inmovil, y siempre pálida, sonrió amargamente, y luego murmuró:

—No le altere á V. el temor de revelaciones mías. Yo, ya no soy Blanca. Blanca murió en el martirio de sus remordimientos. Yo soy tan sólo la hermana María de los Dolores. Junto al lecho de su esposa velaré con el cariño que me inspira la misión que me he impuesto para borrar mis culpas! Tiene V. razón, ella no debe verter lágrimas amargas! La inocencia no debe sufrir: todos los castigos deben ser para la mujer culpable!

Jorge quiso hablar, pero, no encontró nada que decirle, y ella, con mesurado paso cruzó la habitación y fué á sentarse junto á la puerta de la alcoba.

Vallier embarazado ante aquella mujer á quien había hecho desgraciada, no acerta-

ba á discurrir, é interiormente lamentaba aquella casualidad extraordinaria que tan cerca los ponía uno del otro.

Jorge sentíase bueno, amaba muchísimo á su esposa, y el recuerdo repentino que le traía aquella mujer de la falta con ella cometida, llenábalo de sombras y de remordimientos.

Contemplando á Blanca allí junto á la puerta, velando el sueño de su esposa inocente, comprendía el joven lo enorme de su culpa, pues aquella desgraciada pudo quizá ser feliz y ser honrada si él no se hubiese interpuesto en su camino.

Mientras tanto, Blanca, agitada por el recuerdo de su vida pasada, representada en aquel hombre que veía junto á si; de aquel hombre que le traía á la memoria sus extravíos, sentía el alma desgarrada pensando en el hogar deshonrado, en el esposo ultrajado, y en los efectos para siempre perdidos.

¡Pobre mujer!

Su arrepentimiento habia sido sincero, y por esto Dios le había concedido el consuelo de vestir las blancas tocas de la hermana de caridad, para que purificada por el sufri-

miento, fuera poco á poco, rescatando su alma del martirio de la culpa.

Desviando su mente del drama de su vida, Blanca cogió el rosario que pendía de su cintura y llena de fervor quiso rezar, pero la voz de Jorge hízose nuevamente.

—Hermana—dijo—vea V. aquí los medicamentos para nuestros enfermos.

Y rápidamente impúsole de las horas en que debían suministrarse.

—Descuide V., quedo enterada.

—Si V. me permite, me retiro á descansar.

—Vaya V.; puede descansar todo el tiempo que guste. Yo velaré incesantemente por los pacientes, con el mayor cuidado posible.

—Gracias!

No cambiaron más palabras, y desde ese instante ambos fueron, al parecer, indiferentes el uno para el otro.

Blanca quedó sola, y como el náufrago que se ase del tronco robusto que ha de salvarlo, así ella amparóse de su rosario rezando afanosamente.

Más de una vez silenciosas lágrimas rodaron por sus mejillas.

¡Era que sufría la última prueba! ¡Era

que en aquella alcoba que ella, pecadora, guardaba como ángel custodio, reposaba la esposa fiel, la mujer honrada, la que merece todos los cariños y todas las consideraciones, mientras que ella la proscripta, la culpable, que pudo ser tan honrada, y buena como la mejor, caminaba ahora por el sendero de las arrepentidas, que, aunque consolador está sembrado de abundantísimas lágrimas de eterno remordimiento.

Cuatro días transcurrieron uniformes; Blanca se ausentaba algunas horas durante el día, y volvía luego á ocupar su puesto junto á las cabeceras de sus enfermos.

Jorge trataba en lo posible de no hallarse donde ella estaba, para evitar á Blanca y evitarse él mismo la mortificación de ingratos recuerdos.

Alicia estaba en aptitud de poder dejar el lecho, y así lo hizo al quinto día.

Una simpatía estrechísima unió desde el primer momento á las dos jóvenes, Alicia y Blanca.

Alicia admiraba el rostro de Blanca marchito pero hermoso aún, y la profundísima melancolía que se notaba en su semblante que acusaba grandes y dilatados pesares.

Ya levantada Alicia, y en las horas en

que su padre y su abuela descansaban, á media voz, trabó conversación con Blanca, interesada vivamente por la suerte de aquella hermana que tan solícita mostrábase con ella.

—Quizá sea importuna, pero, me inspira V. muchísimo interes, y como me parece que he tenido la dicha de serle á V. simpática, querría atreverme á hacerle á V. una pregunta.

—La pregunta la he leído en sus ojos, que son tan bellos y tan puros que no saben fingir. Quiere V. preguntarme algo referente á mi vida, porque V. ve en mi rostro huellas de profundos padecimientos.

¡No intente V. descubrir el fuego que guardan los volcanes! Su alma inmaculada respira un ambiente purísimo que no debe ser envenenado por el soplo abrasador de las pasiones. Bástele saber que he sido muy culpable, y que tras mi culpa arrastré la cadena de horribles sufrimientos condigno castigo de mi tremenda falta....

¡Yo he mendigado el pan de puerta en puerta, como la última infeliz, y la caridad pública me ha recogido, en noches de crudísimo invierno, en que, helada, desfallecida,

yacía junto al quicio de una puerta, casi cubierta por la nieve!

—¡Dios mío!—exclamó Alicia sintiendo que las lágrimas inundaban sus megillas.

—¡Ah, señora!—continuó la hermana elevando sus ojos al cielo—Dios ha tenido piedad de mis lágrimas; el arrepentimiento brotó de mi alma, grande, íntimo, como brota de la fuente el agua límpida, fresca y que abundosa corre, lavando todo cuanto toca!

—¡Dios mío! ¿Qué habría sido de V. si el arrepentimiento y la verdad de la religión de Cristo, no hubiera penetrado en su alma?

—Me horrorizo tan solo de pensarlo! Algo alcancé á probar del horrible martirio que le está destinado á la mujer culpable. ¡Ay de ella! más le valiera no haber nacido! Vivir arrastrando la cadena ignominiosa de la culpa, y, como el Judío Errante, vagar siempre con el espíritu azotado por el pecado, repudiada de todos y de todos maldecida, sin tener dónde apoyar la frente enardecida, porque al contacto de nuestro cuerpo todo se infesta y todo se mancha!

—Oh! calle V.! calle V.!

—Sí, pobre niña! Olvide V. mis palabras. V. es buena, V. es honrada, V. ama á su

esposo, y V. como la mujer fuerte de la Biblia, tendrá dilatada familia, porque su fecundidad será la fecundidad del fruto sano y vigoroso, que esparce la simiente de donde nace el bien, que es obra de Dios!

Marcos llamó en aquel instante á su hija, y la hermana aislándose en un rincón de la estancia, comenzó á orar.

La herida de Marcos, continuaba delicada, y tenía aún muchos días de curación. El enfermo, cuando ya se dió cuenta de su estado, pareció conmoverse, pero no expresó sus sentimientos, ni sus ideas. Sin embargo, alguna transformación operábase en su ánimo.

Mientras Alicia permaneció en cama, Marcos se informaba con afán del estado de su hija, y luego cerraba los ojos como dominado por profunda preocupación. Varias veces pareció que quería formular una pregunta, pero esta se negaba á salir de sus labios.

Mientras tanto Jorge, por temor de causarle perjuicio á su suegro, por el estado delicado en que se hallaba, se abstenía de penetrar en su dormitorio, pero se informaba minuciosamente de la marcha de su

enfermedad, poniendo todo su cuidado en que nada le faltase al paciente.

Cuando Alicia pudo instalarse junto al lecho de su padre, pudo cerciorarse de que algo extraordinario pasaba en el alma de Marcos.

Ningún reproche por parte de él, ni una palabra que demostrara enojo, ni resentimiento, por el contrario, se oponía á que la joven velase, alegando el estado en que se hallaba y los cuidados que ella necesitaba para conservarse buena, y al ser objeto de las atenciones y ternuras de su hija que se desvivía por asistirlo solícita y cariñosamente, más de una vez, Alicia sorprendió lágrimas en los ojos de su padre que en vano este trató de ocultar.

Aquellos nuevos sentimientos que asomaban á los ojos del autor de sus días, llenaron el alma de la hija, que como nunca sintióse dichosa al penetrarse del amor de su padre y de la reacción favorable que en él se operaba para bien de su felicidad.

¡Dichosa la hija que puede llorar de enternecimiento ante las manifestaciones del amor paterno! ¡Es tan dulce y tan grande sentirse íntimamente amada del propio padre! Ah! ¿y cuando este, ageno á in-

tereses mezquinos, todo lo sacrifica, empezando por sí mismo, en obsequio de la hija de su alma?

¿Y cuando cree, como Marcos, sentirse agraviado por la hija, en una falta que no la es, y venciendo la terca voz de su orgullo y mal fundado encono, deja que el grito del amor paterno se alce sobre todo, haciendo triunfar los sentimientos nobles, sobre los sentimientos mezquinos?

Ah! Benditos los padres amorosos, los padres nobles y sensatos, los padres que no se dejan llevar de egoistas sentimientos, y que, en la hora de la oración, cuando la conciencia queda á solas con Dios, no sienten la voz del Criador que les dice: «¿Qué has hecho de tu hija?»

Marcos pensó que él debía ser siempre para su hija fuente de inagotable cariño é indulgencia, y que amando cuanto ella amaba, no hacía más que unirse más y más á ella.

Por esto, un día, Marcos, cogiendo una mano de su hija que estrechó entre las suyas, le dijo suavemente:

—Y tu esposo ¿está bueno? ¿Por qué me niega el gusto de verle?

Alicia se arrojó en los brazos de su padre

y besando sus cabellos, rególos con lágrimas mientras le bendecía una y mil veces.

Mientras tanto Marcos murmuraba al oído de su hija:

—Dile que me perdone, y que venga á mis brazos como hijo, que como tal le quiero.

Alicia desfalleciente de dicha corrió á noticiar á su esposo, y ambos bien pronto se vieron confundidos en un solo y estrechísimo abrazo del padre feliz.

La bendición de Dios flotará siempre sobre escenas como esta, porque la unión de la familia, sus santos lazos, y sus sagrados afectos, son bienes que Dios santificó con su divina sangre, y al confiarlos al hombre hizo en él un depósito sacratísimo del cual no puede desligarse sin que atraiga sobre su cabeza la maldición eterna.

V

¡Providencia! ¡bendita seas!

Ya se levantaba Marcos, convaleciente de sus heridas.

Doña Carmen tuvo por mejor remedio la reconciliación de Marcos con sus hijos, y ya iba también á dejar el lecho.

Ya era innecesaria la presencia de Blanca pero Alicia había encontrado mil pretextos para retardar su partida.

Dejemos por ahora á Marcos y su familia puesto que ya son felices, y acudamos presurosos á la bohardilla de Henry y Liceta.

¡Infelices!

Henry ha pensado implorar el auxilio de la caridad en la vía pública, pero, al ir á extender su mano, sus labios han enmudecido y su brazo háse negado á extenderse en ademán de pedir. La vergüenza ha teñido su frente de púrpura, y al tornar á su mísera vivienda, con desesperación se reprocha esta debilidad criminal; el recuerdo de su mujer enferma vuelve á impulsarlo á la calle,

pero, la *dignidad de la miseria* sujétale nuevamente, enclavándole cuando más deseara llevar un socorro á su pobre compañera.

Un día, Liceta amanece más dolorida que nunca, pasa así todo el día y su mal va creciendo y creciendo.

Henry comprende que se acerca el terrible momento, y como en los grandes dolores, siéntese con valor, revístese de entereza y prodiga á su Liceta frases de aliento y de consuelo.

Llega la noche, noche horrible, sin nombre, tremenda en aquella mísera vivienda.

Los primeros síntomas del parto se presentan, y después de esto sigue algo inconcebible, terrible, excepcional.

Allí, en las sombras, entre gemidos, sin abrigo, sin alimento, sin auxilios, la infeliz mujer da á luz tres hijos (1) que «al nacer no vieron, como todos los mortales, la luz, y empezaron el áspero camino de esta vida entre oleadas de sombras y encogimientos de miseria».

Henry sintió sobre si todo el peso tremendo de aquella situación horrorosa, y

(1) Histórico.

enloquecido, depositando sus lágrimas y sus besos sobre la cabeza de aquella mujer querida y aquellos hijos pedazos de su sér, se lanzó á la calle exhalando el grito amarguísimo de su dolor.

....

....

Blanca, después de despedirse de la familia de Marcos, se disponía á bajar las escaleras, cuando creyó oir gemidos. Volvió atrás, y como más de una vez había visto subir á la bohardilla, una mujer que caminaba penosamente, y al parecer en el mayor estado de pobreza, no vaciló en trepar rapidamente la escalera que conducía á la bohardilla.

Llegó, y efectivamente oyó gemidos. La oscuridad era absoluta.

Encendió un fosfóro, y al ir á penetrar á la bohardilia un hombre salió, como huyendo, mientras exclamaba:

—Dios mío! Dios mío! ¡Qué horror!

La luz del fósforo iluminó el semblante del hombre que no tardó en desaparecer escaleras abajo.

La sorpresa hizo escapar el fósforo de manos de Blanca.

—Si no me engaño—murmuró—ese hom-

bre que acaba de salir de aquí es D. Manuel Nélter. ¡Caso más estraño!

Y encendiendo otro fósforo penetró en la bohardilla.

¡Tremendo cuadro!

La infeliz Liceta yacia en un rincón, y tenía envueltos entre su raido vestido y manto á sus tres hijos que lloraban, confundiendo su llanto con los quejidos de la infeliz madre.

Blanca rompió á llorar y se precipitó hácia la infeliz exclamando:

—¡Pobrecita mujer! ¡¡Pobrecita!!

Pero su exclamación tornóse en grito tremendo, imposible de describir.

¡Había reconocido á Liceta!

Arrodillóse junto á ella, besóla mil veces, la estrechó contra su pecho, queriendo trasmitirle su calor, mientras Liceta defallecida, no podía corresponder á los cariños de su amiga, y murmuraba débiles y desacordes frases.

No había momento que perder.

Blanca pensó en correr al quinto piso, pero antes echó de ver junto á Liceta una cartera.

Encendía fósforo, tras fósforo.

Alzó la cartera y rápidamente vió que contenía una regular suma de dinero.

—Esto lo ha dejado don Manuel—pensó Blanca—¡Siempre fué un alma noble!

¡Cuán engañada estaba!

Dejó la cartera y corrió á la casa de Alicia.

Enterada ésta y todos, de lo que ocurría en la bohardilla, subieron precipitadamente, llevando colchones y mantas para la mísera madre y los no menos míseros niños.

No tardó en correr la voz por toda la casa.

Cuando el esposo volvió á poco, encontró su humilde bohardilla llena de luz, y varias personas, que, con la mayor solicitud atendian á los desgraciados.

Liceta, ya acostada sobre mullidos colchones, y los niños vestidos, habían cesado de llorar alimentados por algunas piadosas vecinas.

Henry se precipitó hacia su esposa, y ésta al sentir su voz, rompió en amarguísimo llanto sujetando á su esposo entre sus brazos.

Pero ¡oh, Dios mío! Aún le estaba reservado á Henry otro agudo dolor, con el extremecimiento de horror de todos los que estaban allí presentes.

Henry no tarda en convencerse de la certeza del infortunio que les persigue.

¡Liceta estaba ciega!

«La fuente de sus lágrimas había cegado el manantial por donde la luz del día llegaba hasta sus ojos.»

¡La desgraciada había perdido la luz al dársela á los hijos de su alma!

....

....

....

Penetremos en la sala principal de un hospital.

En el lecho número 4, yace un hombre entre gemidos.

Una hermana de caridad se aproxima á él, y trata de calmarle con sus consuelos.

El enfermo tiene el rostro cubierto con la sábana y al oír la voz de la hermana, se descubre.

—¡Señor Nélter! ¿Vd. aquí?—balbucea la hermana, que no es otra que Blanca.

—Sí, la mano de Dios me ha conducido aquí. ¡Alabada sea su divina justicia!

Nélter estaba desconocido, hondas heridas surcaban su rostro, y el infeliz ya no tenía piernas, habíanselas amputado el día anterior, y según opinión de los médicos pocos días de vida le quedaban.

Un enorme vehículo habíale atropellado,

pasándole las ruedas por ambas piernas, y los caballos habíanle estropeado el rostro hasta el extremo de desfigurárselo. ¡Nada quedaba del elegante don Manuel Nélter!

Le recogieron sin sentido de la vía pública, é inmediatamente fué trasladado al hospital, en donde sufrió la horrible operación.

Nélter había ido al viejo mundo por via de paseo y con el afán de dar con la huella de Liceta.

Ya vimos cómo la encontró, mas también halló el castigo de su maldad!

Desde el primer momento que recobró el sentido reconoció entre otras hermanas á Blanca, y este incidente aumentó su desesperación, pues siendo ella amiga de Liceta, suponíala enterada de su torpe é infame persecución.

Pero, á poco hablar con la jóven, se convenció de la absoluta ignorancia de ésta, y una vez más admiró la sublime discreción de Liceta.

—Sé que pocos días de vida me quedan. Blanca, soy muy culpable, mucho, muchísimo!

—V. siempre fué muy bueno, nada malo puede reprocharle la conciencia...

—Oh! calle V., calle V., que sus palabras aumentan mi martirio!

Nélter se cubrió el rostro con las manos y un sollozo ronco, ahogado, brotó de su oprimido pecho.

—Valor, hermano! Dios no desampara á los arrepentidos. También yo fuí culpable ¡ah! mucho, muchísimo, y en la divina piedad de Cristo hallé mi redención.

—No, hermana; Dios no puede perdonarme porque he cometido muchas infamias de las cuales son víctimas Henry y Liceta!

Los ojos de Blanca se abrieron grandemente con profundísimo asombro.

¡Él, haciendo la desgracia de Henry y de Liceta!

¡Por Dios! Aquel hombre deliraba.

Pero Nélter, que como justa expiación quería apurar hasta lo último el amargo cáliz—comenzó á referir á Blanca sus persecuciones, sus amenazas, y la infamia de sus propósitos.

Horrorizada Blanca ocultó varias veces la cara entre sus manos, y cuando Nélter terminó su penoso relato, Blanca, trémula y elevando sus ojos al cielo exclamó.

—Liceta! Liceta! Cuán sublime eres, y cuán digna de que besemos tus plantas! ¡Ay!

Tú luchabas, y yo cedía... Yo te contaba mis vergonzosos sentimientos, y tú me ocultabas los tuyos, nobilísimos, que tan por encima de mí te colocaban... Tú, sobre el abismo fatal, te has sostenido aferrada á tu esposo como la hiedra al robusto tronco, miéntras yo, ¡mísera! sucumbí deslumbrada por el placer, por ese placer bochornoso que no logró avasallarte, ni aún al borde mismo del más espantoso de los infortunios!

....

....

....

Pocos días después, fallecía Nélter, legando por testamento, toda su inmensa fortuna á Liceta y á su digno esposo.

Blanca fué la portadora de esta última disposición de don Manuel.

La desgracia inmensa de los esposos había corrido por todo Madrid, y la bohardilla que antes ofrecía el cuadro más desconsolador, veíase ahora invadida de infinitas personas, de todas las clases sociales, afanosas todas de contribuir con su óbolo.

¡Bendita sea la caridad! Y dichosos los que pueden ejercerla á manos llenas, trocando en sonrisas de dicha las lágrimas del dolor!

¿Qué fuera del huérfano desvalido, de la

dolorida viuda, ó la esposa infeliz, y de tantos y tantos desventurados séres, si no existiera la sublime caridad cristiana?

Ni la fortuna, ni el poder, ni la gloria, dan al alma la dicha que proporciona el ejercicio de la caridad. No hay nada comparable al contento inmenso que siente el corazón, cuando por los efectos de nuestra caridad hay pan en un hogar, en el que se oían solo gemidos del hambre, y más allá, no le falta trabajo honrado y productivo á la solitaria huérfana, y en la vivienda pobre, de la esposa infeliz, acuden socorros generosísimos para ella, para su esposo enfermo y para sus tiernos hijitos!

Conmovida está aún nuestra alma por la fiesta interesantísima, que, en honor de la virtud, todos los años, en Mayo, el glorioso mes de la patria, nos ofrece la digna Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires.

¡Cuán merecedora de alabanzas es esta noble corporación, compuesta de damas cultísimas, que rinden ardiente tributo á los sentimientos más levantados del espíritu!

En cada una de ellas se nos figura ver un ángel, y ángeles deben de ser: abandonan los abrigados salones, las dulces comodidades, y descienden á los míseros hogares,

sufriendo fríos y molestias sin cuento, para consolar á los afligidos, vestir al desnudo y dar pan al hambriento!

Oh! vosotras, que sois también madres amantísimas, sabed que de los bienes que derramais, brotan dichas inmensas para vuestros hijos, porque de las semillas que sembreis nacerá una planta hermosísima que llegará hasta el cielo.... ¡Dios se encarga de repartir sus benditos frutos!

Y puesto que de caridad hablamos, imposible que olvidemos de mencionar á las conferencias de San Vicente de Paul.

¡Benditas sean!

Modestísimas, sin ruido, sin ostentación son la verdadera providencia de los hogares infelices.

Pobre es nuestra pluma para consagrar á las conferencias de San Vicente de Paul, todas las alabanzas á que son acreedoras por su caridad dulcísimamente cristiana.

Quisiéramos dar á estas líneas el más simpático colorido. Pero ¡ay! cuando el corazón sufre enorme infortunio, parece que hasta la mente se paraliza, y vanos son los esfuerzos de la voluntad para expresar con verdad las íntimas sensaciones del alma...

Perdona, pues, lector, si nuestra pluma desfallece y avanza sin bríos....

Pero, permítasenos, como un homenage á las conferencias de San Vicente de Paul, transcribir algunos párrafos de un artículo, recientemente publicado en «La Nación», suscrito por las iniciales: S. O.

«San Vicente de Paul es uno de los santos más simpáticos y queridos, venerado desde el palacio del rico hasta el casucho del pobre.

«¿Por qué este raro fenómeno en este tiempo de indiferencia religiosa? Es que su principal obra ha sido en favor de la pobreza, que tiene el privilegio de sucederse de siglo á siglo por ser, según opinión de un filósofo, el elemento más demostrativo de la bondad de Dios.

«San Vicente de Paul fué pobre también; al principio de su vida apacentaba cerdos, y quizá el haber conocido de cerca lo que era la pobreza, haya contribuído á que él fuera más tarde el verdadero apóstol de la caridad, no solo en su nación, que franceses y españoles la disputan con singular tesón, sinó también en todo el mundo civilizado.

«El principal empeño de ese venerable santo, aparte de su ministerio sacerdotal, fué el de aliviar las necesidades de los po-

bres, buscando preferentemente á los más menesterosos y desgraciados. Sus principales obras fueron, la fundación de la congregación de la Misión, de las hermanas de caridad, de la obra de los niños expósitos, y las conferencias, que tienen su origen en la especial protección que San Vicente de Paul dispensó á los emigrados loreneses que se habían trasladado á Paris.

«Para ellos especialmente estableció una sociedad de láicos caritativos, cuya direcciön dió al barón de Renty, y de la cual en nuestros días han tomado modelo esas conferencias que en corto tiempo se han hecho tan numerosas y populares que su solo nombre es su más acabado elogio.

«¿Quién no tiene conocimiento en nuestra república de la existencia de las conferencias de San Vicente de Paul? Ellas funcionan en Buenos Aires, como en todas las parroquias de la capital y en las principales provincias.

«Las obligaciones de los asociados á esta gran obra caritativa pueden compendiarse así: observar una vida cristiana, ayudándose mútuamente con sus ejemplos y buenos consejos; visitar á los pobres en sus casas, llevarles socorros en especie y consolarles

piadosamente; aplicarse á la instrucción elemental y cristiana de los niños pobres, libres ó presos; repartir libros morales y religiosos, y dedicarse á toda clase de obras de caridad, á fin de arbitrar recursos.

«El mecanismo interno de las conferencias es digno de conocerse. En todas las reuniones que se celebran semanalmente, previa la oración de práctica, se toma en consideración las solicitudes de las familias pobres. Se nombra siempre una comisión para que se cerciore de la verdad de los datos recibidos; y una vez comprobados éstos, y admitida la familia bajo la protección de la conferencia, dos personas se encargan de visitar á aquella en su propio domicilio, llevándole semanalmente vales, para que con ellos pueda adquirir la cantidad de pan y carne fijada por la conferencia. Por lo general se atiende con preferencia á las viudas con hijos menores, ó á aquellas familias cuyos miembros principales estén enfermos. No solo se les facilita pan y carne, sinó también ropa, medicamentos y todos aquellos artículos de primera necesidad; encargándose asi mismo las conferencias de colocar á los niños en los diferentes colegios, para que reciban allí la necesaria

instrucción. En caso de muerte de alguno de los socorridos, toman á su cargo los gastos de entierro.

«Es digno de verse la solicitud con que nuestras principales damas, que forman parte de las conferencias de San Vicente, visitan á los enfermos en los hospitales, distribuyen socorros materiales y morales á los presos, arrancan de las garras del vicio á tantas desgraciadas que viven solo de la concupiscencia carnal, impiden que muchas personas vivan en concubinato, acompañan á los moribundos en sus postreros momentos, terminando la bella obra de socorro á los pobres, con los sufragios en favor de los fallecidos.

«Las conferencias de San Vicente de Paul, tanto de señoras como de caballeros, solicitan el auxilio divino por medio de las comuniones que en corporación hacen periódicamente, dando así muestras de su religiosidad. Las obras que se someten á la protección de Dios, está escrito que deben prosperar; las conferencias de San Vicente de Paul realizan sus obras bajo esa protección, y por ello pueden ensanchar cada día su esfera de acción.

«La República Argentina debe un espe-

cial reconocimiento á las conferencias de San Vicente de Paul, porque ellas, sin ruido, sin ostentación, prestan su socorro á muchísimas familias, que se verían hoy día reducidas á la última miseria, ó quizá entregadas en las garras del vicio, á no haber sido la solicitud de los socios de las conferencias. Podemos demostrar nuestro agradecimiento y aplauso cooperando eficazmente al sostenimiento de esa gran obra cuyo lema es: caridad, abnegación y sacrificio.»

Oh! vosotras, las que recibís los beneficios de las santas conferencias, rogad siempre al Todopoderoso por que derrame sobre ellas su divina gracia!

No de otra manera podreis retribuir tales y tan inmensos favores.

. . . .

Un conocido publicista español en uno de los periódicos de gran circulación de Madrid, se apresuró á pintar el drama de la bohardilla, y después de referir la terrible escena del triple alumbramiento, añadía:

«Hoy, la bohardilla antes llena de oscuridad y de miseria, se inunda con la luz de la caridad que sube los empinados escalones de la casa para llevar alimento á la mujer y á las tres criaturas, aunque no la vida para

sus ojos muertos. La reina regente, pronta siempre á remediar estas grandes desdichas que burbujean en las entrañas del pueblo, mandó al día siguiente ropas para los recién nacidos y gallinas en abundancia para la madre.

«Una dama de la aristocracia, cuyo nombre se oculta en el gratísimo velo del misterio, envió su médico, el cual reconoció los ojos de aquella desdichada y ha respondido de su curación en plazo no muy lejano. Desde la modestísima moneda de diez céntimos del vecino pobre, hasta el centen de oro del poderoso han caído sobre la inmensa desdicha de la calle de García de Paredes, y toda clase de beneficios.

«Entre la pobre mujer de la bohardilla que parece abandonada, no solamente de los hombres, sinó hasta de la Providencia, y Adelina Patti cantando en el teatro de la Zarzuela á la misma hora en que aquella daba á luz, ó mejor dicho á la sombra tres criaturas humanas, y ganando lo diva 50.000 reales en menos de tres horas, hay un abismo que asusta y una desigualdad que aterra; pero desigualdad que no puede achacarse al hombre y sí exclusivamente á la condición del sér humano, que ha sido, es

y será así, á pesar de todos los remedios que para curar estas diferencias dén los doctores en ciencias imposibles.»

Y el que así hablaba, ignoraba la lucha que por varios años había sostenido la virtud de aquella mujer ejemplar, víctima del más horroroso infortunio.

El triunfo de la virtud es perfume que solo debe esparcirse en el santuario del hogar, para que no lo profane el soplo impuro de la sociedad.

EPILOGO

Tan hermoso es el sol de América, que al influjo suave de sus rayos, las flores osténtanse henchidas de vida y de perfume, y los frutos rasgan su propia corteza incapaces de contener dentro de su vestidura la riqueza sabrosísima con que natura los dotó.

A tres leguas de Brisamar, en un paraje deliciosísimo denominado con el nombre de «Providencia», alzábase un elegante edificio, habitado por un matrimonio con dos niños.

La casa, compuesta tan solo de un piso, daba paso al aire puro de los campos y al vivificante sol, que todo lo embellece.

Rodeaba el edificio un hermosísimo jardín en el cual no se veían las alineadas calles, ni los cuadros vistosos de la moderna jardinería; sin la mano de este arte, aquel conservaba todo su encanto. Era un monte florido, en graciosísima confusión, como un manojo de flores reunidas sin orden, ofre-

ciendo la belleza de sus mil variados colores y caprichosísimas y elegantes formas.

El exuberante suelo uruguayo prestábale la savia de sus riquezas, y varios hilos de clarísima agua trazaban plateados surcos por entre la mullida alfombra de césped sirviendo de base á la más encantadora profusión de plantas y arbustos sobrecargados de flores.

Por entre el verde follaje corrían dos niños hermosísimos, al parecer mellizos, por su asombrosa semejanza é igual estatura; tendrían á lo sumo de tres á cuatro años y en su jerga infantil, charlaban como gorjean los pájaros, con armonías de notas inimitables.

Una mujer, jóven y hermosa descendió de la casa blandamente apoyada en el brazo de un hombre, jóven también, pero encanecido prematuramente.

En el rostro de ella brillaba la dulce calma de un corazón feliz.

Extendiéronse sus miradas por el jardín y sus ojos se detuvieron con arrobamiento en los niños que jugaban, mientras su acompañante moduló esta tierna frase.

—¡Queridísimos hijos! Pareceis dos querubes revoloteando entre las flores!

Los niños corrieron á su encuentro y con extremos de cariño se colgaron del cuello de sus padres, exclamando:

—¡Papá! ¡Mamá!

El murmullo de los besos y la alegría de todos, aumentó la poesía de aquella preciosísima mañana.

Los niños volvieron á sus juegos, mientras los padres sentáronse bajo un frondoso árbol, contemplando desde allí la alegría de sus hijos.

—Henry!—murmuró ella—¡Mira nuestros hijos!

—Liceta!—repuso él - Mis ojos se anublan en llanto al contemplar á nuestros hijos y al mirarte á tí, mujer querida, á tí con la luz del cielo en tus ojos y resplandores de dicha en tu frente!

¡Bendito sea Dios, que quiso permitir que te mirases en los ojos de tus hijos y en los de tu esposo!

—Bendito, sí, una y mil veces que no me privó por siempre de la luz. ¿Qué habría sido de mí sin la dicha de veros, queridos séres de mi alma?

Los esposos elevaron al cielo una larga mirada de gratitud, y tras ella, Henry exclamó:

—Tan feliz me siento que hasta miedo me causa mi dicha.

—Ah! el sufrimiento deja siempre en el alma ráfagas de melancolía. Pero ya brilla sereno el sol. La tempestad fué cruda pero pasó y tras ella el cielo nos muestra su limpidez azul.

—Sí, hija, sí, y la gloria de la jornada fué toda para tí. Qué hermosa, y qué sublime te ofreces á mi vista, luchando tenazmente hasta librar de las garras del mal el tesoro inmenso de tu virtud, que luego será la herencia mejor de tus hijos, como hoy es la ventura y el orgullo de tu esposo!

Y extrechando ardientemente entre sus brazos á su esposa, Henry continuó:

—Perdimos uno de nuestros niños, pero la benignidad del clima ha robustecido estos otros dos. Cuán escasas nos parecerán nuestras horas para consagrarlas á ellos por completo!

—Impenetrables designios de la suerte! ¿Cuál de nosotros hubiera pensado que un día habríamos de volver á este rincón que tan diversos recuerdos encierra, y que más tarde las risas de nuestros hijos habían de confundirse con el tierno canto de las avecillas, testigos un día de nuestros amores!

Seis años hace que en este mismo paraje derramábamos amargas lágrimas, comenzando entonces el calvario de nuestros sufrimientos...

¡Dios sea loado! Hoy también vertemos lágrimas en el mismo sitio, pero, cuán distintas unas de otras!

—¡Nuestros hijos! Qué inmensos son los sentimientos de amor y ternura que rebosan en el pecho con solo contemplar sus cabecitas! Miralos Liceta, la brisa agita sus cabellos sedosos; la pureza de su tez solo se compara á la azucena: sus ojos, ¡qué hermosos son! tienen luces del cielo, ¡hijos de mi alma, benditos seais!

Escucha, esposa mía; en la serenidad de esta existencia sencilla vemos ambos colmados nuestros anhelos, y tú amada mía, recibes el premio de tus virtudes purísimas.

—Sintiendo en torno á los hijos de nuestro amor, y con mi frente apoyada sobre tu pecho, ¿que mayor dicha para mi corazón de esposa y de madre?

¡Bendito sea el matrimonio, sacratísimo santuario donde se encierra la esencia inmortal de la fé y del amor castísimo de dos séres que forman una sola alma!

....

CARTA DE ALICIA Á LICETA

Amiga querida: Ya estamos instalados en la casita de campo que mi esposo adquirió á orillas de un precioso lago.

La casa, de arquitectura elegantísima, compuesta de dos pisos, está situada en una eminencia del terreno que domina al lago, distante unos cien metros del edificio.

A la derecha de la casa se extiende una larga calle de avellanos, y á la izquierda otra igual de almendros. Allá abajo tenemos un establo, donde se guarece la vaca que todos los días nos dá su sabrosísima leche.

El terreno es muy accidentado; aquí hay una colina pintoresca, allí un llano de flores y de alegre verdura, más allá un bosquecillo encantador por su sombra grata y fresca, y así sucesisamente, entre una y otra delicia está formado el eden que hoy es nuestra morada.

Por las mañanas, cuando sentimos el canto de los labradores, y el alegre campanilleo de los bueyes de labranza, y el franco charlar de las mujeres, ya estamos de pié deseando respirar el aire purísimo de la maña-

na, y lanzarnos también al campo á corretear por los alrededores, gozando con la alegría de todos.

Desde la eminencia donde está situada nuestra casa, se descubre á lo lejos una aldea más inmediata, y vemos blanquear el campanario de la iglesia y oímos sonar la campana que, como dulce compañera, nos llama á orar para dar gracias al divino Autor de todas aquellas bellezas de la naturaleza.

Descendemos, y Jorge y yo, provistos de una cesta; nos dirijimos al lago, donde nos espera una pequeña embarcación que mi esposo dirije. Mientras tanto mi padre llevando en brazos á nuestra hijita, recorre las orillas del lago esperando nuestra vuelta, mientras nuestra abuela sentada en un sillón, nos sigue con la mirada desde la casa.

Rápidos, llegamos al lado opuesto, saltamos á tierra, y apoyada en el brazo de mi esposo, nos internamos en el bosque en busca de una choza que visitamos todas las mañanas.

Se oye el alegre ladrido de un perro, que nos sale á recibir dando muestras de contento con sus saltos y caricias, y seguidos del fiel animal, llegamos hasta la choza.

Una niña de dieciocho primaveras está sentada junto á la puerta y al vernos se pone de pié, adelantándose á recibirnos. Esta muchacha es una preciosa flor de los campos que vive en un unión de su pobre abuelita, tullida desde hace algunos años. La miseria de estas infelices nos conmueve, y por esto mi esposo y yo, vamos todas las mañanas á llevarles provisiones. Al principio, pretendimos llevárnoslas con nosotros, pero opúsose la anciana tenazmente. Los muchos años son como los pocos: caprichosos; no hubo, pues, más remedio que ceder.

Tornamos á nuestra casa, y antes de llegar á la orilla, ya nuestra hijita ríe de contento, y nos extiende los brazos, dando pequeños gritos de alegría. Mi padre la levanta en el aire, la agita, y como un pajarillo, nuestra nena bate sus manitas como dos alitas, y no cesa su loca alegría hasta que no se ve entre nuestros brazos, y nos la comemos materialmente á besos.

Por las tardes, cuando el sol declina y mi padre apoyado en el brazo de Jorge vuelve del paseo diario, hallan la mesa puesta bajo el emparrado que sombrea todo el frente de la casa.

Brilla el mantel por su blancura y los

cristales por su limpieza, y las flores colocadas en jarros de loza sobre la mesa, esparcen su aroma y la presencia de mi hijita sobre las rodillas de su abuela, completa el cuadro de felicidad doméstica que arroba mi espíritu, haciendo elevar mis ojos al cielo en actitud de gracias infinitas y ardientes.

Mi padre se ha reconciliado con las costumbres que él tanto odiaba.

Mi esposo se esforzó en rodearlo de comodidades, y hoy mi queridísimo viejecito, no puede pasar sin su paseo matinal en un landó de su propiedad, regalo de Jorge; esto para los días no buenos, que cuando el tiempo se muestra expléndido, el paseo lo hace á pié con su *señor* hijo político.

También mi esposo ha regalado á nuestro querido padre, una riquísima escopeta para cazar, y con ella pasa momentos deliciosos. También su petaca está siempre provista de ricos habanos, y por último con la buena mesa y el buen vino, mi padre está cada día más joven y más ágil.

Y cuando yo me río, recordándole sus ideas de otros tiempos, responde riendo también:

—Hija mía: si hay pecado porque yo me haya aficionado á esta vida de halago, la

tentadora fuiste tú; tuya, pues, es la culpa y carga con la penitencia!

Y al decir esto echa en mis brazos á mi hijita para quitármela en seguida.

¡Cuán feliz se siente mi padre, reflejando la dicha nuestra!

Tiene él también sus secretos goces: todas las semanas lleva sus ahorros, que no son escasos, á la iglesia de la aldea vecina, y se los entrega á su excelente párroco, un anciano venerable, un verdadero pastor de Cristo que reparte entre los necesitados del pueblo los beneficios de la santa caridad.

Cuando algunas tardes veo volver á nuestra casa á mi padre en unión del buen cura ya se que los pobres de la aldea están de parabienes, y mi corazón se alegra, porque mi esposo, y yo también, tomamos parte en aquella grata tarea, y entonces reflexiono:

—Cuantos bienes esparsa yo sobre la tierra, serán otras tantas gracias y bendiciones que Dios derramará sobre la frente de mi Carmencita.

¡Mi hijita! ¡Mi Carmen! Qué hermosísima flor es del jardín de nuestros amores!

¡Cuán infinito es el amor que nos inspira nuestra hija!

Ayer he llorado mucho leyendo á Edmundo

de Amicis. No quiero que Vd. deje también de oirlo, porque unirá sus lágrimas á las mías extremecida de ternura ante las palabras dulcísimas del padre enamorado de su hijo.

Dice así: «Yo no sé si todos los padres verán en sus hijos lo que yo veo en el mío de tres años: sé que mientras lo contemplo, admiro la infinita amabilidad de la infancia que me parece una compensación dada por Dios á la ansiedad y á los cuidados que nos cuestan. Tienen movimientos de cabeza, expresiones de estupor, relámpagos de sonrisas, gestos fugitivos, caricias, coqueterías, monadas inexplicables que me arrancan un grito de amor siempre.

—¡No me provoques! le digo algunas veces. Y en esta gracia encantadora de gestos y actitudes hallo una variedad inmensa, una transfiguración continua, una sorpresa á cada instante.

Es extraño lo que pienso hoy por la primera vez: ¡esta carita, esta vocesita, esta gracia angelical, que alegra ahora mi vida, dentro de algunos años no existirá ya!

Cada día que pasa me roba alguna cosa de este niño. Dentro de algunos años tendrá otra cara, hablará con otra voz, gesticulará

de otra manera, y de la criatura de hoy no me quedará sinó algún retrato y algunas reminiscencias. Este cuerpecito no es más que una figura que pasa delante de mí y que debe desvanecerse.

Será irracional: ¡pero es un pensamiento que me entristece!

No comprendo ahora cómo he podido vivir tanto tiempo y ser casi feliz en una casa tranquila; donde no había jamás una silla fuera de su sitio; donde no se tropezaba con un juguete; donde no se hicieron en la vida pajaritos de papel; donde no había sinó camas enormes; donde no se oían nunca más que pasos lentos y graves; donde no se escuchaba otra cosa que voces tranquilas diciendo cosas razonables sin faltas gramaticales...

Con frecuencia al verlo tan bien vestido y alimentado, con un montón de bagatelas delante, digo para mí:

¿Y si un revés de la fortuna me redujese á no tratarlo de ese modo? Toda mi sangre se revuelve violentamente á esta idea, y al mismo tiempo se levanta mi frente y mi alma se agiganta.

¡Ah no será jamás, niño mío! ¡Aunque tuviese que comprar cada uno de tus juguetes con una noche de trabajo, descontar ca-

da vestido nuevo con una arruga de mi frente, pagar cada día de felicidad con un mechón de cabellos blancos, conservar el color rosado de tu rostro con la tortura de mi cerebro y de mis huesos!

¡Qué me importaría que la gente riese de mí cara descarnada y de mi vestido roto! Te llevaría á pasear conmigo á cualquier parte solitaria del campo y me sentaría á la puesta del sol oprimiendo tu cabecita contra mí pecho.

¡Ah, no temas! Entre tú y la pobreza están mis treinta años, mi voluntad indómita y la fuerza desmesurada de mi cariño.»

Dios mío! cuánta ternura, querida Liceta, y qué bien habla nuestro corazón por boca de ese amorosísimo padre!

¡Hijos del alma! ¡Que Dios, en su infinita bondad, aparte de vuestras cabezas todos los peligros y os aleje de todos los tormentos!

Liceta, ¿y sus dos preciosísimos querubes, Enriquito y Matildita? ¡Cuánto deseo verlos! Pero Vd. nos enviará sus retratos, y aún cuando no pueda estampar millones de besos en sus caritas frescas y rosadas, tendré el placer de besar sus imágenes, y enseñarle á mi niña á que los ame y vea en ellos sus más tiernos amiguitos.

No pierdo la esperanza de que algún día puede hacerle una visita.

¡Qué dicha fuera realizar este deseo!

Siempre tuve anhelo de conocer la hermosísima América. Me encanta el relato de su poesía y de sus infinitas lozanas riquezas.

Paréceme ya ver correr sus cristalinos arroyos, sentir la fresca sombra que proyectan su gigantescos árboles, y creo ya esperimentar vaga y deliciosa sensación al sentirme envuelta en esa atmósfera sobrecargada de aromas, mezcla riquísima de flores y de frutos, que, al ser calentados por el sol despiden, á modo de incienso, perfumes que no sólo inundan los bosques deleitando el corazón, sí que también deben subir hasta el cielo!

Antes de marcharnos al campo, tuvimos un pesar muy grande, que aún no puedo desechar de mi pecho.

¡Blanca ha muerto! ¡Y con cuanta evangélica resignación!

Nos hiso llamar en su últimos momentos, y la pobrecita, después de pedirnos perdón, ¡perdón! ¿de qué, si en nada nos había dañado?– espiró murmurando esta frase:

—¡Señor! ¡Señor! Recíbeme en tu seno como recibirás el alma pura de Liceta.

Mucho ha debido querer á V. la infeliz Blanca, cuando en sus últimas palabras la recordó tan íntimamente.

Mi esposo trata por todos los medios posibles, de distraerme de la pena que siento por la muerte de la pobre Blanca.

Si fué culpable ¡Dios la haya perdonado!

Liceta: V. tiene un esposo muy bueno, muy digno. Yo también tengo la dicha de que mi marido sea tan amante como noble.

Veo siempre reflejada en su mirada, el anhelo de su alma por mi constante felicidad.

Mi buena abuela no cesa de repetirme:

—Las plegarias de las madres santas, como la tuya, elevándose constantemente al trono de Dios, cual sagrado incienso, imploran siempre la dicha de sus hijos, y es de allí que emanan todas las venturas de la tierra.

Liceta! Vd. que tanto ha sufrido, que tantísimas lágrimas ha vertido, y que al borde del precipicio le han sostenido sus alas de ángel, es porque la madre queridísima de su alma, siempre implorando, ha conseguido el premio que el cielo destina á la mujer casta, á la esposa fiel.

¡Benditas las oraciones de las madres, que sostienen á los hijos en los vacilantes pasos de la vida.—*Alicia*.

INDICE

SIN IGUAL

LA EQUITATIVA posee un sobrante mayor, realiza mayor cantidad de negocios nuevos al año, y tiene una suma de seguros en vigencia mayor que cualquiera otra Compañía del mundo.

Su última forma de póliza es sin restricción después de un año; indisputable después de dos años; y no caducable después de tres años.

¿QUIEN LLEVA EL RIESGO?

Al tener presente las probabilidades que tiene usted de ser uno de tantos que pueda no sobrevivir el próximo año

DETÉNGASE A PENSAR

lo suficiente para convencerse quien corre con el riesgo. No es usted sinó su familia la que sufriría la pérdida. ¿No es mejor, pues, hacer que LA EQUITATIVA asuma el riesgo, que dejar este gravamen á su señora esposa?

El sistema Tontino Libérrimo (de acumulación) de LA EQUITATIVA combina protección, en caso de muerte, con provecho, en caso de supervivencia.

LA EQUITATIVA

Sociedad de Seguros sobre la Vida

¿QUIENES LA PATROCINAN?

Los hombres de negocios más sagaces creen en el seguro, y los más ricos y más emprendedores tienen grandes pólizas sobre sus vidas. El seguro tiene la aprobación del clero y de los moralistas. Se considera como un negocio exacto y perfectamente sistematizado, rodeado de resguardos, y al mismo tiempo como una filantropía noble. Es una ayuda para el pobre y una seguridad para el rico.

Generalmente las pólizas por cantidades considerables se toman como inversión, pero la mayoría de las personas aseguran sus vidas como resguardo ó para garantirse.

El seguro contra incendio es un resguardo contra una posibilidad; el seguro sobre la vida lo es contra una certeza. Los incendios pudieran ocurrir, pero la muerte tiene que llegar. Todo hombre previsor se prevé por ambas conveniencias.

Preséruese la integridad del hogar, y asegúrese el confort de su esposa é hijos, por todo resguardo razonable para el porvenir.

Se puede combinar la protección de la familia con la previsión para la vejez, en las Pólizas Tontinas Libérrimas de LA EQUITATIVA.

PALABRAS
DE SABIDURÍA
A LAS ESPOSAS

No deje usted pasar otro domingo sin que la vida de su señor esposo esté asegurada en LA EQUITATIVA. Así todos los demás días serán días de reposo para usted.

La mejor forma de inversión es la póliza dotal con periodo tontino (de acumulación) de 20 años.—«Estimula y proteje la ambición del joven, fortalece y da valor al hombre en sus empresas durante la flor de su edad, y hace segura la vejez cuando todo lo demás pudiera faltarle.»